R. SÁENZ HAYES

Las ideas actuales

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, número 10
VALENCIA

Sucursal: Mesonero Romanos, 42
MADRID

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

alá Gallano.—*Las diez y una noches.*
ramo (Sibila).—*Una mujer.*
xis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.—*Emilio Zola (Su vida y sus obras).*
xis.—*Las chicas del amigo Lefèbre.*
amira.—*Cosas del día.*
uel Guerra.—*Literatos extranjeros.*
kounine.—*Dios y el Estado.*
Id. —*Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*
rón d'Holbach.—*Moisés, Jesús y Mahoma.*
delaire.—*Los paraísos artificiales.*
uzzi.—*Creación y vida.*
rnson.—*El Rey.*
Id. —*El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.*
sco Ibáñez.—*Cuentos valencianos.*
Id. —*La condenada.*
héller.—*El rey sin corona (drama).*
lo (Juan).—*Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.*
acco.—*Muecas humanas.*
d. —*Se acabó el amor.*—**Bjœrnson.**—*Una quiebra.*
chner.—*Fuerza y materia.*
Id. —*Luz y vida.*
Id. —*Ciencia y Naturaleza.*
ckle.—*Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.*
no—*A ras de tierra.*
ge.—*La novela de la sangre.*
itán Casero.—*Recuerdos de un revolucionario.*
nandante *.**—*Así hablaba Zorraastro.*
de Fabraquer.—*La expulsión de los jesuitas.*
amfort.—*Cuadros históricos de la Revolución francesa.*
nnunzio.—*Episcopo y Compañía.*
rwin.—*El origen del hombre.*
Id. —*Mi viaje alrededor del mundo.* 2 tomos.
Id. —*Origen de las especies.* 3 t.
Id. —*Expresión de las emociones en el hombre y en los animales.* 2 t.
udet.—*Cuentos amorosos y patrióticos.*
Castillo (B. E.).—*Dos Américas.*
Id. —*Mutualidad, Cooperatismo y Previsión.*
Castillo Márquez (F. X.).—*Bajo otros cielos.*
la Torre.—*Cuentos del Júcar.*
fino.—*Atomos y astros.*
utsch.—*Diez y seis años en Siberia.* 2 t.
e.—*Miguel Servet y Calvino.*
erot.—*Obras filosóficas.*
aper.—*Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*
agüe.—*Prosa de combate.*
gels.—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.* 2 t.
bri.—*Sindicalismo y anarquismo.*
re.—*El dolor universal.* 2 t.
ot.—*El prejuicio de las razas* 2 t.
ubert.—*Por los campos y las playas.*

Flaubert.—*La tentación de San Antonio*
France (Anatole).—*La cortesana de Alejandría (Tais).*
Francés.—*Miedo.*
García Calderón.—*Hombres é ideas de nuestro tiempo.*
Garchine.—*La guerra.*
Gautier (Judith).—*Las crueldades del amor*
Gautier (Teófilo).—*Un viaje por España.*
George.—*Progreso y miseria.* 2 t.
Id. —*Problemas sociales.*
Gómez Carrillo.—*Desfile de visiones.*
Id. —*Por tierras lejanas.*
Goncourt.—*La ramera Elisa.*
Gorki.—*Los ex hombres.*
Id. —*En la prisión.*
Grave.—*La sociedad futura.* 2 t.
Id. —*La sociedad moribunda y la anarquía.*
Guerin Ginisty.—*El fango.*
Gutiérrez Gamero.—*La derrota de Mañara*
Guy de Maupassant.—*El Horla.*
Id. —*La mancebía.*
Hamon.—*Determinismo y responsabilidad*
Id. —*Psicología del militar profesional.*
Id. —*Psicología del socialista-anarquista.*
Id. —*Socialismo y anarquismo.*
Hæckel.—*Los enigmas del Universo.* 2 t.
Id. —*Las maravillas de la vida.* 2 t.
Haggard.—*El hijo de los boers.*
Heine.—*De la Alemania.* 2 t.
Id. —*Los dioses en el destierro.*
Hugo (Victor).—*El sueño del Papa.*
Ibsen.—*La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.*
Id. —*Emperador y Galileo.—Juliano Emperador.* 2 t.
Id. —*Los espectros.—Hedda Gabler.*
Id. —*Cuando resucitemos.—Juan-Gabriel Borkman.*
Inchofer.—*La monarquía jesuítica.*
Ingegnieros.—*La simulación en la lucha por la vida.*
Id. —*Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.*
Jacquinet (Clemencia).—*Ibsen y su obra.*
Kropotkine.—*La conquista del pan.*
Id. —*Palabras de un rebelde.*
Id. —*Campos, fábricas y talleres*
Id. —*Las prisiones.*
Id. —*El apoyo mutuo. Un factor de la evolución.* 2 t.
Labriola (Arturo).—*Reforma y revolución social.*
Labriola (Antonio).—*Del materialismo histórico.*
Laclos.—*Las amistades peligrosas.*
Laugel.—*Los problemas de la Naturaleza.*
Id. —*Los problemas del alma.*
Id. —*Los problemas de la vida.*
Leone.—*El Sindicalismo.*
López Ballesteros.—*Junto á las máquinas.*
Lubock.—*La dicha de la vida.*
Mackay.—*Los anarquistas.*
Mæterlinck.—*El tesoro de los humildes.*
Malato.—*Filosofía del anarquismo.*

LAS IDEAS ACTUALES

OBRAS DE RICARDO SÁENZ HAYES

Almas de crepúsculo, con un prólogo de Manuel Ugarte. (Garnier, París, 1909.)—Un volumen.

Las ideas actuales, con un fragmento de la novela *El Apóstol.* (1910.)—Un volumen.

Nuestros contemporáneos. Estudios críticos sobre J. E. Rodó, Leopoldo Lugones, Roberto Payró, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Atilio Chiappori, etcétera, etc. (en preparación).—Un volumen.

LA RAZA NUEVA

El Apóstol (de próxima publicación).—Un vol.

La familia Ramírez (en preparación).—Un vol.

Ricardo Sáenz Hayes

LAS IDEAS ACTUALES

(Con un fragmento de la novela EL APÓSTOL)



F. Sempere y Compañía, Editores
Calle del Palomar, núm. 10
VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

Al Señor

DON ERNESTO DE LA CÁRCOVA

DEDICA ESTE LIBRO

R. S. H.

PREFACIO

En el presente volumen anticipo cuatro capítulos de *El Apóstol,* primera novela de la serie *La raza nueva,* que iré publicando sucesivamente, reflejando la vida de la naciente sociedad argentina.

Me propongo hacer una obra profundamente nacional, libre de influencias extrañas, de literaturas extranjeras que amamantan la mentalidad de los escritores de Sud América, aun la de aquellos que ostentan hoy la ansiada ramita verde del triunfo definitivo. Es ya tiempo de descorrer el velo. Es preciso hablar con claridad, aunque esto convulsione las «camarillas» y enerve á los «dómines» de parroquia. ¿Existe una literatura argentina? ¿Cuál es el escritor que luego de haber asimilado la vida del terruño nos la presente tal cual es en las páginas de sus libros? (1).

Asuntos que difieren con el temperamento argentino quitan el sueño de los poetas jóvenes, que nos ofrecen á diario composiciones añejas, concebibles únicamente en el siglo que florecieran. Mezcla confusa, retoños caprichosos, actitudes de franciscana humildad, parodias de vida sencilla en rincones de meditación y olvido, votos á lo Gonzalo de Berceo, Góngora en el alma, la España vieja y fuerte en la médula. Esto por un lado. Elogio de marquesas empolvadas, de Trianones olvidados, de festines versallescos, intrigas de corte, todo el siglo XVIII y los comienzos del XIX con la furiosa era romántica, hasta llegar al verlenianismo sentimental, hermoso, inmenso, inquisidor, hasta el punto de no perdonar nada que no llevara la etiqueta común.

---

(1) En este párrafo se hace alusión á los novelistas argentinos. El autor tiene en cuenta *La guerra gaucha,* de Lugones; *Alma nativa,* de Legnizamón; *Cuentos de la Pampa,* de Ugarte; *El país de la Selva,* de Rojas; *Voz del Desierto,* de Talero, etc., etc., obras que no están en la jurisdicción que marca la novela.

Esto es lo que se hace hoy día: una literatura prestada por los que la han hecho pacientemente. Semejante confusión y absoluta falta de personalidad no debe extrañar ni encolerizar á nadie. Es un resultado lógico de nuestro doloroso período de formación, en el cual atrapamos todo lo que favorece nuestra vitalidad, para incorporarlo definitivamente á lo que ha de ser en un porvenir no remoto la sólida corteza de nuestra nacionalidad. Si el territorio argentino, inmenso y desierto, clama por brazos extranjeros; si á diario desembarcan miles y miles de italianos para internarse hasta lo más apartado, á fin de que la tierra produzca manantiales de riqueza; si las líneas de ferrocarriles que anualmente roban al desierto cientos de leguas se construyen con la libra esterlina de los capitalistas anglo-sajones; si el alto comercio que anima nuestras ciudades es casi exclusivamente extranjero; si el 80 por 100 de los ciudadanos argentinos firman apellidos italianos, ingleses, franceses y alemanes; si todo lo que se ha dado en llamar «la vida argentina» es un torrente de energías internacionales, que si han de formar en lo futuro un gran pueblo, hoy desautorizan todo orgullo local... si las manifestaciones materiales de la existencia denuncian una gran impersonalidad, ¿cómo ha de extrañar que el arte, que es el coronamiento de toda sociedad con civilización propia, ofrezca la falta de originalidad que hoy ofrece?... La novela que refleje las costumbres de la sociedad argentina, no se ha cultivado aún con la altura y el interés que merece. Algunas débiles tentativas, muy débiles, y nada más. En la mayoría de los casos, los temas que se han tratado y los personajes que se han descrito, carecen de interés. Novelas que cambiándoles el nombre de las ciudades y el de los sujetos, bien pueden desarrollarse, y con más acierto, en cualquier ciudad europea, sin que nada altere el sentido de las narraciones. Las que no adolecen de este defecto principalísimo, se singularizan por la riqueza imaginativa de los autores, que relegan la realidad, para presentarnos personajes artificiosos, que no deben ni pueden interesarnos, ya que no sienten nuestros dolores, ni aman ni estimulan nuestras alegrías. Yo atribuyo ese marcado desprecio á la realidad, á espíritus enfermos que se aterrorizan ante las crueles manifestaciones de la vida, por lo cual acuden al artificio de historias caprichosas que forman un mundo de tules, de medias luces, de recogimientos interiores, hasta donde no llegan los ecos del mundo exterior. Pero en general se desdeña la realidad, pensando que ella no puede ofrecer belleza, ya que hay tanta vulgaridad y miseria en las cosas de todos los días. Este falso sentimiento de «pura belleza» es una consecuencia del

romanticismo, que se empeñó en la representación de lo raro ó de lo extraordinario. Como si la verdadera y gran belleza no residiese en la Naturaleza, siempre rara, siempre extraordinaria, que se renueva, que se amplifica hasta el punto de no repetir jamás el remolino de sus fenómenos.

Las novelas que anuncio bajo el título *La raza nueva* serán producto de la observación más seria y concienzuda, sin sacrificar ningún hecho, ningún personaje que sea síntesis de nuestra vida cosmopolita. Páginas que despierten el interés colectivo con la representación más aproximada y más imparcial de las grandes miserias del pueblo, de las grandes dolencias que carcomen el fondo social; que abarquen la época difícil, dolorosamente complicada, de una nación en perpetuo desenvolvimiento. Si los escritores, que han de ser los fieles intérpretes de los problemas sociales y morales, renuncian á vivir la vida que los rodea para encerrarse en un frágil castillo de cristal, en el cual puedan cultivar á su gusto el culto del *yo* meloso y estéril, recogerán la merecida cosecha de olvido para quienes son incapaces de seguir las turbulentas corrientes del siglo. El individualismo literario no puede echar raíces en nuestros espíritus, que han de favorecer siempre las buenas germinaciones del amor más amplio y de la justicia mejor cimentada. Ese individualismo literario, que únicamente encuentra ambiente entre las cuatro paredes del *café,* elevado á la categoría de academia, que concede talento ó embadurna reputaciones ó perdona vidas, ese individualismo que roba tiempo y energías á los que proclaman una era de «mantos de púrpura», de «marquesas empolvadas», de «pajes rubios», dejando traslucir la intención preconcebida de hacer remarcar una superioridad engañosa, sobre el gran grito del dolor universal que viene detrás de ellos devorando sombras. Y en Buenos Aires, en una ciudad que desconoce tradiciones aristocráticas, que nunca ha sentido el contacto de un manto imperial, que á falta de Trianones nos han sobrado ranchos campesinos, que el lugar de los rubios pajes lo han ocupado siempre negros criados, humildes y familiares... en Buenos Aires, aun hoy, poner en boga esa literatura significa aislarse, renegar del país de origen, que no ha de reconocer la utilidad de tales esfuerzos.

Las novelas que agruparé bajo el título general de *La raza nueva* no conquistarán el campanudo beneplácito de los que consideran de mal gusto las expresiones «pueblo», «democracia», «observación de la vida colectiva», hasta el punto de no pronunciarlas por temor de ser descalificados. Pero esto no me interesa. El único estímulo para mi labor

será que el pueblo encuentre en mis páginas sus miserias, sus vicios, sus alegrías, sus esperanzas, descritas tal cual ellas son, sin ningún prejuicio de partido, puesto que no pertenezco á ninguno. ¡Amor y justicia hasta el final de la jornada humana!

En cuanto á los artículos que publico en el presente volumen, me resta decir muy poco: ellos expresan la labor de un hombre joven en contacto con la Naturaleza, que se esfuerza, no por asentar principios definitivos, sino en aclarar algunos conceptos adulterados. Por eso será difícil encontrar el gesto irritante del «dómine» amurallado en desmedidos orgullos, ni el rencor del que atiza odios ante la multitud, ni ceremoniales académicos, ni erudiciones de diccionario, ni la idea—aunque lejana—de haber descubierto en un haz de Sombras la Verdad, la difícil Verdad, blanca, desnuda, resplandeciente y única.

Algunos de estos capítulos, como «El materialismo histórico», «La moral biológica» y la casi totalidad de los que forman los «Propósitos literarios», fueron publicados en *La Nación*, de Buenos Aires. Y hoy, cuando la casa Sempere y Compañía los entrega en libro á todas las naciones de habla española, me permito decir con toda mi nobleza de alma: el altruísmo es su virtud, la sinceridad su fuerza y la juventud su frescura.

RICARDO SÁENZ HAYES.

París 8 de Febrero de 1910.

LA RAZA NUEVA

EL APÓSTOL

EL APÓSTOL

L'homme passe, l'œuvre reste.
Un effort n'est jamais inutile!

ZOLA.

I

Aquella mañana, domingo, el diario *El Porvenir Feliz* publicaba un artículo vibrante, que causó profunda emoción en los obreros. El artículo, sin firma alguna, traía párrafos violentísimos contra el jefe de policía, á quien acusaba como único culpable en la derrota sufrida por los obreros en la última huelga. Los asiduos á la redacción de dicho diario atribuían la paternidad del escrito á Esteban Barros, abogado joven, de unos veinticinco años, famoso por sus ardorosas arengas de barricada. El autor no podía ser otro; el lenguaje áspero denunciaba el espíritu impetuoso é intolerante de Barros. En este hombre, no muy alto, delgado, había rastros de comunero, aunque su físico sugería reflexiones de otra especie. La cabellera negra, lacia y abundante, la frente amplia, las cejas en arco, los ojos pequeños, de una viveza extraordinaria, con pestañas escasas, y luego la nariz aplastada, casi caída sobre el labio superior, y el

color cobrizo de la tez, daban la sensación del indio de buen origen, victorioso ante el continuo cosmopolitismo de sangres.

Pero la emoción que experimentaron los obreros fué de alivio al encontrar un argumento contundente que atenuaba la responsabilidad de haber fracasado, vencidos por el hambre y la indisciplina de propósitos, en una huelga mal organizada. Y al ver justificada la derrota con tanto brillo y tanta violencia, admiraban decididamente la sensatez del articulista y los ímpetus de víbora de aquella pluma, que no perdía ocasión para arrojar toda la bilis acumulada durante mucho tiempo.

Lo que no conseguía salvar el autor del suelto periodístico era el mes de hambre y de miseria profunda que desmoralizaron á un millar de infelices, ni tampoco exponía con claridad el motivo que los llevó á la huelga. Ni reproducía las afirmaciones optimistas que garantizaban el triunfo; afirmaciones hechas en el mismo diario por la misma pluma que se estremecía luego ante la esterilidad de su obra. En los primeros días, cuando se resolvió no concurrir al trabajo, se escucharon protestas airadas, discursos numerosos, pronunciados en locales atestados de público, incitando á la acción firme y eficaz. Los días sucedieron á los días. Los patronos permanecieron inmutables, convencidos de que tal situación anormal no se prolongaría mucho tiempo más. Pero cuando se supo que los dueños de las fábricas aseguraban la vida á todos los que reanudaran el trabajo, entonces estalló una rabia sorda en los pechos; rabia que se traducía en los ojos inyectados de sangre, ó en los puños crispados, ó en los labios rebosando insultos. Aquello significaba para los obreros una burla cruel y una traición inicua por parte de los com-

pañeros que se sometían, perjudicando los intereses de todos. En cierta asamblea un orador, exasperado, no pudo contener una amenaza terrible:

—Hay que escarmentar á los canallas que nos traicionan.

Y la multitud hambrienta de pan y de justicia, enloquecida por la holganza de veinte días largos de miserias continuadas, á un mismo tiempo, cerrando los puños, ratificó la amenaza:

—¡A los canallas! ¡á los canallas!

En esa misma tarde se produjeron desórdenes en cuatro fábricas. A las seis, cuando cesó el trabajo, los huelguistas, apostados en las esquinas, arrojaron piedras y tiros, que causaron la muerte de cuatro obreros. La policía, al intervenir, hizo lo demás; los contusos se contaron hasta diez y seis. Esta fué la primera señal de alarma. En los días siguientes los excesos se repitieron, hasta el punto de arrojar una bomba á un tren de obreros que pasaba por la estación Brown. Los patronos, ante semejante actitud, solicitaron la ayuda de la fuerza pública, que acudió para resguardar los edificios en peligro, clausurando luego los locales de reunión y apoderándose de los promotores del movimiento. A esta altura de la lucha, la resistencia se hizo difícil, sin cabezas dirigentes, con el hambre de treinta días devorando los estómagos, y ante la amenaza formal de no ser admitidos en sus puestos, callaron los labios más exaltados, se extinguieron las altiveces más inconmovibles. Ante semejante derrota hubo un derrumbamiento de voluntades. ¿Quería decir entonces que aquel enemigo era irreductible? Y la vuelta á las tareas se realizó silenciosamente, con mansedumbre y hasta con temor. Algunos se conformaron pensando en la revancha próxima; pero la mayoría, desalenta-

da, angustiada, marchó con la cabeza baja, heridos en su amor propio y agobiados por la vergüenza.

Hasta que llegó el día en que Barros publicó su terrible artículo en *El Porvenir Feliz.* Era una clara mañana de Marzo, hermosísima con su cielo azul de gran pureza, y su sol dorado, alegre y de tibios rayos. El barrio obrero, la Boca, ofrecía un aspecto de calma pasada la reciente agitación. Las casitas de madera de dos á tres pisos mostraban las ventanas abiertas, como si los moradores hubieran resuelto abrirlas para que saliera á la calle la miseria cruel que vivió durante un mes entero en compañía de ellos. En las puertas, docenas de chiquillos con las caritas sucias, las ropas raídas y los pies descalzos, jugaban juegos infantiles ó llenaban la vereda de figuras grotescas dibujadas con fragmentos de carbón. En los patios de las grandes casas obreras, las mujeres, con las mangas y las polleras arremangadas, lavaban en pequeñas bateas altos de ropa, que luego extendían en los baldíos cercanos, aprovechando el buen sol del día. En las horas de gran actividad, sobre los techos de esa población, como dominándola, como amenazándola, erguíanse las macizas chimeneas de las fábricas, arrojando incesantemente densas columnas de un humo negro y siniestro, que iban á perderse allá en el lejano Sur, hacia el que soplaba un viento de calma.

Mauricio Berger, según su costumbre, á las once de la mañana marchaba con paso reposado por la calle Almirante Brown en dirección al rio. Mauricio era un hombre de treinta y cinco años, alto, delgado, de cabello y bigote rubio bien poblado, con ojos grandes, azules y tranquilos. Sus padres, franceses de origen, le trajeron á Buenos

Aires cuando contaba cinco años de edad, lo que le permitió adaptarse profundamente al nuevo medio, siendo difícil conocer su nacionalidad extranjera. Cuando cumplió los catorce, se colocó como aprendiz de tipógrafo en un gran diario de la tarde, y debido á la inteligencia y buena compostura, llegó á ocupar el puesto de regente en el mismo diario. En ese ambiente despertó su amor á la lectura; todos los manuscritos al pasar por sus manos eran leídos con detención, afanoso por comprender, por asimilar rápidamente. El tiempo hizo su obra; la inteligencia de Mauricio fué vigorizándose, extendiéndose, pasando del suelto periodístico á la novela, y de la novela al libro accesible de filosofía popular. A los treinta y cinco años era un hombre completo, equilibrado, estudioso, honesto, trabajador. Las lecturas le habían sugerido un concepto de la vida muy optimista. Creía en un porvenir de paz, de amor, de concordia universal. La felicidad disfrutada, la tierra trabajada y fecunda, un siglo de igualdad, de justicia bien cimentada. Leía con entusiasmo un libro sano, hermoso, el libro de la humanidad doliente, porque hace vislumbrar días mejores y da consuelo á los que sufren y fuerzas á los que desfallecen. Ese libro, *Trabajo*, lo llevaba siempre bajo el brazo, como un evangelio sagrado, pronto á leer á los amigos tal ó cual página subrayada con lápiz azul y con comentarios en los márgenes.

En aquella mañana, de calma absoluta, de sol radiante, Mauricio, feliz con la conversación que mantenía consigo mismo, iba ordenando ideas, madurando pensamientos, vigorizando propósitos. Cuando llegó al restaurant *La casa de todos*, se detuvo mirando hacia el interior; era ésta una pieza cuadrangular, con un mostrador apilado de

botellas y platos en el fondo y cuatro filas de mesas en el centro. Al abrir la puerta se respiraba una fuerte atmósfera de cocina, con olor á aceite, á papas fritas y á vino. Mauricio entró, estrechando la mano de dos amigos que comían en una mesa pequeña.

—¿Cómo estás, Germán?... ¿cómo va, Pedro?

—Buen día, Mauricio...

—Llego á hora, ¿verdad?

—Como siempre, eres puntual; siéntate aquí —contestó Germán pasándole una silla.

Acto continuo, el mozo, un chiquilín español de voz aflautada, cantó de este modo:

—¡Un cubierto!... ¡una sopa!

Los amigos iniciaron la conversación. La huelga, el tema del día; la vuelta al trabajo en las mismas condiciones que antes, después de haber pasado el más ignominioso mes de miserias; la bomba arrojada al tren de obreros; la ley de residencia aplicada á Monteverde.

—¡Ah, la ley de residencia!—dijo Germán—. Es una iniquidad; pueden contarse hasta cien los abusos que vienen cometiendo con ese instrumento puramente policial. A este paso van á terminar con todos.

—El caso de Monteverde subleva—agregó Pedro—; ha sido expulsado en un momento angustioso. Digan ustedes si esto no es como para dar cólera al más santo: entra la policía, y sin mayores explicaciones arrebata á Monteverde, que deja á su mujer en cama pronta á dar á luz. ¿Qué será de esa desgraciada sin la ayuda de su marido? ¿Qué será de ese infeliz niño que vendrá al mundo, hoy ó mañana, en hora tan triste?

—Esto se llama engendrar rebeldes—dijo Mauricio con pesadumbre.

Como entraran cuatro obreros con gran bulla, los tres amigos callaron para observarlos. Dos de ellos eran bajos, raquíticos, de ojos ensombrecidos, de caras hundidas y sucias. Los otros no; tenían cuerpos de toros: altos, las cabezas algo encorvadas, las espaldas anchas, los pechos salientes, los brazos poderosos; y todo eso tan macizo, mantenido por piernas fuertes como columnas. Cuando se sentaron, el más grande de los tres, dejando caer sobre la mesa su mano derecha, ruda y sucia, dijo con voz aguardentosa:

—¡Eh, chico... saca esto: nosotros no comemos ni con mantel ni con servilletas!...

—Esto sirve para aumentar la cuenta en treinta centavos.

—¡Bah!—murmuró el más raquítico, que fumaba lentamente su pipa—. ¡Son lujos inútiles! Como si para comer y tomar cuatro tragos fuera necesario trapo tan grande...

Como tenían hambre, ahorraron palabras y se pusieron á comer. Aquello fué un asalto; encorvados, hundiendo la cabeza en los platos, dando soplidos con la nariz para tomar la sopa que se colaba entre los pelos de los bigotes. Uno de ellos, como le resultara molesto el uso de la cuchara, tomó el plato con las dos manos y bebió el contenido, chorreándose la blusa, ya aceitada y negra.

—¡Eh, chico... vino rojo para cuatro!...

Mauricio, Germán y Pedro reanudaron la conversación. La huelga había sido dolorosa. Se podían contar escenas desgarradoras: familias enteras sin alimento cuando se fueron las últimas economías; mujeres que perdieron sus niños por faltarles leche en los senos; la hija de un obrero, desesperada, que se entregó á un transeunte para conseguir unos centavos; y por último, la hazaña de un

niño desconocido que robó de un almacén una lata de sardinas para que no muriera su madre inválida por un accidente. Y todo eso sin resultado benéfico; todo eso sin ninguna mejora, volviendo al trabajo peor que antes, puesto que llevaban el peso de una humillación, de una derrota muy grande.

—Hay que volver á empezar—dijo Mauricio con fe, sacando el libro que tanto le entusiasmaba.

—¡Ah, sí; eso es muy duro!—contestaron Germán y Pedro.

—Leed, leed esto; la mejor medicina para los que pierden la fe en el esfuerzo. Este es el libro que debe acompañaros, para daros fuerzas cuando ellas falten...

Y fijando los ojos en una página profusamente rayada, Mauricio leyó con voz clara y segura:

«Jamás se abandona una empresa. ¿Se necesitan veinte años, treinta años, vidas enteras? se le dan. Si se ha engañado uno, otra vez paso atrás, y se vuelve á andar el camino ya recorrido cuantas veces hace falta. Los impedimentos, los obstáculos no son más que paradas, dificultades inevitables del sendero... Una empresa es un hijo sagrado, que es criminal no hacer que nazca. Es nuestra sangre, no tenemos derecho de negarnos á su creación, le debemos toda nuestra fuerza, toda nuestra alma, nuestra carne y nuestro espíritu. Como la madre que muere á veces por causa de la criatura querida que concibe, debemos estar dispuestos á morir por nuestra empresa, si nos agosta... Y si no nos ha costado la vida, mejor; sólo una cosa tenemos que hacer cuando está acabada, viva, fuerte: emprender otro trabajo, sin detenernos jamás; siempre una empresa tras otra, mientras estemos en pie, inteligentes y viriles.»

Mauricio dejó de leer, sintiéndose más rejuvene-

cido, con una gran fe que se traducía en sus ojos azules y tranquilos.

—¡Esto es vivir!... esto es caminar sin vacilaciones hacia el mundo futuro.

Pedro, que había despegado los labios nada más que para ocuparse de Monteverde, á quien conocía mucho, se decidió á hablar muy calmosamente:

—Yo tengo fe, mucha fe, pero no puedo salvarme de ciertos momentos de duda. Yo más que ninguno sueño con esa sociedad de justicia y de amor; pero cuando se producen fracasos como este de la huelga última, vacilo, hasta el punto de pensar que, ó se quieren adelantar los acontecimientos, ó los hombres aun no están preparados suficientemente para afrontarlos... Eso del optimismo es bueno, sano, noble, pero no es accesible á todos los espíritus. Hay temperamentos, el mío por ejemplo, acostumbrados al dolor, al dolor que relaja energías, energías necesarias para obrar. Y si pienso que los hombres han sido malos, que son actualmente malos, que la ambición los separa y el interés los pierde, entonces vacilo de tal modo, que siento un gran vacío bajo los pies...

—¡Eh, chico... vino rojo para cuatro!...

Pedro hizo un gesto compasivo y prosiguió:

—Ese obrero alcoholista aumenta mi pesimismo; ¿quiere decir que todavía no se ha hecho nada? ¡Las reformas en el mundo se producen con extrema lentitud! Desde Caín, el crimen viene preocupando á los moralistas. ¡Y se han sucedido las épocas, y han corrido los siglos, y se han multiplicado las prédicas, y han cambiado los hombres, y el crimen todavía existe!... Creo en el progreso; aunque me resistiera, tendría que creer en él. ¡Puentes, ferrocarriles, trasatlánticos, alumbrado eléctrico, aeroplanos, grandes edificios y cuántas cosas más!

Pero esta felicidad material no ha reportado la felicidad moral. Los hombres siguen luchando, siguen sufriendo. ¿Cuánto tiempo hace que se viene hablando de la paz universal? Los pacifistas de dos siglos atrás, que vislumbraron equivocadamente un porvenir apacible para los pueblos, no llegaron á imaginar el estupendo perfeccionamiento de los instrumentos de guerra, desde la lanza á la ametralladora y al submarino. Y así, en otro orden, los utopistas como Fourier y Owen, que ensayaron la gran sociedad de los iguales, nunca previeron la implantación de los trusts y la era del salario. El hombre, hoy como ayer, ajusta su conducta á las manifestaciones del ambiente; es una prolongación de éste, es un reflejo; para satisfacer sus apetitos, no sacrifica procedimientos, no examina sus actos cuando éstos pueden conducirlo al triunfo definitivo. De ahí los astutos que devoran sin compasión á los ingenuos, y los que más ocultan su manera de pensar, prontos están á percibir los treinta dineros como precio de la traición á los que descubren el alma y el pensamiento. Todo esto me decepciona; esta lentitud enervante, estos medios conciliadores, esta fe en un porvenir tan remoto, para mí, que tengo hambre de justicia inmediata, sed de amor, á disfrutar yo mismo, con mi espíritu y con mi carne, mientras piense y sienta; justicia y amor que me pertenecen como hombre, sin que deba consolarme pensando que han de tener eso á manos llenas los que vendrán después que yo.

Y pronunció las últimas palabras visiblemente agitado, reluciéndole los ojos, levantando los brazos en arco. Mauricio y Germán le escucharon extrañados, pues nunca le habían visto tan expansivo. Los obreros, que en ese momento terminaban

su almuerzo, al oir á Pedro abandonaron los asientos y fueron aproximándose á él; estaban los cuatro, el más raquítico fumando lentamente su pipa, y los otros con las blusas desabrochadas para atenuar el calor sofocante que el vino les hacía sentir.

Entonces, Mauricio, alarmado por esas ideas tan disolventes como peligrosas, habló con la palabra segura de siempre.

—¿Y la solidaridad? Bueno es huir de las fórmulas absolutas; el egoísmo y las fases encarnizadas de la lucha por la existencia, van siendo cada día menos crueles, debido al sentimiento de solidaridad que se desarrolla...

—¡La solidaridad! ¡cómo no!...—arguyó el obrero de la pipa—; vaya usted á contarles ese cuento á los canallas que volvieron al trabajo, mientras á nosotros el hambre nos daba tirones en el estómago...

—Pero es que el sentimiento de solidaridad —continuó Mauricio—es común hasta en las bestias; sin él no se podrá vivir, y hay que fomentarlo, hay que propagarlo vivamente. Es con amor, sépanlo ustedes, y no con odio, como se salvará el mundo de un cataclismo moral. Y tolerancia, mis amigos, mucha tolerancia; el hombre, en el transcurso de los siglos, ha hecho más de lo que comúnmente se imagina. Es decir demasiado que el hombre no ha hecho nada y que todo lo que existe obedece á manifestaciones espontáneas de la Naturaleza. Los poetas—que deben ser buenos ignorantes para que resulten buenos poetas—pueden escribir poemas ensalzando á esa gran madre-Naturaleza. Pueden afirmar que ella es la madre-tierra, la madre-luz, la madre-agua, la madre-brisa, la madre-vida. Pero á aquellos que se jactan de

pensar con un cerebro disciplinado en la ciencia, les estará prohibido especular á base de imágenes bellas. Si la Naturaleza engendra la vida y luego favorece su desarrollo, no lo hace en una forma tan absolutamente favorable á la vida misma. Si los individuos desde su origen disputaron los beneficios de la tierra, de la luz, del agua y del aire, tuvieron que armarse para salvar innumerables obstáculos de esa tierra libre, casi desierta, pero no conquistada. Entonces inventó los instrumentos, con los que pudo formar un ambiente artificial capaz de atenuar los rigores del ambiente natural. Las fuerzas de la Naturaleza desfavorables al hombre no desaparecen en ningún momento, sino que se procura hacer menos sensibles sus efectos. Esto yo lo he aprendido hace muy poco tiempo, y os lo repito aprovechando la memoria fresca. Nada se destruye, amigo Pedro. Las leyes naturales se combaten con otras igualmente fuertes. Así, los ríos, que desbordan cumpliendo la ley hidrodinámica de la expansión de los líquidos, son detenidos por el dique, obedeciendo á esa otra ley que marca la resistencia de los cuerpos sólidos...

Los obreros fruncieron el ceño, como para comprender esas cosas tan difíciles. Pero el más grandote no pudo resistir más, y aprovechando una pausa del orador, que hacía memoria, gritó con su voz aguardentosa:

—¡Eh, chico... vino rojo para cuatro!...

—Si se hubieran respetado muchas manifestaciones de la Naturaleza—prosiguió Mauricio—, la actividad humana podría resumirse, de una plumada, con una indefinida sucesión de ceros. Pero no; hay que ser justos; el hombre ha edificado. Ayer se precisaban ocho espaldas encorvadas para trasladar una mole de piedra, y hoy esa misma mole

se eleva fácilmente con un guinche de manejo muy simple. Es decir, que con los progresos de la mecánica se requiere menos la tensión muscular...

—Con otras palabras, eso quiere decir que las bestias de carga están transformándose en hombres—interrumpió Germán sonriendo.

—¡Nosotros, hasta ahora, seguimos siendo bastante bestias de carga!—murmuró el obrero raquitico, que tenía la pipa en una mano y el vaso de vino en la otra.

—Y aquí, en Buenos Aires, hay un camino á seguir que llevará al triunfo...

—Yo completaré el pensamiento de Mauricio —interrumpió Germán—. El partido socialista solicita la cooperación de todos los hombres inteligentes y de buena voluntad; es un partido de principios que desarrolla su acción dentro del orden y de la legalidad...

—Que no compra conciencias ni soborna voluntades...—dijo Pedro con tono de burla.

—¡Ja, ja, ja!...—rieron los obreros haciendo guiñadas entre ellos y mirando luego á Pedro con una mirada de inteligencia, aprobando la oportunidad en que se traía la tan vapuleada frase, inevitable en la oratoria y en la literatura socialista del día.

—Dejo de lado tu ironía, querido Pedro—contestó Germán—; pero yo estoy en lo cierto. El partido socialista está llamado á desempeñar un gran papel en beneficio de la clase trabajadora. Los hombres que lo forman no pueden ser tachados en lo más mínimo; como el doctor Jaime Beltrán, médico distinguido, que ha traducido del alemán la obra *El capital,* y que, como rasgo nobilísimo de su espíritu, todos recuerdan cuando vendió la medalla de oro con que le premió la facultad de Medicina, donando el importe en dinero para que *El*

Porvenir Feliz no suspendiera un tiraje por falta de medios.

—¡Ah! sí; pero ahora está rico y malo—dijo el obrero grandote con espaldas de toro—. Hace más de un año me salió aquí, en el cuello, un grano muy doloroso... una infección, seguramente, y fuí á consultar al doctor Beltrán, porque atendía gratis á los pobres. ¿Saben cómo me trató? Ya verán qué delicado... «¿Qué tiene usted?», preguntó con voz áspera... «Yo no sé bien, doctor... Creo que es una infección; el grano está muy grande y me duele mucho.» De un tirón me sacó el pañuelo y me miró... Después, sin decir palabra, se lavó las manos, y al rato de hacer esto, al mismo tiempo que abria la puerta, me dijo: «¿Sabe lo que tiene usted?... ¡mugre! Vaya y lávese bien con todo el jabón que encuentre...»

Todos se rieron, pero los que rieron más fuertemente fueron sus compañeros, que lo palmoteaban en la espalda, diciéndole:

—¡Cómo te embromó lindo el fulano! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡No sabe ese señor, eterno candidato á diputado, que yo apenas gano para comprar pan, cuando menos para jabón!...

Como los tres amigos vieran que aquella conversación iba á degenerar en algo desagradable, dado el estado alcohólico de los obreros, que ya gastaban bromas pesadas, resolvieron pagar el almuerzo y salir á la calle. Mauricio tomó su libro, el inseparable compañero; Germán encasquetóse un sombrero blando, partido al medio, de alas anchas, y Pedro, antes de levantarse, anudó su corbata de moño, roja, que caía en pliegues largos sobre la pechera de una camisa blanca. Los obreros los miraron con extrañeza. ¿Cómo? ¿Así, inesperadamente, daban fin á un tema de interés tan

grande? Y como sospecharan que rehuían la compañía de ellos, el más grandote dibujó en su cara ruda una mueca de desprecio.

—¡Siempre, siempre miedo á la mugre!... Todos son iguales... ¡Eh, chico... vino rojo para cuatro!...

Los tres amigos, al salir del restaurant, encontraron la calle Almirante Brown concurridísima. En las aceras transitaban centenares de obreros, de mujeres y de niños; los más con sus trajes habituales, pero las mujeres no; las mujeres habían sacado sus polleras y batas privilegiadas, que usan los domingos cuando no llueve, y que han de durar mucho tiempo. Los niños caminaban confundidos entre el gentío en dirección á la Casa Amarilla, expresando en sus ojillos inquietos cierto júbilo desbordante, que algunos llegaban á manifestar tarareando estrofas sueltas del himno revolucionario.

Aquel espectáculo era hermoso: la gran población obrera, en pleno movimiento, ondulaba en las aceras, predominando la nota roja en las corbatas ó en las florecillas de los ojales. Parecía que los conventillos habían arrojado por todas sus puertas y ventanas á esos hombres, á esas mujeres y á esos niños, para que bebieran los raudales del claro sol con las pupilas, con los pulmones y con el espíritu. Era aquello una eclosión de semillas, un abrir continuo de surcos, una floración indefinida de ramajes, en la bonanza completa sobrevenida al mes de borrasca angustiosa.

Mauricio se sintió más joven y más fuerte; él sabía muy bien adónde iban esas gentes y se regocijaba porque veía en eso buenos augurios.

—Este es un notable progreso—dijo á Germán y á Pedro—; los obreros empiezan á dejar la taberna para concurrir al salón de conferencias...

—Miren... miren...—interrumpió Germán con vivacidad—; ahí va presuroso, reviviendo su accidentada vida pasada, el viejo Cipriani con su nietecillo en brazos.

Iba un anciano, hermoso, hermosísimo en su ancianidad, ostentando su cabellera, blanca como la barba poblada y apostólica, que ennoblecía su cara de abuelo, surcada de arrugas y de heridas. Le decían Cipriani, desde cierta noche en la cual contó las hazañas que hizo en compañía del célebre revolucionario italiano, en las sangrientas barricadas de París con motivo de la memorable Comuna. «Cipriani y yo», decía siempre. O cuando algo plausible ó reprochable era sometido á su juicio, invariablemente se pronunciaba: «Cipriani aplaudiría eso... Cipriani reprocharía aquéllo...» Y todos querían al viejo, porque era valiente, sincero, entusiasta como un joven, sin que el desaliento nunca jamás hubiera aminorado su fe, su amor, su pujanza. Y aquella tarde iba el primero á la conferencia con su nietecillo Luis, un chico moreno, fornido, vivo, que apenas contaba cinco años.

Mauricio, Pedro y German llegaron á la puerta del local de la Sociedad José Verdi, en la calle Almirante Brown. Según decían, el vasto salón estaba repleto de gente, apiñada, unos sentados, otros parados, esperando ansiosos la hora de los discursos. En la puerta había un centenar de hombres y de chicos que no se decidían á entrar hasta no ver muy de cerca á César Buenafé, el hombre del pueblo, el amigo de todos, el orador que arrastraba muchedumbres. Una joven se paseaba entre los grupos repartiendo *El Porvenir Feliz* que traía el violento artículo de Barros contra el jefe de policía. Una mujer enjuta vendía á cinco centavos un retrato que todos codiciaban.

—¡El candidato del pueblo!... ¡el candidato del pueblo!—gritaba la mujer.

Y un hombre bajo, grueso, de gorra con visera de hule, de cara regordeta y bonachona, con unos cuantos pelos que le formaban bigotes y barba rala, caminaba lentamente, deteniéndose á cada paso, cargado de libros, folletos, revistas, diarios, sostenidos por dos gruesas correas que le cruzaban la espalda y el pecho:

—*¡Avanti!..... ¡Avanti!..... ¡Critica Sociali!..... ¡L'Asino!*... ¡retrato del doctor Buenafé!...

Todos los hombres sonreían y le daban palmaditas en el hombro con cariño visible. En la entrada del local, á mano izquierda, dos jóvenes de corbatas coloradas y cabello muy largo, en compañía de una niña rubia de ojos celestes, parados los tres detrás de una mesa de pino, sobre la cual descansaba una bandeja llena de monedas, gritaban á un mismo tiempo:

—¡Para la propaganda, compañeros! ¡para la propaganda, compañeros!

En ese momento hubo un gran rumor en la calle; los chicos corrieron, los hombres levantaron sombreros y pañuelos en medio de una explosión de voces continuadas.

—¡Viva el candidato del pueblo!

—¡Viva el socialismo!

—¡Viva el doctor Buenafé!

—¡Vivan los hombres limpios!

—¡Viva el partido socialista internacional!

Por la vereda, confundido, estrujado por la muchedumbre que le miraba con idolatría, venía César Buenafé, con una sonrisa afable en los labios y saludando á muchos, á todos los que se acercaban hasta él, aunque no los hubiera visto nunca, con la cordialidad de antiguos amigos. Al llegar á la

puerta, sobre el remolino de cabezas, se destacó el viejo Cipriani, parado en una grada con los ojos alborozados de júbilo, teniendo al nietecillo en brazos.

—Mira... mira Luisito—decía el anciano levantando al niño lo más que podía—; ¡es él, el hombre!... el hombre de mañana... ¡Míralo bien; es Buenafé!...

Las palabras del anciano resonaron claramente en esa tarde tranquila, con azul tan puro y sol tan radiante en el cielo; con grandes entusiasmos y grandes esperanzas en la tierra.

II

El salón, aunque vasto, resultó pequeño; la galería alta, en forma de balcón, y la parte baja, contenían á duras penas cuatro mil individuos apretados, bañados de sudor y luchando con la atmósfera pesada de las pipas, en las que ardía un tabaco fuerte, capaz de producir náuseas. Es que habían venido de los cuatro puntos de la ciudad hombres, mujeres y niños, impulsados por el deseo irresistible de oir con los propios oídos y de ver con los propios ojos al hombre del día, al hombre fuerte, que había hecho una bandera de la sinceridad, del amor y de la justicia. Y para ver y oir hombre tan desinteresado y voz tan convincente, aceptaban el horrible sacrificio de apretarse, de asfixiarse los unos á los otros, con la respiración de cuatro mil pulmones, en una sala que no tenía la más pequeña claraboya que diera entrada á la corriente de aire salvadora, purificando ese ambiente sofocante, que producía fácilmente embotamientos de cabeza.

En el escenario, muy reducido, había una mesa pequeña cubierta por una carpeta roja, que caía hasta el suelo formando anchos pliegues; detrás de ésta se habían colocado cuatro filas de ocho á diez sillas. Desde allí hablarían los oradores al pueblo, efectuando la proclamación de la candidatura de César Buenafé para diputado al Congreso.

Buenafé era un hombre que desde muy joven luchaba por las ideas socialistas; sus veinticinco años aun no cumplidos denunciaban una pujanza extraordinaria, siempre dispuesto á arremeter los más serios obstáculos. De estatura regular, sin ser ni muy alto ni muy bajo, el conjunto de su persona subyugaba las multitudes desde las tribunas, que eran su baluarte más serio. Cuando se quitaba el sombrero, blando, partido al medio y de alas anchas, descubría una frente amplia, hermosa, aunque se notaba una calvicie prematura, que él conseguía disimular formando ondas bien pobladas con el pelo abundante que crecía de ambos costados de la cabeza. Las cejas extensas, arqueadas, enaltecían los ojos casi pequeños, de mirada varonil, fuerte y cariñosa al mismo tiempo; la nariz recta; del labio superior nacía un bigote castaño, abundoso, dócil, que llevaba retorcido, embelleciendo su rostro. Vestía generalmente traje y guantes negros y una corbata de espumilla formando un moño que caía en dos pliegues sobre el saco, siempre abrochado.

César Buenafé descendía de una familia distinguida, vinculada á la aristocracia porteña. Hijo de Carlos Buenafé, abogado muy conocido en el foro por sus discursos y en la sociedad por su elegancia, heredó de su padre una voluntad firme y un carácter impetuoso. Y como equilibrando ese carácter y esa voluntad, que de existir aisladamente habrían hecho un hombre rudo é intratable, la madre transmitióle una ilimitada dulzura c corazón, un altruísmo sano, sentimientos que orie taron fuera de toda duda sus pasos hacia el ide de concordia y justicia humana. Desde niño mostr marcada inclinación al estudio; emprendió la carrera de abogado, y allí en las aulas, en compañía

de un amigo íntimo, Juan Ribera, estudió los libros revolucionarios de Marx y de Engels; á partir de este instante nuevos horizontes vislumbró Buenafé, y afirmando su naciente convicción con prolongadas lecturas, el camino á seguir presentóse libre de todo obstáculo. Optando al título de abogado con una tesis titulada *La miseria,* derramó su sueño de justicia, sus esperanzas futuras de regeneración social, señalando las visibles desigualdades existentes entre los hombres. Pero esa tesis fué rechazada con gran escándalo de todos; la prensa clerical puso el grito en el cielo, proclamando con este motivo la necesidad de generalizar la enseñanza religiosa en las escuelas, para evitar en lo venidero casos como ese de Buenafé, á quien compadecieron por las ideas anarquistas que le atribuían. Si en las clases altas la indignación fué grande, pasó lo contrario en las clases humildes, que miraron con viva simpatía á ese joven tan audaz é impetuoso. Los socialistas, que en aquella época recibían piedras cuando aparecían en las plazas, pidieron á Buenafé una conferencia con el tema de la tesis rechazada. Y Buenafé habló con entusiasmo, con los desbordes de su juventud pujante, con la sinceridad de sus veintidós años incontaminados. Todos solicitaron su adhesión al partido socialista para engrosar las filas de intelectuales. Cuando Buenafé ingresó en el partido en compañía de Juan Ribera, ya recibido de abogado, un obrero inteligente que traducía versos de Stecchetti, llamado Alfredo Torrelli, escribió un artículo dándole la bienvenida y augurándole un porvenir de triunfos repetidos. Sin embargo, los *leaders* antiguos, como los médicos Jaime Beltrán y Aníbal Carreras, miraron con desconfianza por mucho tiempo al recién llegado. Pero Buenafé continuó

invariable en su conducta, luchando, sufriendo privaciones pecuniarias, despreciado por todos, que veían en él á un agitador de oficio que explotaba la ignorancia de los obreros. Hasta que llegó esa tarde de cielo azul y claro sol, en que habían venido á oirle de los cuatro extremos de la ciudad hombres, mujeres y niños, en el momento de ser proclamada su candidatura para diputado al Congreso.

Cuando de la calle llegaron los gritos, las aclamaciones, los aplausos, al unísono se conmovieron los cuatro mil individuos que esperaban en el vasto salón. Era la hora. Llegaba César Buenafé. Y todos, para ver al hombre, para retener bien su fisonomía, apretándose más, se dieron vuelta hacia la puerta de entrada, con los ojos saltando curiosidad y las caras sudorosas. De la galería alta, los hombres inclinaron los cuerpos sobre la baranda que los sostenía; ellos también querían ver á Buenafé, para eso habían ido, porque el hombre les seducía con su físico y su palabra ardorosa. Entre el murmullo creciente de las voces, era difícil retener las exclamaciones:

—¡Ahí viene! ¡ahí viene!

—¡El candidato del pueblo! ¡viva el candidato del pueblo!

Y siempre mirando hacia la puerta de entrada, los gritos se repetían con voces gastadas, ó muy roncas ó muy infantiles, confundiéndose con estrofas sueltas del himno revolucionario que entonaban sin compás los que ocupaban la galería alta.

Cuando Buenafé entró en la sala, el entusiasmo desbordó; se enarbolaron sombreros, se agitaron pañuelos. Hubo ruido de sillas que se volcaban, y aumentaron los apretones porque todos querían ver de cerca á Buenafé, que caminaba con dificultad,

estrujado, pero sin que en su cara se notara disgusto, como si esas demostraciones fueran para él muy familiares. Entre el tumulto se vió á Mauricio Berger con el libro inseparable bajo el brazo; á Pedro y á Germán que tomaban de los brazos á Mauricio para no perderlo entre el remolino. Iba también el anciano Cipriani agitado, torturado, sudoroso, respirando con dificultad por el calor de la atmósfera, llevando siempre en alto á su nietecillo Luis. Y un centenar de personas que contaban pasar con Buenafé al escenario para oir desde allí los discursos con más comodidad.

En la primera fila de sillas cerca del escenario había dos jóvenes estudiantes, correctamente vestidos, contrastando en esto con la gran mayoría de los asistentes. Uno de ellos, alto, delgado, con un mechón de pelo que caía sobre la frente, miraba extrañado con sus dos ojos grandes y verdosos, sombreados por largas pestañas. Se llamaba Enrique Selva, tenía aficiones literarias, que decía él ingenuamente haberlas heredado de una ilustre familia de poetas y escritores. Había ido ahí en compañía de su amigo, por curiosidad; ¡tanto se hablaba en aquellos días del socialismo y de Buenafé!

Sentada á mano derecha de Selva, sonreía bondadosamente la señora Amalia Bertani, esposa de un médico muy conocido, al que, según decían, contrariaba por sus ideas socialistas. En el extremo izquierdo del salón, de pie, recostados en la pared, tres hombres delgados que vestían con gran semejanza: sombreros blandos de alas en extremo angostas, pañuelos blancos cubriendo el cuello, sacos muy cortos desde los hombros levantados hasta la cintura y pantalones franceses, anchos arriba, que caían en pliegues angostos sobre boti-

nes de grandes tacos. Uno de ellos, de bigote ralo que mordía el gajo de una flor con sus dos hileras de dientes negros y carcomidos, decía á los dos compañeros:

—Yo no estoy de acuerdo con estos socialistas que hablan mucho y sacan poco.

—¡A la verdad!... á falta de pan se llenan el estómago con oratoria.

—Y todo inútil, porque la elección la ganará el doctor Pedrito Virasol, secretario del presidente, que nos va á regalar cuarenta pesos por libreta cívica.

En ese momento salieron voces de todos lados pidiendo silencio. En el escenario, detrás de la mesa, sobre la cual habían colocado un vaso y un botellón con agua, estaba parado, esperando se acallara el rumor de las conversaciones, Julio Rosamondo, un hombre de treinta y cinco años, italiano, de pelo, cejas y bigote colorados. Cuando el silencio fué completo, con visible acento extranjero, comenzó á hablar:

—Hemos venido á proclamar una candidatura de principios que traduce los intereses del pueblo que sufre y que trabaja, porque estamos cansados de estas parodias electorales que tienen por resultado llevar al Congreso á hombres que se preocupan de intereses puramente personales...

Y continuó hablando con su visible acento italiano, que provocaba sonrisas benévolas en el auditorio. Todo el público conocía mucho á Rosamondo, desde su llegada al país, sin pronunciar una palabra en español. Por allí decían que para no morirse de hambre, tuvo que trabajar en una licorería, lavando botellas desde las seis de la mañana á las seis de la tarde. Después mejoró su situación entrando en un ferrocarril.

Rosamondo, á medida que avanzaba en su discurso, iba acalorándose, agitando los brazos, pronunciando calificativos severos para los cuatro candidatos que luchaban á la par que Buenafé. Y hubo grandes risas y gritos cuando hizo una silueta del doctor Pedrito Virasol, secretario del presidente, del que se decían cosas innobles respecto á su vida privada.

—¡Ah, este Rosamondo no perdona nada!—dijo la señora Bertani sonriendo y abanicándose, allá en su silla de la primera fila.

—¡Es cierto! ¡es cierto!—exclamó el joven Selva consultando á su amigo sobre el personaje aludido.

—¿Pero qué importa eso, si nos paga cuarenta pesos?—se dijeron haciendo guiñadas entre ellos los tres hombres recostados en la pared en el extremo izquierdo del salón.

—¡Cochino! ¡cochino!... ¡ese Virasol es un cochino!—gritó un obrero que escuchaba desde la galería alta.

Y Rosamondo, sudoroso, dejó de hablar con grandes aplausos, muy satisfecho por el escándalo que había producido al hacer las siluetas de los cuatro candidatos, para realzar dignamente la persona de César Buenafé.

Acto continuo apareció un hombre bajo, de ojos pequeños y mirada penetrante, de barba bien peinada, que terminaba en punta: usaba traje negro y cuello volcado, muy bajo, al que anudaba una corbata minúscula. El público aplaudió frenéticamente y un nombre corrió por todos los labios:

—¡Es Beltrán! ¡Es Beltrán!

—¡Silencio; va á hablar Beltrán!

Y el silencio se hizo profundo en la multitud, que miraba respetuosamente á ese hombre que

sabía tantas cosas, que había escrito y traducido muchos libros.

Beltrán comenzó su discurso pronunciando lentamente sus párrafos y en voz muy baja. No era orador, aunque se expresara con naturalidad y sin vacilaciones; no construía períodos efectistas, de esos que arrancan prolongados aplausos. Pero á medida que iba avanzando, su palabra era incisiva, cortante, cruel. En los ojos de Beltrán podía adivinarse un gran odio concentrado, contenido, que se desbordaba ahí, en las asambleas, atestadas de público. Y esa tarde habló, como siempre, de la chusma que gobierna, de los enredos de la política criolla, del doctor Perugini y su célebre proyecto sobre la recaudación de las aduanas, del papel-moneda y la ley de conversión. Todos los negocios de la política salieron á relucir. Cuando explicó la situación del país en el terrible año 1890, la multitud, indignada, levantó los puños crispados:

—¡Ladrones! ¡ladrones! ¡mueran los ladrones!

Beltrán tomó el botellón que había en la mesa y llenó un vaso con agua. En tanto, Mauricio, sentado en el escenario, miraba á Pedro y le decía:

—¿Qué tal?... ¿no le decía Germán mientras almorzábamos que este era un hombre íntegro?

—Sí, sí.... parece—murmuró Pedro entre dientes.

Y el anciano glorioso que combatió en la sangrienta Comuna, siempre con el nieto en brazos, agregaba:

—Tú no comprendes, chico, pero Beltrán dice cosas muy buenas, que yo te explicaré mañana.

—Es un carácter...—contestó Buenafé á su amigo Ribera, retorciendo sus grandes bigotes.

Beltrán prosiguió; era necesario terminar con eso; el general Rosa hacía treinta años que venía jugando con los intereses del país. El partido so-

cialista debía limpiar esa cloaca infecta. Y terminó diciendo que Buenafé era un amigo del pueblo, hombre honrado y hombre de acción.

Cuando cesaron los aplausos, el público, delirando, pidió insistentemente:

—¡Buenafé! ¡Buenafé!... ¡que hable Buenafé!

Las esperanzas de todos fueron defraudadas cuando Rosamondo anunció que Juan Ribera tomaría la palabra. Este hombre, inteligente, estudioso, compañero de estudios de Buenafé, que había debutado en el socialismo con una conferencia sobre el divorcio, tenía fama de extenso en todas sus disertaciones. Eran las cuatro de la tarde; el calor arreciaba, la atmósfera viciada entrecortaba las respiraciones. Ya dos mujeres y tres niños se habían desvanecido, teniendo que sacarlos á la calle en busca de aire. ¿Cuándo hablaría Buenafé, por el cual casi habían ido todos? Pero Ribera no llegó á darse cuenta de esta impaciencia creciente, y comenzó su discurso con palabra segura y ademanes airados; fué aquello una lluvia de citas de autores; estudió el partido obrero en Inglaterra, el número de representantes que tenía en las Comunas. Tuvo párrafos sobre la Revolución francesa, explicó el materialismo histórico, aplicándolo á la independencia argentina. Y todo esto en un lenguaje inadecuado, difícil, que si bien demostraba su preparación, hacía creer que desconocía en absoluto esa psicología colectiva, que tan familiar debe ser á los oradores de multitudes.

Felizmente para muchos, se produjo un tumulto que distrajo la atención. Cerca del escenario, en el rincón izquierdo del salón, se oyeron gritos desmedidos.

—¡Silencio! ¡silencio!

—¡Son del Club de Virasol!...

—¡Que los saquen!... ¡Que los echen á la calle!

En todas partes se veía la misma indignación, y en un remolino, en el cual hubo puñetazos y y muchas amenazas, salieron tres hombres pisoteados y blancos de tierra, esos mismos que momentos antes, recostados en la pared y luciendo sus trajes extravagantes de orilleros, hablaban de los cuarenta pesos que percibirían el día de las elecciones.

Dieron las cinco; la impaciencia fué general. ¿Cuándo hablaría Buenafé?

—¡Que hable Buenafé!—gritó uno de la galería alta.

Ante esto parece que Ribera se dió cuenta de su falta de tino y terminó el discurso. Apareció entonces Buenafé en el escenario, siendo aclamado de tal modo, que él mismo, extendiendo los brazos hacia el público, pidió silencio. Pero á cada párrafo, por insignificante que fuera, las aclamaciones se repetían; es que aquel hombre conocía muy bien al pueblo, y cada palabra, ó cada gesto, ó cada ademán, iban directamente á hacer vibrar las fibras más sensibles; su voz tenía modulaciones cristalinas, que variaban á voluntad; sobre todo, cuando hacía punto recalcaba las sílabas con acento vigoroso. Por otra parte, Buenafé, en la tribuna, presentaba una fisonomía admirable; con la cabellera que se estremecía, con los ojos que adquirían dimensiones, llenos de fuego, y los bigotes esparcidos, más grandes aún de lo que eran por los movimientos del labio superior, y paseándose de un extremo á otro, siempre inquieto, siempre ardoroso, siempre elocuente, la multitud, hipnotizada, echaba á correr sus grandes emociones, en el gesto, en el grito, en el aplauso sonoro y largo.

—¡Ese es el hombre!... ¡el candidato del pueblo!

—¡Muy bien, muy bien!—exclamó la señora Bertani sonriendo bondadosamente.

Mauricio estrechaba la mano de Germán, entusiasmados, rejuvenecidos, mirando á Pedro, insensible, frío. El anciano Cipriani, conmovido, evocando su larga y accidentada vida pasada, besaba á su chiquillo, siempre en brazos, que sonreía alegremente con su carita morena. Y el eco era unánime; la fe en ese porvenir de verdad, de paz y de justicia, se traducía en la algarabía creciente de voces, de exclamaciones, de himnos revolucionarios. Entonces, los cuatro mil individuos que durante tres horas soportaron la atmósfera viciada del salón, comenzaron á retirarse lentamente, por las aglomeraciones que se formaban, deseosos ahora de correr á la calle para respirar á plenos pulmones el aire que tanto necesitaban. Y al ir desembocando el remolino, los gritos se reanudaron:

—¡Viva el candidato del pueblo!

—¡Viva el socialismo!

—¡Viva el doctor Buenafé!

—¡Vivan los hombres limpios!

—¡Viva el partido socialista internacional!

Volvió á verse á la joven que se paseaba entre los grupos repartiendo *El Porvenir Feliz* con el violento artículo de Barros contra el jefe de policía; y apareció la mujer enjuta, vendiendo á cinco centavos el retrato de Buenafé; y el hombre bajo, grueso, de gorra con visera de hule, cargado de libros, revistas, diarios y folletos; y arreciaron los pedidos formulados en voz alta por los tres jóvenes parados ante la mesa de pino:

—¡Para la propaganda, compañeros!

Los grupos se formaron más compactos en la vereda, y en vano los agentes y los oficiales de policía se esforzaron para normalizar el tránsito;

chocaban con aquellas gentes resueltas y firmes, que, aun no satisfechas, deseaban ver otra vez al hombre, al hombre extraordinario, á ese Buenafé, que tenía la virtud de subyugarles, hasta el punto de hacerles caer en verdaderas idolatrías.

—¡Ahí viene, ahí viene!—exclamaron todos.

Y se repitió la misma escena de horas antes; corrieron, pisoteándose, estrujándose los unos á los otros, para poder ver de cerca á Buenafé, que caminaba con dificultad, siendo víctima de los empellones. La policía, con su propósito de dispersar los grupos, fué impotente, por más que los vigilantes subieron con sus caballos á la vereda. La multitud caminó cuadras y cuadras, siempre estallando en vivas, en aplausos. Ante esos gritos, las persianas se abrían y la gente se asomaba por ventanas y balcones.

—¡Es Buenafé! Es Buenafé que viene de la conferencia.

Como pasara un tranvía que iba á la plaza de Mayo, Buenafé se decidió á tomarlo, y entonces fué cuando se produjo una carrera loca, gritando, agitando sombrèros y pañuelos..

Mauricio y Pedro contemplaron la escena desde una puerta en compañía de Beltrán, de Ribera y de la señora Bertani. Rosamondo andaba de un lado para otro, con su pelo y bigote colorados tan visibles.

—¡Cómo corren!—dijo Rosamondo sonriendo—. Cada vez que viene Buenafé pasa lo mismo.

—¡Déjelos que corran, pobrecitos!...—agregó la señora Bertani—. Hoy es domingo y en algo tienen que entretenerse.

—Esto nos perjudica—murmuró Beltrán—. Hoy se habla de Buenafé más que del socialismo...

Ribera se mordió los labios, no dijo nada en

alta voz, pero en su interior estalló una angustia enorme, que venía acumulándose en su espíritu desde mucho tiempo atrás. ¿Quería decir que Buenafé lo iba á relegar á olvido? Esa tarde el público oyó con impaciencia su gran discurso, en el que hizo la historia del partido obrero en Inglaterra. Y todo por oir á Buenafé, que hablaba haciendo afirmaciones rotundas, con párrafos huecos, pero que tenían un efecto extraordinario, según podía verlo él mismo. Y como Ribera fuera más adelante en sus rápidas reflexiones, imaginando el porvenir, entonces subió á sus ojos la sangre que corría envenenándole las venas. Vió á Buenafé dueño de la situación, diputado al Congreso, ídolo de la muchedumbre, que pronunciaba su nombre con respeto, y todo eso en perjuicio de muchos; en perjuicio de él mismo, que sabía tantas cosas, que leía tantos libros para deslumbrar á todos...

—¡Eh!... No hay que asombrarse por eso; es el rebaño que persiste á través de las épocas, viejo como el mundo y en incesante renovación—dijo Pedro con voz firme.

—¿Y qué hay con eso?—preguntó Mauricio.

—Que pasa lo que dice Beltrán; se habla más de los hombres que de las ideas...

—¡Pero eso es un absurdo!... Los hombres valen por las ideas que encarnan. Y es bueno que se ocupen de Buenafé en todas partes; eso nos reporta grandes beneficios, porque él es un vehículo de nuestras ideas...

Beltrán, Rosamondo y la señora Bertani se retiraron juntos; Mauricio y Pedro tomaron la dirección del río para encontrarse con Germán, que les esperaba en la calle Olavarría; y Ribera, solo, se decidió á caminar, deseoso de amortiguar su rabia, que iba en aumento.

¿Aquellos no eran los hombres nuevos? La fe que tenían en ese porvenir de amor, de paz, de justicia bien cimentada, ¿no los diferenciaba de los otros hombres, haciéndolos más buenos, más justos, más humanos? Parecía que no; eran y serían hombres como todos los demás, con las mismas terribles pasiones, que son las que producen la lucha, el odio, la deslealtad, para vencer en cualquier forma, á costa de cualquier sacrificio. Aquellos hombres perseguían la felicidad, y entre ellos eran incapaces de ensayarla un solo minuto. Buenafé, Buenafé en los dinteles del triunfo quitaba el sueño á Ribera, su mejor amigo; hacía palidecer á Beltrán, aferrado á la teoría, hombre incapaz de ninguna expansión populachera; aumentaba el escepticismo de Pedro, en su egoísmo de gozar él solo todo el placer de la existencia. ¿Cómo serían los hijos de esos hombres? ¿Despertarían en ellos la envidia, el odio, el egoísmo de los padres, cuando nuevos Buenafés les disputaran el triunfo?

III

Cipriani alquilaba dos piezas en una casa modesta, situada en la calle Olavarría. Vivía con su hija Rosa, mujer de veintitrés años, muy morena, de ojos negros, grandes y seductores, de cutis delicado, cuerpo esbelto y bien proporcionado. El anciano tenía gran cariño por Rosa, tan buena con él y tan trabajadora; le atendía siempre, le mimaba como si fuera un niño, acariciando en las treguas de labor, con sus manos finas, las barbas muy blancas de su padre, en quien veía un héroe llegando al ocaso de la vida con la misma fe del primer día, con los mismos entusiasmos, con los mismos ardores, como si en realidad fuera un joven cada vez más fuerte en el curso de los años ó un roble centenario, más robusto á cada embate de los vientos. Rosa, desde los diez años, huérfana de afectos maternales, vivió llena de privaciones en compañía de una tía vieja y ciega y de su hermano Nicolás, cinco años mayor que ella. El padre andaba en correrías de una ciudad á otra, siempre agitado, en revueltas, perseguido por la policía de todos los países. De seis en seis meses, cuando tenía algunas liras ganadas con heroicidad, se iba á Italia, ocultándose para no ser prendido, sin ver á ningún camarada, no deteniéndose en un pueblo más de las horas necesarias, hasta llegar por fin á Anticoli, aldea próxima á Roma, en donde pasaba

unos quince días de calma, querido, mimado, con los afectos engrandecidos por la ausencia y el peligro. Pero aquella vida se hacía cada vez más insostenible; la miseria arreciaba con furia y la intranquilidad no se iba nunca. Cipriani resolvió partir para América con Rosa, en tanto que el pobre Nicolás caía en el cuartel para cumplir la ley del servicio militar. Instalados en Buenos Aires, las dificultades cesaron en parte; Cipriani entró en la redacción de un diario italiano y Rosa tomó ocupación en una casa de modas. A los dos años siguientes, con el pan bien disfrutado, la felicidad, tan esquiva, se asomó á ese hogar, en donde la paz crecía repartiendo sombra y calor. El padre viejo, que no desmayó nunca en su larga vida rebelde, podía al fin á los sesenta y cinco años pasar el día domingo sentado en una silla de hamaca, fumando su pipa y leyendo interminables volúmenes, que versaban sobre las revoluciones que tuvieron lugar en Europa para dar fin á la esclavitud. Y la hija, en el dintel de los diez y siete años, naciendo á nueva vida, ya sintiéndose mujer fuerte, hermosa y útil, era la alegría de la casa pequeña, modesta y limpia, era el sostén del anciano, que reclamaba justamente amor, paz y justicia; él, que tanto guerreó en barricadas famosas por el triunfo de esa justicia, de esa paz y de ese amor.

—Padre—decíale Rosa—, dentro de seis meses llegará Nicolás... Entonces seremos más felices, porque trabajaremos para ti, para que puedas leer siempre tus libros sobre las revoluciones...

—Cuando llegue Nicolás—contestaba el anciano con los ojos llenos de lágrimas—voy á nacer de nuevo...

Esperando al hijo y al hermano, los días parecieron ser más cortos, el trabajo más agradable, la

alegría continuada; entraban en la casa el sol del cielo y el sol de la tranquilidad. Pasaron dos meses; en Rosa se notaron inquietudes, más nerviosa, preocupada en algo secreto que ella únicamente sabía. De noche, antes de acostarse, cuando proseguía sus costuras á la luz de la lámpara, cubierta por una pantalla de satén rojo con flecos en los bordes, Rosa caía en ensimismaciones, con sus grandes ojos negros fijos en un punto. Pero luego reanudaba su tarea con la misma precisión de antes, con el mismo afán de terminar pronto, sin que su semblante expresara mayores preocupaciones. Hasta que un domingo, uno de esos domingos que aprovechaba Cipriani para descansar sentado en la silla de hamaca, frente á la ventana entreabierta, leyendo sus libros voluminosos y fumando la pipa interminable, Rosa, acariciando las barbas del anciano, indecisa, quiso decirle algo que no pudo expresar bien, por la timidez natural de su espíritu.

—¿Qué tienes?—díjole el padre mirándola con sus ojos en extremo bondadosos—. ¿Hoy tus amigas no te acompañan á paseo?

—No, no; les he dicho que no vengan á buscarme...

—¿Por qué?...

—.....

—Vamos, vamos, chiquilla; tienes algo que contarme, ¿verdad?

—Sí...

—¿Y es de tanta gravedad, que no sabes cómo empezar?... ¡Ea, Rosa!—agregó el anciano riendo alegremente—; si te llenas con tantos colores en la cara, voy á llegar á creer que tienes un...

—¿Un qué?...—interrumpió la niña con vivacidad, encendiéndosele el semblante hasta la frente.

—Voy á creer que tienes un novio... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué chica esta!...

Entonces Rosa contó todo á su padre. Era cierto; había conocido un joven, hermoso, fuerte, espiritual, muy trabajador, de veintitrés años. Ella tenía gran afecto por él; él tenía gran afecto por ella, estaba segura, no podía dudarlo; siempre la miraba con unos ojos muy tiernos...

—¿Sabes, padre?—continuaba animosamente—; tiene unos ojos muy azules, muy claros y muy cariñosos. Se llama Adrián Ramírez, trabaja de telegrafista y no tiene ni padre ni madre... ¡pobrecito! por eso necesita que lo quieran mucho...

Cipriani se emocionó; corrieron lágrimas por sus mejillas ajadas. Aquello significaba completar la felicidad, esa felicidad tan esquiva, que huyó siempre de ellos como con terror, con odio, y que parecía reconciliarse, al cumplir el glorioso viejo los sesenta y ocho años.

—Dile que venga—contestó el anciano rebosando júbilo—. Dile que venga, tengo que conocerlo, hemos de hablar...

—¡Ah! sí, sí—interrumpió Rosa—; lo traeré, y hablará contigo. Verás qué inteligente. Piensa lo mismo que nosotros; tiene fe en la justicia futura y en el amor como base de todo.

Adrián fué á la casa y conquistó á Cipriani. Era un muchacho fuerte y hermoso; argentino, hijo de argentinos, sus abuelos habían guerreado en todas las revoluciones destinadas á derrocar gobiernos para implantar otros nuevos, que muy pronto incurrían en los vicios y desmanes de los anteriores. Y Adrián había heredado el ímpetu bélico, los ardores de la lucha, la decisión y la firmeza; se decía socialista, porque en esa forma podía combatir á todos los *canallas* sin hacer distingos. Pero no había

leído nada, no sabía nada, una facultad extraordinaria de asimilar las ideas que se discuten y se propagan, unida á la viveza criolla de comprender todo sin mayor esfuerzo, lo destacaba en cualquier círculo. En realidad, el socialismo de Adrián era un sentimiento heredado de sus abuelos, esa antipatía, inculcada por astutos caudillos, del gaucho hacia el gobernante, de la bombacha contra el pantalón ajustado, de la milonga clásica contra el estribillo modernista, de lo viejo sencillo á lo nuevo complicado.

—Los ricos son ricos porque roban á los pobres. Hay que terminar con esa gente perversa. En el 80, mi padre peleó por los honrados, en el 90, lo mismo; pero todo es inútil; cuando los «honrados» tocan la plata, se queman las manos y se «deshonran».

De la justicia se expresaba siempre en la misma forma.

—No creo en la justicia, porque la hacen los jueces de los ricos; voy á creer en ella cuando vayan «arriba» los jueces de los pobres.

Cuando hablaba de la mujer, hacía recordar las «payadas» de circo.

—La mujer es una flor que hay que regarla para que no se marchite... Los ojos de la mujer se parecen á un aljibe: el hombre se inclina un poco y acaba por irse al fondo...

Todo eso encantó al viejo Cipriani; vió en Adrián algo que podría aprovecharse, una inteligencia despierta, ágil en extremo, y un espíritu firme. Los jóvenes se amaron fuertemente con la protección del buen viejo. Tuvieron días hermosísimos de alegría, de paz, de dicha bien disfrutada; fué un anticipo de la ansiada sociedad futura, porque ellos gozaron de ese amor tan libre, en medio de las exigencias y los convencionalismos de la actual

sociedad tan egoísta. Y todos participaron esa felicidad naciente, porque Cipriani, radiante de dicha, quiso festejar públicamente el acontecimiento.

—¡Que vengan!... que vengan todos los amigos... Deseo comunicarles mis alegrías, mis nuevas esperanzas, mi fe fortalecida... que vengan todos al casamiento de Rosa y de Adrián... que no falten Mauricio, ni Germán, ni la señora Bertani, ni Luisa Kurneief, ni Emma... y niños, muchos niños felices que rían sonoramente... Habrán masitas, licor, caramelos y música... Que vengan todos á la boda...

Nadie faltó: fué una fiesta incomparable, hermosa; bailaron, bebieron, y luego en el comedor, alrededor de la mesa, jugaron á las prendas, siempre contentos, festejando las gracias con grandes risas. Los brindis dieron motivo á toda clase de bromas.

—Por Rosa, por la felicidad invariable de Rosa...

—Brindo por la unión libre de Adrián y de Rosa...

Sin embargo, el menos expansivo en aquella fiesta fué Mauricio Berger. Asistió contrariado, por no desairar á su amigo el buen viejo Cipriani. Su seriedad contrastó en mucho con las risas francas y los augurios que se hicieron al brindar por la felicidad de los contrayentes. El no creía en esa felicidad; no podía creer en ella, porque conocía muy bien á Adrián, de quien desconfiaba en absoluto. En oportunidad, cuando se enteró del noviazgo, con entera franqueza habló á Cipriani del sujeto:

—Vea, viejo... ese Adrián no es sincero, estoy seguro... Desconfío mucho de ese socialismo criollo...

—¡Hombre! no y no... ¡Eres exigente, muy exi-

gente, querido Mauricio!... Cuando te digo que el chico es bueno, muy bueno, y que será excelente cuando siga mis consejos...

—Viejo... me parece que el bueno es usted y no el otro...

—No y no... eres injusto, eres injusto...

Mauricio no agregó más; él había cumplido comunicando sus inquietudes á Cipriani. Pero la verdadera razón de esas inquietudes, era otra: él, Mauricio, sin darse cuenta en una forma clara, amaba á Rosa; tenía por la niña un gran afecto, que se robustecía cada vez más con el trato frecuente y la intimidad. Y desde ese día, cuando ya era demasiado tarde, cuando todo estaba hecho, su pasión tomó cuerpo, se hizo carne, se definió claramente. De ahí su contrariedad visible, la angustia irremediable, la tortura moral, más fuerte que sus fuerzas, al presenciar la fiesta, al oir los brindis, las risas y las músicas. Un cúmulo de recuerdos se reunieron, se hilaron sólidamente con ese motivo: miró hacia el pasado, y desfiló éste rápidamente, íntegramente, reconstruyendo su vida. ¿Quería decir entonces que todavía no había tenido halagos presentes? A los diez años, con la muerte de sus padres, quedó huérfano de afectos, solo en el mundo, desamparado, pronto á luchar contra las asperezas de la vida, contra las desigualdades de la suerte, contra la maldad de los hombres. Recordó su juventud, su ingrata juventud, llena de miserias, viviendo en un cuartujo estrecho y obscuro, ganando lo justo para no andar desnudo ni morir de hambre. Y esa situación fué cambiando muy lentamente, á costa de grandes dolores, de grandes fatigas. Esa había sido su vida durante veinte años, sin amor, sin ternuras, amparado únicamente por sus esperanzas, por sus

sueños de felicidad futura. Cuando aparecía el amor como una recompensa á su dolor pasado para darle la felicidad que él conocía únicamente en los ricos y en los sinvergüenzas, proporcionábale otro nuevo dolor, más grande que los anteriores. ¿Quería decir entonces que él estaba destinado á sufrir toda la vida? Rosa era de otro; le correspondía á Adrián, más astuto, más ducho en aventuras amorosas; de esto último Mauricio dióse cuenta exacta: Adrián mentía, mentía siempre para realizar con éxito sus propósitos. Había mentido en casa de Cipriani hablando de los ricos, de los pobres, de la injusticia social, de la dicha futura, para que el viejo le entregara la hija. Adrián era un acomodaticio, tenía aversión á los poderosos, eso sí, pero cuando ellos le negaban favores. Y por aquella época, cuando conoció á Rosa, andaba de capa caída, rabioso por su soledad y su miseria; la niña fué una solución, hermosa, joven, trabajadora, con ideas liberalísimas; no podía encontrar otra cosa mejor.

Al año siguiente, la unión libre de Rosa y Adrián dió el primer fruto, un niño, Luisito, que fué la alegría del incomparable abuelo. Pero en ese año ocurrieron muchas cosas; Nicolás llegó de Italia luego de haber cumplido con la ley del servicio militar, y el padre y la hermana, que le esperaban con tanta ansiedad, sufrieron una decepción muy grande. Encontraron á un muchachón de veintitrés años, delgado, de cara hundida, con los ojos desfigurados por una mirada vaga, incierta; de manos huesosas en continuo tembleque, y vestido con descuido y falta de higiene. Les costó trabajo conocer á Nicolás, tan cambiado estaba, con ese aire de alcohólico rayano en la idiotez.

—¡Hijo!... ¡hijo mío!...—exclamó Cipriani desco-

razonado—; ¿qué has hecho de ti en esos tres años de cuartel?

—He sufrido... he obedecido... y nada más... ¿Qué cree usted que se puede hacer en un cuartel?

—¡Nicolás! ¡Nicolás!...—repetía el anciano—. Te has perdido... me cuesta reconocerte...

—Me han perdido, diga usted mejor... Pero... ¡qué diablos! ¿á qué tantos lamentos?... Lo principal es vivir... Yo vivo... ¿no es verdad, Rosa?... Lo que haga viviendo importa poco...

—Pero has de trabajar...—le objetaban Cipriani y Rosa.

—Sí... si puedo... si encuentro trabajo... Si no encuentro será lo mismo... pan y vino no me faltarán nunca.

Con Adrián tuvieron otra decepción; sus ternuras duraron poco tiempo. Una vez que su sensualidad fué satisfecha, que se hartó de gozar con ardores de bestia, cambió de tono en su trato con Rosa, que le quería siempre, cada vez más. Y empezaron los altercados de palabra, por el motivo más nimio.

—¿Y á ti qué te importa eso? ¿Acaso yo no soy libre?... ¿No trabajo yo para mí y tú y tu padre para ustedes? ¿Me entrometo alguna vez por el dinero que ustedes ganan?... ¡Ea, imbécil... déjame en paz!...

Ante esas escenas, el anciano se conmovió vivamente; la felicidad que vislumbró con el casamiento de Rosa fué un sueño, uno de sus muchos sueños, que tenían la virtud de enternecer sus sesenta y ocho años de vida combativa. Y recordó los consejos de Mauricio, que él consideró injustos, que rechazó enérgicamente, ciego como estaba por los embustes y astucias de Adrián. La ruptura se produjo en una forma inesperada; Adrián desapareció de la casa sin dejar noticias de él. Rosa

lloró mucho; engañada en su primer afecto, en cinta de cuatro meses, mordida por un gran remordimiento al pensar que había sido fecundada por un hombre que tuvo para ella nada más que deseos de bestia en celo, que huye cuando llega á la saciedad. Pero la esperanza es una estrella que alumbra á todos los peregrinos, aun á los más desorientados, aun á los que más lejos se encuentran del Norte salvador. Por eso fué así que, sobre las desgracias que conmovieron aquel hogar, atenuando la impresión que produjo la fuga de Adrián, aplacando un tanto la pena que experimentaron ante la idiotez alcohólica de Nicolás, apareció nuevamente en la casa la estrella de la esperanza con nuevos rayos y nuevos resplandores y nuevos augurios de dicha. El niño, aquel niño bendito que llevaba Rosa en sus entrañas, alegraría al abuelo, calmaría á la madre, joven, sana, fuerte, hermosa; madre y abuelo, que darían al niño todo su pan, todo su abrigo, todos sus sueños, todas sus vidas.

Llegó el niño. Pasaron tres, cuatro, cinco años, y Luisito, el chiquillo moreno, de ojos inquietos, alegró la casa con su risa y sus juegos infantiles. Nicolás, que llevaba una vida desastrosa, de vez en cuando aparecía por la casa de la calle Olavarría, embriagado, repugnante, dando gritos, hasta que conseguía sacar unos centavos, que Cipriani le daba para librarse de él. Rosa, que había cumplido los veintitrés años, ya aliviada por su abandono, siempre buena con el padre y cariñosa con el hijo, cantaba como en otro tiempo sus canciones de la juventud, mientras cosía los vestidos para las grandes damas en la máquina incansable, que llenaba la casa con el run-run continuo de sus ruedas veloces.

Y las veladas se repitieron con cierta regulari-

dad en las noches de los sábados y los domingos, asistiendo, como en otros tiempos, á las ocho en punto, Mauricio, Germán, Pedro, Luisa Kurneief, Emma Restari, Juana Copello. Cipriani y Rosa los recibían con gran afecto, porque así, charlando y riendo, se pasaban las horas y se olvidaban las penas. Para esas oportunidades se encendían dos lámparas, que colocaban sobre la mesa del comedor, cubierta modestamente por una carpeta que caía en pliegues hasta el piso. Y sentados formando rueda, iniciaban la conversación sobre cualquier tema, que siempre producía acaloramientos ó grandes risas motivadas por alguna expresión feliz dicha con inteligencia. Las mujeres, generalmente, se mezclaban poco en las discusiones, á excepción de Juana Copello, que en todo se entrometía. Juana tenía veintiséis años, era alta, muy delgada, de senos y caderas raquíticas; la cabellera, peinada con falta de gusto, muy negra, ensombrecía más la cara alargada, hundida, realzando los pómulos á los dos lados de una nariz desproporcionada y huesosa; los ojos eran igualmente negros, trágicos, fosas de histerismo, de donde salía una mirada penetrante, afilada, por la cual podía traducirse el desequilibrio de aquel cerebro y las desgarradoras torturas de aquel espíritu. Hablaba en las asambleas públicas ante cinco mil individuos, dispuestos á romperse las manos aplaudiendo cualquier frase dicha con tono enérgico. Eso le gustaba á Juana, el tumulto, el entusiasmo que desconoce límites, porque luego de pronunciar sus discursos rimbombantes y vacíos, todos pronunciaban su nombre con admiración:

—¡Bien por la Copello!... ¡Bravo, bravo! ¡Habla muy bien la Copello!

Emma Restari poseía otro temperamento; mujer

de treinta años, hermosa, de boca y ojos sensuales, hija de italianos, pero nacida en Egipto, lo cual hacía que le llamaran la bella egipcia en la corte numerosa de admiradores. Casada con Felipe Restari, éste le inculcó las ideas socialistas, que ella llegó á comprender muy bien, según creía. Pero lo que más se grabó en su cerebro fué el concepto socialista que nivela al hombre y á la mujer, concediéndole idénticos derechos. Así fué que Emma se trazó valientemente el camino más libre y cómodo. Con este motivo, muy pronto empezaron á murmurar y á correr anécdotas relacionadas con la vida de la bella egipcia. Las murmuraciones llegaron á sostener que cambiaba de amantes á cada cambio de estación, es decir, cuatro por año. Un día que su marido le reprochara dulcemente su conducta, ella, llena de altivez, contestó con energía:

—¿Acaso yo no soy libre?... ¿Quieres que me esclavice queriéndote solamente á ti?

Luisa Kurneief, de diez y ocho años, rusa, era rubia, con ojos muy celestes y labios muy rojos; su silueta delicada, elegante, daba una sensación de fragilidad, de niña en precoz desarrollo; vestía con sencillez y elegancia batas livianas en verano, con mangas cortas que transparentaban la carne rosada y fresca, y polleras troter, que caían formando tablas desde la cintura bien ajustada hasta los pies pequeños, aprisionados en zapatos elegantes, adornados con cintas que ella todos los días anudaba con esmero antes de salir. Asistía á las conferencias públicas y pedía dinero para la propaganda con tanta gracia, que nadie se resistía á la sonrisa de la joven ni á bandeja llena de centavos. Amiga de Rosa, no faltaba nunca á casa de Cipriani en las veladas de los sábados y domingos,

pero muy raras veces se mezclaba en las discusiones de los hombres, prefiriendo á eso charlar con las mujeres de puntillas y encajes ó de la severa túnica griega que se usaría en la sociedad futura para bien del arte y del buen gusto.

Aquella noche, sentados ante la mesa del comedor, comentaban la conferencia realizada en la José Verdi la tarde de ese mismo día.

—Rosamondo es encantador—decía Germán poniendo su cuarto cigarrillo en una boquilla de vidrio muy larga—; me aseguran que en Italia ha estudiado el derecho, pero... ¡qué diablos!... la dificultad del idioma no le permite decir todo lo que piensa.

—Su físico es interesante; parece que lleva la bandera roja en el pelo, en las cejas y en los bigotes—agregó la Copello, que estaba sentada en una posición muy liberal, con los codos apoyados en la mesa.

—¡Pobre Rosamondo!—exclamó Cipriani—. Recuerdo como si fuera ayer el día que lo vi desembarcar en el puerto. Era un muchachón delgado, que venía con mucha buena voluntad y con mucho hambre. ¡Y pensar cómo ha progresado!... Empezó lavando botellas en una licorería, y ahora dirige un periódico, pronuncia conferencias buenas y se hace popular.

—Se necesitan hombres como esos—dijo Mauricio—, decididos, valientes, que no omitan sacrificios por la gran causa que defienden. La conferencia de esta tarde ha sido una demostración de nuestra fuerza, de nuestra fe y de nuestra cultura. El domingo próximo haremos diputado á Buenafé...

—Eres demasiado optimista—interrumpió Germán.

—¡Eso me gusta... eso me gusta!—agregó Cipriani.

—...Tengo la seguridad del triunfo; tengo necesidad de ese triunfo, porque entonces aumentará nuestro prestigio, afianzaremos nuestra reputación de partido de orden, legalidad y justicia. Eso nos servirá de mucho; vendrán todos á nosotros; todos los tímidos, los que dudan, los que desfallecen dando manotadas en la agonía violenta del pesimismo en que han caído... vendrán hombres, mujeres y niños radiosos de energías, con más fe en la felicidad, en la virtud y en el bien...

—¡Chico!... ¡chico! hablas como un libro bien pensado y bien escrito... Toma, fuma otro cigarrillo; el tabaco te excita—dijo Cipriani bondadosamente.

—Es un hombre fornido, de hermosas facciones, ilustrado, que habla tres idiomas; pero yo simulo no reparar en él—decía Emma en el otro extremo de la pieza á Rosa y Luisa.

—¡Pero por qué no dices todas esas cosas, tú, bobo Mauricio, en la Verdi ó en el Teatro Iris!... —gritó la Copello golpeando con la mano derecha sobre la tabla de la mesa.

—¡Ah, no!... eso de cambiar de amantes como se cambia de camisa, no me parece nada bonito —contestaba Luisa Kuneief buscando el apoyo de sú amiga Rosa, que en ese momento miraba y escuchaba con atención á Mauricio.

—Cada uno hace lo que puede; los oradores sobran; además, yo hago propaganda individual.

—Claro; cada uno hace lo que puede—afirmaron Cipriani y Germán.

—Pues yo creo que todos deben hablar en público, porque el aplauso da entusiasmos—insistió la Copello.

—Pero... ¿no es esto el amor libre? Nadie puede reglamentar mis sentimientos, ni mis placeres, ni mis gustos—dijo Emma defendiéndose del ataque de Luisa.

En ese instante se sintió un golpe en la puerta. Todos miraron hacia el mismo punto.

—¿Quién es?—preguntó Rosa levantándose de la silla.

—Yo voy á abrir.—Y Pedro, que estaba más cerca, sin levantarse, con sólo estirar el brazo derecho, dió vuelta á la manija, abriendo la puerta.

Apareció Nicolás con las ropas en desorden, blancas de tierra, y la cara llena de rasguños y moretones.

—Ahora sí—dijo Rosa—la tertulia se nos ahoga.

Nicolás entró en el comedor, caminando con dificultad, con riesgo de caer, mirando con sus ojos apagados de idiota alcohólico. Al llegar al centro de la pieza se detuvo en medio del religioso silencio de los visitantes.

—Hace cuatro meses que no venía por aquí, y cuando viene es siempre para hacer escándalo —murmuró Cipriani, temeroso, al oído de Germán.

Nicolás, luchando por mantenerse en pie, se decidió á hablar, lentamente, entrecortando las palabras y con una incoherencia desesperante:

—¿Y ustedes?... ¿qué hacen aquí?... ¿están conspirando?... ¿son acaso conspiradores?... ¿y contra quién conspiran?... ¡hablen, pues!... yo no soy policía... yo no soy de la policía... ¡Ea, mulas!... parecen momias...

—¡Eh, Nicolás!... sé juicioso... toma estas monedas y déjanos tranquilos—dijo Cipriani bondadosamente.

Y Nicolás, ante las monedas de níquel, que relucieron á la luz de las lámparas, se arrojó sobre

ellas precipitadamente, como con temor de que otros las tomaran.

—Son mías... sepan ustedes que son mías... Buen trabajo me cuesta conseguirlas, ya que ese viejo las guarda con una avaricia irritante.

Luisa se levantó; lo mismo hicieron Emma, la Copello, Pedro y Germán; aquello les disgustaba mucho, y por otra parte ya habían dado las once en el reloj de la iglesia cercana.

—Buenas noches, viejo; buenas noches, Rosa.

—Sí, váyanse no más... son tan mulas que creen que yo soy policía... pero yo no soy policía... yo no quiero ser policía... yo tengo el más profundo odio por todo lo que sea vigilantes y escuadrones de seguridad... Los vigilantes sirven para cuidar á los ricos... matar obreros y apalear borrachos.

Los visitantes salieron, con excepción de Mauricio, que quedó sentado ante la mesa mirando compasivamente á Cipriani y á Rosa, que sufrían torturas indecibles. Cuando Nicolás reparó en Mauricio, se indignó.

—¿Por qué te quedas aquí... grandísima mula?... ¿quieres robarle la plata al viejo... ó quieres hacerle otro hijo á Rosa?...

Mauricio se levantó de la silla encolerizado.

—¡Vete de aquí... vete pronto, canalla!

—No has de pegarme por cierto—contestó Nicolás.

—¡Padre... padre! ¿hay desgracia comparable á la nuestra?—prorrumpió Rosa, llorando amargamente.

Mauricio tomó de un brazo á Nicolás y le sacó á empellones, indignado, fuera de sí, por la injuria detestable del borracho. Una vez que hubo cerrado la puerta con doble llave, se volvió hacia Cipriani y Rosa, confundidos en un mismo llanto.

—Sean ustedes razonables—díjoles Mauricio—; la felicidad moral se conquista con serenidad de espíritu; no caigan, pues, en semejante abandono...

—¡Ah!... Mauricio... yo ya estoy muy viejo... y cuando llora Rosa no puedo resistir...

—¡El dolor... el dolor! ¿quiénes suprimirán el dolor?—murmuró Rosa enjugándose las lágrimas con el pañuelo—. Yo llevo ya veintitrés años de sufrimientos...

—¡Cuántos millones de hombres caen en brazos de la desesperación!—prosiguió Mauricio con voz cariñosa—. ¡Cuántos millones de seres pasan los días y las noches maldiciendo al pérfido destino con una crispación colérica de puños, como para apretar con ellos todas las angustias que los quebrantan! ¡Cuántas bocas exhaustas que gimen, cuántas mejillas descoloridas por el llanto, cuántos cuerpos desprovistos de abrigo tiemblan calamitosamente con las intemperancias del tiempo! Y todo esto que se viene repitiendo desde la primera jornada, sin fecha y sin capítulo en la historia, cuando la humanidad surgió bañada en lágrimas de mujeres y en sangre de hombres desgarrados con el primer rodar de las ruedas de la primer caravana... Pero... escuchen ustedes, Cipriani, Rosa... eso no puede desesperarnos, porque hay que vivir, y para ello es menester reunir fuerzas para dislocar el sufrimiento, que tiene garras muy crueles. Todos anhelamos esto, porque hace mucho tiempo que perseguimos la felicidad, que está en todas partes, muy cerca de nosotros, sin forma precisa, sin color determinado, como el aire que se respira, como la brisa que sopla, que todos la sienten pasar, pero que nadie la ve... Viejo... Rosa... escuchen ustedes... tenemos que suprimir el sufrimiento, pero hemos de suprimirlo nosotros

mismos... Rosa... viejo... denme ustedes sus manos... yo los quiero... yo los amo... Unámonos los tres para buscar la esquiva felicidad con gran amor y gran esperanza; como con esperanza y amor el modesto y achacoso labriego cuenta los nuevos brotes de las espigas que nacen con la aurora...

Y aquellos tres cuerpos se estrecharon fuertemente, con deseos de defenderse de la noche moral que envuelve á los hombres.

IV

A las once de la noche la animación del club era extraordinaria. Allí se reunía la gente elegante de Buenos Aires, vinculada á las mejores familias porteñas que sobresalían por sus cuantiosas fortunas ó por sus nombres ilustres. Sin embargo, esa aristocracia era un poco turbia. Los que sentían sangre noble en las venas se disgustaban ante la avalancha de los plebeyos enriquecidos á fuerza de sudor de espaldas. Carlos Arce, que tenía el orgullo más grande de su origen, siempre manifestaba en rueda de amigos su desprecio por los falsos aristócratas.

—Yo no le estrecho la mano á un señor Relovich, que ha hecho fortuna como botero en el puerto de Buenos Aires—decía Arce con tono enfático, provocando sonrisas y admiración de parte de los que le escuchaban—. Un pelafustán de esa clase no encuentra abiertas las puertas de mi casa.

Pero todos no se expresaban como Arce. Los Relovich recibían atenciones de todo el mundo, que sólo tenía en cuenta el número de millones tentadores.

—Cuando en el año 65 hice mi primer viaje á Europa—contaba el doctor Fernández—, el botero que me llevó hasta la rada era Relovich. Tendrían que ver ustedes entonces cómo sudaba el pobre.

—Lo que es ahora—agregaba otro—, con sus millones hace lo que quiere.

El club se prestaba á estos chismes, comentarios sangrientos, inspirados por la envidia, ó con el propósito de pasar el rato tijereteando la piel del prójimo. Nadie escapaba á la crítica; se hacían aleluyas ingeniosas, que corrían de boca en boca, ridiculizando á tal ó cual personaje. El hombre del día se prestaba siempre á historias picantes; á la mujer que producía admiración en los salones, se le atribuían frases ó cuentos perversos.

En la sala de juego se veían los tipos más interesantes. El ruido de las fichas se confundía con el ruido de voces de los que conversaban en la pieza contigua. Mateo Robles, un diputado nacional, popular por sus discursos brillantes en giros literarios y vacíos en ideas, no faltaba nunca: pequeño de estatura, delgado, víctima de una calvicie prematura, de ojos grandes y saltones, de bigote escaso y cara hundida, decían de Robles cosas muy feas. Y esa noche, el sábado 12 de Marzo, estaba, como siempre, esperanzado en una buena partida que le habilitara para la jornada siguiente. Matías López, hombre inteligente, de unos treinta años, fracasado en todas las obras que emprendiera, había caído en un escepticismo mortal, en un desgano para cualquier esfuerzo, en un desprecio absoluto de todas las cosas. Mario Reyes, comerciante rico, que su catolicismo extremado no le privaba las veladas del club. Jorge Peralta, conocido por la influencia que tenía en empresas electorales. José Márquez, vividor consumado, era un cordobés pícaro, elegantón, que vestía con la ropa de los amigos, que lo mantenían fomentándole los chistes y las pillerías. Todos éstos hacían tertulia en una pieza contigua á la sala de juego, tomando café y fumando lentamente cigarros de hoja.

Jorge Peralta aquella noche entró en el club re-

bosando júbilo; al día siguiente ganaría cuatro elecciones en la capital, puesto que los interesados en semejante resultado le habían firmado cheques para diferentes bancos.

—¿Ha venido Reyes?—preguntó Peralta á un portero al subir la gran escalera de entrada.

Y pocos minutos después se formaba la rueda de todas las noches: Robles, López, Reyes, Márquez y Peralta, dispuestos á echar cuatro párrafos entre una taza de café y un cigarro.

—Todo va bien—dijo Peralta—. Mañana saco cuatro diputados; tengo gente y dinero: ¿se necesita algo más?

—¿Y los socialistas, están dispuestos á obtener otro triunfo moral?—preguntó Márquez con tono irónico.

—No los tenemos en cuenta—contestó Peralta—; ¡qué ingenuos son! querer ganar elecciones sin dinero y sin fraude...

—Los partidarios de César Buenafé han cubierto todas las paredes de la parroquia con manifiestos ilustrativos, en los que explican lo que significa esa candidatura en oposición á la de Virasol y otros adversarios—agregó Reyes.

—¡No harán nada!—repitió Peralta.

—Y no contentos con utilizar las paredes—prosiguió Reyes—, han llegado á embadurnar las veredas con papeles rojos, verdes, amarillos, en los que se leen párrafos que indignan...

—¡Bah! ¡bah! Reyes se indigna por muy poca cosa—contestó Peralta.

—¿Pero usted ha leído esos papeluchos?

—Sí, hombre, sí... no tienen importancia; son un montón de palabras vacías...

—¡Claro!—agregó Márquez—; el eterno grito en el cielo, que ya no sorprende á nadie...

—Sí; será eso, pero es una infamia lo que afirman—prosiguió Reyes—. Dicen que Buenafé es un gran hombre, que defiende los intereses del pueblo, que no ha de mezclarse en negocios sucios, como sus adversarios cuando manejaron la cosa pública.

Robles, aburrido, se levantó diciendo:

—Me voy á jugar un poker.

Y en la pieza contigua se oyeron las exclamaciones de los jugadores.

—¡Chip! ¡Hasta diez!

—¡Tres cartas!...

—¡Yo estoy contento!

—Y usted, amigo López, ¿qué opina de la elección de mañana?—preguntó Reyes.

—¿Yo? ¡Nada!...—contestó López haciendo un gesto en el momento que echaba de la boca una columna de humo.

—¡No es posible!... Algo tiene que pensar de estos socialistas que hacen tanta bulla—insistió Reyes.

—¡Yo no soy político!... ¡Desprecio la política!

—¿Por qué?—agregó Peralta.

—Porque en política hay chisme, mistificación y desvergüenza...

—Exageras, querido López—dijo Peralta.

—Puede ser...

—Pero si usted no es político, ni hace política, bien puede decirnos lo que piensa de los socialistas, en la seguridad de que nosotros no hemos de encontrar en su opinión ningún prejuicio—volvió á insistir Reyes con su terquedad de negociante arriesgado.

—¿Sin prejuicios?... Los prejuicios se encuentran siempre, y mucho más en nosotros, que los hemos heredado de la superstición india y el fanatismo hispano...

—No estoy de acuerdo—contestó Reyes herido en su catolicismo intransigente.

—¿No ve que íbamos á chocar?... ¿Para qué me pide opinión entonces?

—Yo le hablé de los socialistas, y nada más.

—¡Pero hombre!... Respecto á los socialistas, lo único que yo puedo decirle es que nunca he visto tanto empeño, tanta decisión inquebrantable por hacer triunfar contra viento y marea á ese hombre, á ese Buenafé que habla con frecuencia de las miserias del pueblo, con gran escándalo de los espíritus aferrados á los viejos procedimientos que apenas viven con intensidad la vida presente, sin que sean capaces de vislumbrar un reflejo de vida futura.

—¡Oh, no!—interrumpió Reyes, dispuesto á decir todo lo que venía pensando desde mucho tiempo atrás, y que por falta de oportunidad iba almacenando con gran disgusto, puesto que aquel montón de reflexiones le pesaban, malogrando la tranquilidad de sus burguesas digestiones—. ¡Yo no sé cómo puede expresarse López en esa forma! ¡Esos socialistas son unos perdidos! Vean ustedes lo que están haciendo en Francia: expulsan las congregaciones religiosas, asaltan y roban el tesoro de las iglesias, y no contentos con eso dejan libre á Dreyfus, ese perro judío que vendió á su patria.

—Los reaccionarios, que tienen una epidermis muy sensible, deben mirar con alarma el movimiento socialista—dijo López con tono resuelto.

—¡López se anima!... ¡Pobre de Reyes si López se anima!—exclamó pifionamente Márquez, que de vez en cuando echaba ojeadas á la levita que usaba, último regalo de sus protectores.

—Pero... observen ustedes un momento—continuó Reyes—: ¿qué se propone hacer ese puñado

de exaltados? Ese Buenafé, ¿qué miras lo guían al defender con tenacidad ideas tan extrañas y peligrosas para el orden social?... ¿Quieren reformar? Pero eso es evidentemente una locura, porque los hombres no pueden reformar nada de lo que existe, tan bueno y sensato, establecido por largas tradiciones... y sobre todo, piensen ustedes un poco, establecido por las leyes, que han sido dictadas con infalible sabiduría...

—Yo encaro el asunto desde otro punto de vista —dijo Peralta viendo que Reyes había agotado toda su ciencia de confesonario—. Creo que los socialistas, y Buenafé muy especialmente, son unos diablos que explotan á los obreros y viven cómodamente. Buenafé está rico; hace pocos días ha escriturado una casa por valor de ochenta mil pesos...

—¡Pilletes, pilletes!...—decía Reyes sofocado de calor.

En ese momento volvió á entrar Robles.

—¿Perdiste?—le preguntó Márquez, visiblemente interesado en el resultado.

—¡Sí... hombre! Perdí... y todo por un viejo amarrete que me ha ganado con un bluf.

—Sin embargo—dijo López encendiendo otro cigarro—, el movimiento de opinión mantenido por ese puñado de hombres entusiastas puede sugerir grandes deducciones á cualquier sociólogo serio que se aboque al estudio del fenómeno. Es, en realidad, un fenómeno importantísimo y de gran trascendencia en la vida política y social del país. Tiene entonces que extrañar á los reaccionarios familiarizados con todos los procedimientos gubernamentales, viciados, indecorosos, absolutistas, cuya influencia, larga y nefasta, se manifiesta claramente en la ausencia de ideales definidos, en una

indiferencia desconcertante, en la noche moral que envuelve la conciencia de los ciudadanos, arrancando de raíz los impulsos que conducen directamente hacia la acción eficiente y la vida intensa... Pueden sonreir no más... interpreto el alcance de la sonrisa... Si pasa lo que pasa es por la indiferencia... yo soy un indiferente, un tipo agriado, que ha perdido la fe en el esfuerzo porque ha fracasado en todo... Pero mi actitud es puramente individual y fácilmente se explica. Lo que no se explica nunca es la indiferencia colectiva, la falta de fe colectiva, la ausencia de esfuerzos colectivos.

—En todas partes sucede lo mismo—dijo Peralta.

—Y este es un pueblo joven—agregó Reyes.

—Si es joven, razón de más para que sea sano —afirmó López con energía—. Es muy natural que el criollo astuto, siempre dispuesto á efectuar cualquier operación que arroje buenos dividendos, crea que Buenafé y su gente están animados de los mismos propósitos utilitarios, haciendo un *modus vivendi* al explotar la ignorancia, como ellos, en otra esfera más alta, explotan los dineros públicos.

—Usted exagera, López; exagera mucho—interrumpió Reyes.

—En todos los países se cuecen habas—murmuró Peralta disgustado.

—Si... tiene razón Reyes... pero... tampoco se equivoca López—agregó Márquez, que deseaba estar bien con los dos.

—Y lo que deben tener en cuenta ustedes es esto: que es la primera vez que se denuncia con todas las letras la gran enfermedad que carcome las ideas y las energías de los ciudadanos; la primera vez que se habla de sanear las prácticas políticas; la primera vez que se hace una admirable síntesis de la

accidentada evolución del pueblo argentino desde la revolución económica del año 1810 hasta este día, en que se presenta una candidatura que constituye la manifestación más terminante del cúmulo de necesidades creadas por el ambiente complicado, turbulento, de la época actual, que ofrece miles de problemas á solucionar y miles de rumbos á seguir.

En ese momento, cuando López hacía una pausa, entró en el salón Arce con tres amigos, afeitados, correctamente vestidos, exteriorizando su vanidad de elegantes consagrados.

—Pues yo perdí dos mil pesos—dijo uno de ellos.

—¿A qué caballo le jugaste?—preguntó el otro.

—Me dieron como una fija á *Casiopea*, del «stud» don Gonzalo...

—¡Qué plancha!

—Qué batacazo, dígase mejor—agregó Arce—. Yo le jugué á *Napolé*, que dió setenta pesos á *Ganador*. ¡Qué maravilla de carrera!

—¿Les ganó al galope?

—Les ganó cortado por cuatro cuerpos, y en los dos mil doscientos metros marcó dos diez y siete de tiempo—agregó Arce refocilándose de risa.

Reyes, que en una mesita se servía una taza de té, dijo cuando salieron del salón los carreristas elegantes:

—No lo creía á López tan socialista.

—¿Socialista... yo?—contestó Lopez—. ¡Se equivoca!... No tengo el más mínimo interés ni por los socialistas ni por el socialismo... Soy un espectador... Que ganen unos ú otros, poco me importa.

—No ganará Buenafé, te aseguro—dijo Peralta.

—Yo también estoy seguro de eso—replicó López—, y sé por qué no ha de triunfar. El movimiento de opinión hacia Buenafé tiene que producir

escándalo y temores. Por todos los medios tienen que vencerlo; y para procurarle esa derrota le han colocado cuatro candidatos en la misma circunscripción. ¡Y qué candidatos! Uno es Virasol, secretario del presidente de la República. A este sujeto lo conoce todo el mundo; persona repugnante por su físico afeminado, huérfano de esa virilidad masculina que es timbre de nobleza en el hombre; moralmente depravado, ha dado motivo para que un dibujante sin escrúpulos le haya presentado en una caricatura tan cruel por la intención como obscena por el asunto.

—¡Oh! ¡oh!... ¡es demasiado!—dijeron todos á una voz.

—Otro de los adversarios es Feliciano Moyano, descendiente de una tradicional familia argentina que se distinguió por el valor y por la inteligencia, sin que éste, á decir verdad, se distinga ni en una ni en otra cosa...

—Pero Moyano es profesor en la Universidad... —interrumpió Robles, que se opiaba en grande.

—...Después, el ingeniero Pérez, buen hombre, honesto, hermano de un juez que en vida hizo la justicia del gran Magnaud. Y por último, ese otro abogado desconocido, impopular, que se desvive por la diputación, porque ve en eso el único recurso para surgir, ya que su mediocridad le cierra todas las puertas...

—Cualquiera de esos cuatro le ganarán la elección á Buenafé—dijo Peralta.

—¡Claro!—dijo á su vez Robles—, porque es una pretensión querer combatir con ideas muy limpias, muy hermosas, muy sentimentales, pero...

—Pero que han de quebrantarse—interrumpió Márquez—ante el derroche fabuloso de billetes que harán Virasol y Moyano.

—Estudien ustedes estos procedimientos tan bajos—volvió á decir López indignado por la frialdad y el materialismo de su auditorio—. Pregunten á cualquiera: «¿Por quién vota usted?» «¡Por el que pague más!», contestarán. Esta manera de pensar es casi general. Y los que así se expresan con desvergüenza tan irritante no forman el pueblo laborioso que empuja con sus músculos el progreso del país; no son los hombres que vienen de Europa para conquistar el pan con sudor y fatiga, elemento de prosperidad injustamente atacado por cuatro ó cinco espíritus líricos que sostienen un nacionalismo erróneamente interpretado. «¡Por el que pague más!» Esta es una manifestación del pueblo genuinamente argentino, de ese pueblo que mantuvo la tiranía, que produjo durante treinta años las correrías gauchescas en el interior de la república al sólo objeto de latrocinios sin escrúpulo; que hizo las revoluciones destinadas á encumbrar gobernantes ambiciosos; que peleó en los atrios para volcar padrones cívicos... «¡Por el que pague más!» Es una expresión quizá la más espontánea del espíritu criollo, que para desgracia nuestra ha heredado la rapacidad del indio, la falsedad del mulato y la fatuidad española. Y á pesar de todo esto, hay escritores y maestros que por medio del libro y en el aula fomentan el desprecio criollo hacia el extranjero, que ha edificado nuestras ciudades, que las ha unido luego con el riel civilizador, que está inculcando el espíritu práctico, que renueva y forma una literatura, lentamente, eficazmente, para este pueblo, que en un porvenir no remoto, libre al fin de la influencia hispano-indio-negra, poseerá ese tan anhelado carácter nacional, como fruto de una hermosa homogenización de sangres fuertes y proseguistas.

López hizo una pausa ante su auditorio, ahora admirado de su verbosidad y de su violencia.

—¿No les decía que si López se animaba nos iba á dejar ciegos?—dijo Márquez con tono adulador.

—¡Amigo! ¡qué elocuencia!—exclamó Reyes.

Peralta y Robles miraban á López extrañados por ese ataque, que conceptuaban injusto y antipatriótico, mientras que en la pieza contigua se oían con más entusiasmo las apuestas de los jugadores de ruleta y poker.

—¡Pongan!

—¡Yo voy al trece!

—¡El trece ha salido cuatro veces seguidas!

—¡Ya no va más!... ¡Ya no va más, señores!...

—¡Color, color aquí!

—¡Docenas allá!

—¡Pongan, pongan, señores!

—¡Ya no va más... ya no va más!...

López volvió á coordinar sus ideas y se puso á hablar nuevamente, dispuesto á decirle la verdad á esa gente muy entendida en lanas, en trigo y en raza caballar.

—El movimiento de opinión hacia la candidatura de César Buenafé, es una faz novísima de la vida política argentina. Aparece por primera vez el hombre útil por ser vehículo de ideas que sintetizan aspiraciones colectivas, diferenciándose de sus cuatro adversarios, que constituyen la expresión más terminante del personalismo utilitario, hondamente arraigado en nuestro pueblo. Cualquier sociólogo, aun el de visuales más pobres, con ese hecho edificante puede establecer rápidamente la evolución de la vida argentina durante el siglo que lleva en desenvolvimiento. Y para bien de todos, de los que no palpan el mal por indiferencia, de los que lo conocen y no lo corrigen por una to-

lerancia asaz condenable; de los que gastan por ignorancia, por snobismo ó por habilidad esa oratoria y literatura nacionalista, la sociología argentina se impone, para establecer claramente la fuente de nuestros vicios, la verdadera causa de las arbitrariedades que aun subsisten y la terapéutica política y social que ha de higienizar las profundas anomalías que envuelven la estructura sobre la cual descansa esta sociedad embrionaria, turbulenta y difícil.

—¡Oh! ¡oh!... ¡eso es demasiado... injusto!... indigno de un argentino que aprecia su país—dijo Reyes furioso ante el cúmulo de ataques formulados por López.

—Lo peor del caso es que en todas partes se hace lo mismo. La injusticia es de todas las épocas... —se atrevió á decir Robles, que sólo pensaba en la próxima partida de juego que empezaría á las doce.

—¡Lástima que López se apasiona y se aleja de la verdad!—murmuró Peralta, herido profundamente en sus propósitos de empresario electoral.

—Desgraciadamente mis apasionamientos duran poco...

—Eso pierde á los hombres...—dijeron todos.

—Eso salva á los hombres—replicó López con viveza—. La pasión es un flujo y reflujo constante; engendra el movimiento, la luz, el calor, la efervescencia de la vida, complicada, enorme, difícil de traducir, dada la pequeñez de los hombres. Todo lo que existe, lo más bello, en los siglos de siglos que lleva esta esfera de tierra girando alrededor del sol, es fruto de esa pasión que ustedes desprecian. La pasión es la reina del mundo. Ella ha hecho el *Cantar de los cantares,* el Evangelio de San Juan, la *Imitación de Jesucristo,* la poesía de los Indos, las pirámides egipcias, el Partenón

ateniense, la Venus de Milo, el Foro Romano, el *David* de Miguel Angel, la *Gioconda* de Leonardo, la *Divina Comedia,* y *Hamlet*, y el poema del Cid, y *Don Quijote,* y los versos de Hugo, y las novelas de Zola... la pasión es la madre del arte. Y todo lo que ha revelado el lente microscópico, la historia de la creación de los seres, el origen de las especies, la teoría de las nebulosas, la ley de la gravitación, la Física, la Química, la Historia Natural, es fruto de ella, que es también madre de la ciencia. Y los sentimientos humanitarios, las ideas altruístas que cada día se inculcan más, los derechos del hombre proclamados á cada viento del planeta, son obra de ella, que hizo la Revolución francesa, fruto de la pasión, que es también madre de la Democracia...

López calló agitadísimo, sofocado de calor. Pero ya aquella gente no tenía objeciones que hacer; habían caído todos en un estupor grandísimo ante aquel imprevisto torbellino de palabras, que golpeaban como martillos certera y sonoramente sobre un mismo punto.

—Has estado bien—dijo Robles.

—¡Como siempre!... ¡Es un tigre!—exclamó Márquez abrazando á López.

Reyes, tomando su sombrero para retirarse, pensó para sí:

—Estas palabras son muy bonitas... pero esas ideas á mí, comerciante y católico por añadidura, decididamente no me convienen...

Todos se levantaron.

—Yo me voy... ¡ea! estoy furioso conmigo mismo—dijo López haciendo gestos despreciativos.

—¿Por qué?...—preguntó Peralta.

—¿Por qué?... ¡vamos!... Yo me entiendo mejor con las fichas... ¿Vienes conmigo, Robles?

—¡Sí, sí!... pero yo me decido por la ruleta.

Y fueron abandonando uno á uno el salón de fumar.

Al día siguiente, el domingo 13 de Marzo, desde temprano se notó una gran actividad en el barrio obrero la Boca. Buenafé estaba en el Centro Socialista rodeado de público, dando instrucciones precisas á los fiscales y á los encargados de conducir á los votantes.

—Serenidad, compañeros; mucha serenidad y un control severo en todos los actos de la mesa—decía Buenafé.

—Mi nombramiento; á mí me falta el nombramiento que me acredita fiscal—reclamaba uno.

—Aquí está—contestaba el secretario—. ¡Victoriano Rodríguez, á la mesa quinta!

—¿Sabe dónde queda la mesa quinta?—preguntaba Buenafé—; en la escuela Almirante Brown.

Todo ese ir y venir de gente, esas órdenes impartidas, esas preguntas, esas respuestas, se producían en el Centro Socialista, que ocupaba una pieza estrecha, obscura, húmeda, con una puerta á la calle Olavarría, á pocos pasos de la estación Brown. La algarabía de voces en ciertos momentos molestaba; las personas se movían con dificultad, apretándose, volcando sobre el piso de tablas anchas y viejas tarros con restos de engrudo que habían servido para los carteles que pegaron la noche anterior.

—Las ocho menos veinte—dijo Buenafé—. Los ficales, todos los fiscales.

—Mesa primera, segunda, tercera—empezó á cantar el secretario con voz fuerte.

—Falta el de la mesa séptima—observó uno de los concurrentes—; no puede venir, está enfermo.

—Otro fiscal, hay que hacer otro nombramiento de fiscal—contestó Buenafé imperativamente.

—Tú, Germán, ven para aquí... aquí está el nuevo fiscal para la séptima—dijo Mauricio Berger dirigiéndose al secretario.

—¡Las ocho menos cuarto!... ¿están todos?—preguntó Buenafé impaciente.

—Sí; están todos...

—Bueno, á los coches; no perder tiempo, sólo quedan quince minutos.

Entonces se produjo el gran remolino, la lucha de los fiscales por salir de aquel local estrecho y obscuro, atestado de público que desbordaba en la vereda. Los coches se pusieron al fin en movimiento, mientras prorrumpían en aplausos y vivas los correligionarios estacionados en la puerta del comité.

—¡Ojo! ¡mucho ojo!... ¡no dormirse!

—A las doce les llevaremos comida.

La agitación se extendió á toda la parroquia. Como obedeciendo á un mismo impulso, hombres y chiquillos se lanzaron á la calle, entusiasmados, afanosos por hacer algo, ya que estaba en la conciencia de todos la superioridad pecuniaria de los adversarios. No era aquélla únicamente una lucha entablada contra el derroche de billetes de banco, sino que iban á sacudir una indolencia nefasta, un materialismo deshonesto, inculcado, encarnado profundamente en la generalidad de los ciudadanos que constituían el criollismo, ese criollismo que es elemento de revueltas y puntal de elecciones ganadas con fraude, con alcohol y centavos. Lo que más resaltaba aquel día era que, franceses como Mauricio Berger, italianos como el anciano Cipriani, mujeres distinguidas como la señora Bertani, fueran los que recorrían las calles, conven-

ciendo á los indecisos, hablando á los indiferentes, reprochando á los desvergonzados que negociaban el voto.

En la puerta del local del club socialista la actividad era enorme. A las once de la mañana habían tres coches y cuatro carros que continuamente se llenaban de hombres que iban á votar. Los gritos repetidos, las risas de unos, las impaciencias de otros, daban á aquella escena una nota sumamente interesante.

—¡A este coche los que van á la mesa octava!

—¿Lleva usted su libreta?

—¡Ea... marche el coche para la mesa octava!

—Han rechazado cuatro votantes socialistas...

—Esa es una mesa sin fiscal nuestro...

—¡Buenafé! ¡Buenafé! Busquen á Buenafé para que puedan votar.

—¡Calma! ¡calma!... al carro grande los de la mesa tercera.

—¿Y usted, votó?... ¿sabe dónde debe votar?...

En el momento que más aumentaba la algarabía de voces, apareció Mauricio Berger en un coche.

—¿Dónde está Buenafé?... ¿han visto á Buenafé?

—Acaba de irse con cuatro votantes rechazados.

Mauricio fué al encuentro de Buenafé; estaba muy agitado, sudoroso, por el calor del día y el continuo ir y venir de un punto al otro. Necesitaba á Buenafé; compraban votos descaradamente Virasol y Rodríguez en persona, con tolerancia de la policía, que presenciaba el hecho indigno con un mutismo culpable. Y Mauricio, el francés, el extranjero para quien descargaban toda su furia patriotera los escritores del nacionalismo en pañales, no había podido contener su rabia ante aquel comercio innoble, que pintaba á maravilla la esta-

tura moral de los que á plena luz acudían á semejante mercado, establecido en la vía pública. Aquello era mucho peor que el comercio de negros en Africa y tanto ó más repugnante que la trata de blancas, porque para esta oferta no caía el rigor de la justicia, blanda y elástica como una honda.

Buenafé, en compañía de Mauricio, acudió presuroso. En la esquina de las calles Suárez y Olavarría formaban grupo unas doscientas personas rodeando á un hombre joven, lampiño, que hablaba en alta voz y gesticulaba con desenvoltura.

—¡Nada más que veinticinco! no doy un peso más...

—¡Veinticinco es poco!... ¡eh! ¡eh! tirarme unos treinta pesos y...

—Aquí hay uno que va por veinticinco...

—La libreta, y al coche.

—Yo también voy...

—¡Eh, Sebastián!—decía un muchachón—; calculo que si no votamos, Buenafé ganará la elección y nos quedaremos sin nada...

—¿Te parece?...

En ese momento todos se dieron vuelta y corrió un murmullo de voces. Era Buenafé con Mauricio que iban en un coche por la calle Olavarría. Cuando llegaron á la esquina de Suárez la gente del grupo se dispersó, dejando paso. Buenafé, de pie en el vehículo, reluciéndole los ojos por la indignación que le causó el espectáculo, ofrecía una silueta interesante. Parecía querer dominar aquellos espíritus, avergonzarlos por su conducta innoble y culpable, decirles toda la verdad, seguro de conmoverles al fin, confiado en el poder de sus palabras y en el respeto que causaba su persona.

—Hace cuarenta años—comenzó diciendo Buenafé con firmeza—que venimos soportando la in-

fluencia nefasta de las oblicarquías con la tolerancia del pueblo, sumido en una mansedumbre de rebaños. Las instituciones republicanas sólo existen en el texto arrumbado de la Constitución nacional; y todo esto como consecuencia del asalto llevado á la cosa pública por un grupo de hombres sin escrúpulos, que satisfacen su interés personal antes que los intereses colectivos. Y después de estos cuarenta años de imposiciones y arbitrariedades, cuando ya se creía que el pueblo veía la luz en toda la plenitud de sus rayos y colores, que estaba resuelto á no seguir sufriendo burla sobre burla y el peso de un olvido abrumador respecto á los intereses de la gran masa que elabora la riqueza; cuando los socialistas, dando el más alto ejemplo de cultura y honestidad, luchan en los atrios, aquí, en esta esquina, á los ojos de todo el mundo, doscientos argentinos, doscientos hombres jóvenes, inteligentes y valientes, venden su voto, su soberana voluntad, su fuerza única, á una persona repugnante, de los antecedentes morales bochornosos para el hombre y la sociedad...

—¡Eh!... Sebastián, ¿vamos con Buenafé?

—Sí... vamos...

—Muchachos...—dijo Mauricio descendiendo del carruaje—, vamos á votar... los argentinos no venden el voto... suban al coche...

—¡Yo protesto! ¿Qué tiene que hacer Buenafé con mi gente?—gritó el joven lampiño que momentos antes repartiera dinero.

—¡Claro! Cada uno es dueño de hacer lo que quiera... Yo voy con usted... deme los veinticinco pesos...

—Al coche, muchachos—repetía Mauricio tomando á cada uno del brazo para animarles—; aquí hay lugar todavía...

Y lentamente, con una mezcla de temor y de vergüenza, fueron subiendo á los coches, la cabeza baja, para evitar la mirada de Buenafé. Ese acto era otra luminosa prueba de la sumisión del pueblo argentino. ¿Podía dudarse de mentalidad más mediocre? ¿Podía citarse otro ejemplo de voluntades más quebrantadas, de propósitos más elásticos, de incertidumbres más crueles? Y esos hombres, en su mayoría, eran argentinos é hijos de argentinos; cantaban vidalitas y modulaban *tristes* pampeanos con sus guitarras lloronas para enternecer el corazón de la *muchacha* indiferente ante los ruegos. Eran los mismos que en las fiestas carnestolendas sacaban el chambergo con barbijo, la barba de Luna, el facón de Moreira, el chiripá salpicado de florecillas bordadas, el calzón ancho, blanco y con flecos, las botas de cuero de potro, las nazarenas plateadas y relumbrantes que llenaban de alboroto el barrio entero, y por último, el clásico poncho de vicuña, que se maneja con desenvoltura, pronto á ser arrojado á la cabeza de algún comisario que capitanea una partida. Ante esos hechos, muchos líricos enceguecidos exclamaban con voces y gestos académicos: «Luchemos por restablecer el sufragio, volvamos á vivir nuestra vida pasada; el cosmopolitismo desnaturaliza nuestra raza fuerte; embarquémonos pronto en una empeñosa y franca restauración nacionalista.»

El joven Selva, aquel joven curioso que asistiera á una conferencia con el propósito de observar tipos y estudiar ambientes, estaba allí, presenciando la escena tan nueva para él, tan curiosa, ya que sus veinte años, fortalecidos con teorías, no le habían permitido aún nutrirse con la realidad. En busca de esa realidad, amplia y sin límites, como el horizonte, difícil de compenetrar por su remolino

de pequeñas y grandes complicaciones, descarnada y fría como la mano de un cadáver, iba Selva anheloso por vivir, por comprender y asimilar. ¡Asimilar la vida! Este era su sueño; ya había vivido en las nebulosas á que conduce el sentimentalismo; ya había diluído su espíritu con el sol, con la nube, con la brisa, con el perfume de las huertas en primavera. Y luego de ese disfrute de cosas inmateriales que se palpan con esfuerzos de imaginación, con grandes abstracciones, porque para confundirse con el misterio es preciso mirar arriba de las nubes, olvidando en absoluto la tormenta que ruge abajo de los pies, Selva sintió en lo más íntimo el mismo malestar del primer día. Es que los hombres no pueden libertarse del medio que los rodea; si la imaginación vuela y se eleva, la carne queda aprisionada á la tierra, como el cuerpo de Prometeo atado á las rocas de su infortunio. ¡Asimilar la vida! Esta era la forma de perseguir por la buena senda la silueta esquiva de la felicidad. Ser feliz en la tierra, transformándola, haciéndola buena con la lucha, con el trabajo incesante, que siembra y llena los surcos, que florece los ramajes cargados de hojas que proyectan sombra y abrigo, golpeando en los yunques, avivando las fraguas, gozando el amor á pleno sol, sin trabas y sin velos, ya que este acto es tan hermoso como el gesto del labriego que arroja la semilla ó recoge la mies.

Aquella tarde de elecciones, Selva, en compañía del amigo que le acompañara en tales excursiones, presenció escenas de intenso color. Sus reflexiones fueron frías, mesuradas, tratando siempre de buscar el fenómeno inicial, la raíz, el primer brote, para luego deducir las causas de las grandes causas. Y tomando del brazo á su amigo, otro joven entusiasta, aunque menos observador,

le dijo, mientras caminaban confundidos en el ir y venir de un mundo inquieto que se extendía por las aceras:

—Los socialistas podrán ser buenos ó malos; yo no les conozco mayormente, pero esta elección tan libre, tan espontánea, dice mucho en favor de ellos. En el reducido escenario de nuestra democracia en gestación, chocando con vicios muy arraigados y pasiones disolventes, estos hombres representan un serio avance de la cultura política. Para el pueblo netamente argentino, este movimiento de opinión hacia la candidatura de Buenafé tiene que sorprenderlos vivamente. ¿Cuándo, en este país, se ha votado por un hombre que encarna principios definidos, relacionados íntimamente con los intereses de la colectividad?

—Nunca; aquí priman los intereses pecuniarios, las ideas ocupan un lugar secundario. Si alguna vez se ha demostrado independencia, se explica por un proceso de sugestión hacia la persona de un hombre determinado. Aquí todavía se necesitan caudillos—contestó el amigo de Selva.

En ese momento pasó un coche repleto de hombres vestidos en una forma muy característica, prorrumpiendo en exclamaciones y poniendo en alto sus sombreros blancos de copa grande y alas angostas.

—¡Viva el doctor Pedrito Llavallol! ¡Vivan los hombres generosos que no cuentan los pesos!

Selva, apretando más el brazo de su amigo, siguió hablando:

—Hoy día se ha dado en combatir el gran cosmopolitismo de este país. Yo conozco dos profesores inteligentes, estudiosos, empeñados en difundir entre sus discípulos dos teorías interesantes; uno de ellos es tan americano, que al observar sus

rasgos fisionómicos no puede dudarse de su origen. Sostiene el peligro de la homogenización de sangres, y al estudiar el estado actual del país se entristece al palpar una Babilonia de caracteres, de pasiones y de ideales. Propone inculcar el más ardiente patriotismo con la enseñanza de la historia argentina, capaz de hacer buenos ciudadanos, que amen el país, que colaboren en su progreso intelectual y material.

—Pasarán muchos años para que aparezcan esa clase de ciudadanos... Nosotros posiblemente no veremos la raza argentina.

—La raza argentina no será producto de una propaganda nacionalista á base de historia nacional difundida, pero sí producto de una transfusión de sangres bien fomentada. Y esa transfusión de sangres la necesitamos para extirpar un cúmulo de enfermedades sociales, importadas, no por el cosmopolitismo de hoy, sino por la raza conquistadora de ayer. Sud América sufre aún las consecuencias nefastas de la colonización española; descubierto el continente en la época desgraciada en que España daba manotadas de moribundo en la agonía inevitable de su decadencia, vino de la Península el elemento más pervertido. El aventurero español, dispuesto á recoger con sangre todo el oro de la tierra, no contento con reducir las tribus indias al más duro vasallaje, no satisfecho de haber mantenido con éstas relaciones de sangre, introdujo doscientos mil negros africanos, que si bien fueron útiles por ser más aptos que los indios para la lucha por la vida, contribuyeron á engendrar el mulato, ese tipo de mulato tan pernicioso como el producto híbrido de español y de indio.

—¡Voten por Buenafé!... ¡A votar por Buenafé!... ¡El único candidato del pueblo!—gritaban

como veinte mujeres en un carro, entre las que iban la señora Bertani, Rosa con Luisito, Juana Copello vociferando, Luisa Kurneief sonriendo dulcemente, Emma Restari, la bella egipcia, seductora como siempre, feliz de encontrarse lejos de su marido.

A pocos pasos del carro, en una de las veredas, se presentó un espectáculo emocionante; rodeado por una multitud que deliraba de entusiasmo y de respeto, iba un paralítico sentado en una silla de ruedas, muy pálido, muy ojeroso, muy delgado, que movía los labios con dificultad.

—Hace dos años que no salgo á la calle... Pero hoy debo votar por el hombre, por Buenafé... Así muero tranquilo, sin ningún remordimiento...

Todos aplaudieron, con lágrimas en los ojos, tan emocionados como las mujeres, que también corrían detrás del cochecillo del enfermo, custodiándolo para que no le ocurriera ningún percance al cruzar las esquinas.

Selva, entusiasmado, prosiguió su charla:

—Esa mezcla de sangres dió frutos malsanos, tipos de una psicología inferior que contribuyeron lógicamente á mantener por mucho tiempo la más desconcertante anarquía en todo el país. Al mismo tiempo que la montonera apareció el caudillo, expresión terminante de una época de arbitrariedades. La mentalidad limitadísima de los hombres, imposibilitados para especular con altura intelectual, forjó el fetiquismo personal, culto bárbaro de lo pequeño á lo grande, de lo débil á lo fuerte, ceguera absoluta que reclama apoyo para no caer. Naturalmente, los más astutos, el mandón arbitrario, retoño del cacique indígena y del español conquistador, tomaron esas riendas libres, sembrando la anarquía á cada viento. En España, mucho

tiempo antes que se colonizara Sud América, existía ese régimen autoritario que luego fué trasplantado. Un libro interesante de don Joaquín Costa describe sintéticamente aquella situación. «Cada región y cada provincia se hallaba dominada por un particular irresponsable motejado de «cacique», sin cuya voluntad ó beneplácito no se movía una hoja de papel, no se despachaba un expediente, ni se pronunciaba un fallo, ni se declaraba una exención, ni se nombraba un juez, ni se trasladaba un empleado, ni se acometía una obra; para él no había ni ley de quiebras, ni ley de caza, ni ley de aguas, ni ley municipal, ni ley de contabilidad, ni leyes de enjuiciamiento, ni ley electoral, ni instrucción de consumos, ni leyes fiscales, ni Constitución política del Estado. Juzgados, audiencias, gobernadores civiles, diputaciones provinciales, administración central, eran un instrumento suyo, ni más ni menos que si hubiesen sido creados para servirle. No había que preguntar si teníais razón, si la ley estaba de vuestra parte para saber cómo se fallaría el pleito, cómo se resolvería el expediente: había que preguntar si le era indiferente al cacique, y por lo tanto, si se mantenía neutral ó si estaba con vosotros ó contra vosotros. Era declarado exento del servicio militar quien él quería que lo fuese por precio ó sin él; se extraviaban los expedientes que él quería que se extraviasen, se hacía justicia cuando él tenía interés en que se hiciera... las carreteras iban, no por donde las trazaban los ingenieros, sino por donde caían sus fincas, sus pueblos ó sus caseríos... era diputado provincial, alcalde ó regidor aquel que él designaba ó recibía para instrumento de sus medios, de sus vanidades ó de sus venganzas.»

—¡Canallas! ¡canallas! que vendéis el voto sin

escrúpulos y á pleno sol—gritaban las mujeres del carro al pasar por el club de Virasol.

—De ustedes... de ustedes es la culpa de todo lo que pasa—vociferaba Juana Copello levantando los brazos, con la cabellera en desorden y los ojos exaltados de cólera como ante un crimen inicuo.

—Y nada menos que por Virasol... por ese gran cochino de Virasol habéis ido á votar—exclamó Emma Restari, la bella egipcia, á quien repugnaban los hombres afeminados.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—reían los que estaban parados en la puerta del club Virasol—; ustedes tienen hambre y por eso hablan... tomen... ahí va un pan...

Y arrojaron sobre el carro panes, empanadas y hasta una botella vacía de cerveza.

—¿Cabe entonces una restauración nacionalista? —prosiguió Selva—. ¿Qué se ha de restaurar? ¿la montonera, el caudillismo, el arbitrismo sin restricciones, el fetiquismo personal, la sumisión del negro, la indolencia y rapacidad del indio? No, no; no se puede hacer eso, todavía sufrimos las consecuencias de aquel régimen con gobiernos sin escrúpulos que hablan del heroísmo en la revolución de Mayo y del reinado de la Constitución. Hoy mismo se palpa la sumisión del pueblo, la escasa mentalidad, la desorientación moral, la intriga de las camarillas, el negòcio público, la indiferencia ante las cosas establecidas y ante las tentativas innovadoras.

Selva dejó de hablar; estaban frente á la iglesia de San Juan Evangelista; allí vieron á Buenafé que recorría las mesas para enterarse del número de votos que depositaban en su favor. En cuanto se aproximaba á algún comicio, los fiscales socialistas abandonaban sus asientos y corrían hasta

l, con una libreta en las manos para proporcio-
ıarle las cifras.

—Doctor... lleva en la mesa segunda cincuenta
'otos más que Virasol y veinticinco más que Mo-
'ano.

En todas partes era lo mismo; una extraña ven-
aja se acentuaba en perjuicio de los adversarios.
De dónde salían tantos votantes? ¿el movimiento
le opinión se había extendido á toda la parroquia?
Los votos comprados á tan alto precio por Vira-
ol y Moyano, no conseguían inclinar la balanza en
avor de ellos? ¿esta vez la llave ganzúa del fraude
ıo daba los resultados conocidos de antemano?

A las dos de la tarde vieron á Cipriani, al an-
iano glorioso cubierto de cicatrices y de arrugas,
n un coche, de pie, radiando dicha en la mirada
ariñosa y profunda, pasando repetidas veces por
a frente un pañuelo de guardas azules para secar
as gotas de sudor.

—Seiscientos... seiscientos cincuenta votos lleva
Buenafé—decía el viejo á todos los que querían
irle—y ni un centavo, ni medio centavo hemos
ado á nadie... Todavía puedo llevar gente... su-
ban, muchachos... suban... tenemos tiempo, faltan
os horas...

En la puerta del club socialista la algarabía era
norme. Allí estaban los que habían votado, los
ue debían votar, esperando coches ó carros. Y
odos hablando á un mismo tiempo, gesticulando,
omentando hechos ocurridos.

—El fiscal de la mesa séptima no ha comido...

—Cuando yo voté en la novena, habían ochenta
otos para Buenafé...

—Otro carro... otro carro... Suban pronto los que
ienen que votar...

—Faltan dos horas... ¡ea! no perder tiempo...

—La Copello está presa porque le dijo á Virasol una cantidad de cosas sucias...

—¡Qué boca tiene la Copello!

—Moyano está pagando cincuenta pesos por libreta.

—¡Canalla!... ¡es un canalla!...

—Den paso al coche...

—Salgan del camino... no pueden subir al coche los votantes...

A las dos y media apareció Rosamondo, más colorado de lo que era por el sol que rajaba las piedras.

— ¿Saben una cosa?... — gritaba Rosamondo muerto de calor.

Y todos corrieron hacia él, pisándose, estrujándose, deseosos de conocer la noticia que traía.

—Pues los republicanos están votando por nosotros hace hora y media...

—¡Imposible!... ¡imposible!...

—Es cierto... lo he visto yo mismo—contestaba Rosamondo—. El candidato se ha retirado, pasando los votantes á Buenafé...

Toda la multitud prorrumpió en un aplauso nutrido, en un clamoreo incesante, porque la noticia reconfortaba las esperanzas del triunfo. Aun los más indiferentes, los curiosos, se conmovieron ante aquel entusiasmo hérmoso, que nadie podía contener. Los niños desanudaron las corbatas rojas y dando brincos las pusieron en alto como banderas; los jóvenes manifestaron su júbilo con gritos y abrazos que repartían á los amigos, á los camaradas, aun cuando no se hubieran visto nunca. Los ancianos, gozando una nueva juventud, se sacaban los sombreros, descubriendo sus blancas cabezas de abuelos. Ante esa felicidad, ante ese público estremecimiento de voluntades tan hermosas, muchos

apáticos, avergonzados de su pasividad, se decidieron.

—Yo también quiero votar por Buenafé...

—¿En dónde queda mi mesa?... Voy á votar...

A las tres y media Buenafé tenía ochocientos votos en toda la parroquia. Ya nadie dudaba; el triunfo estaba en el corazón de todos, aun en el de aquellos que veían semejante resultado con una rabia que envenenaba la sangre de las venas. Los ácratas, que pegaron carteles desfavorables para Buenafé, no ocultaron su desagrado. Virasol, el secretario del presidente de la República, el hombre de oprobiosa moralidad, no pudo contener su odio, que se manifestó en una extrema palidez de las mejillas y en ademanes nerviosos propios de una dama que sufre una gran desilusión. Moyano vió perdida su reelección, por más que hizo extraordinarios derroches de billetes. Y aquel otro abogado, empeñado por conseguir la diputación como medio para rodearse de consideraciones, pensó, muy á su pesar, que hasta en luchas electorales le agobiaba su mediocridad. Cuando á las cuatro se proclamó el triunfo de Buenafé, la gente echó á correr en busca del hombre; los niños, siempre llevando en alto sus corbatas, que flameaban al viento como banderas rojas; los jóvenes, cantando un himno de libertad; los ancianos temblorosos, más agobiados por la emoción; las mujeres riendo con risas cristalinas, unas en la calle, mezcladas con el gentío ansioso; otras en los balcones y en las azoteas de las casas, soltando globos de diversos colores, que se elevaban en medio de las bombas de estruendo, como si fueran á comunicar la grata noticia al cielo azul, de una pureza y calma infinita.

Mauricio Berger, radiante de júbilo, decía á su

amigo Germán, que ya había vuelto de fiscalizar una mesa:

—Esto es nuevo, completamente nuevo en este país. Empiezo á creer que una primavera de ideales comienza á extenderse por sobre las almas y los corazones. La semilla ha tenido buena tierra, y á impulsos del agua que nutre y del sol que fortifica, ha nacido este brote con hojas, con flor, con aroma...

—Se ha cumplido tu profecía, Mauricio... ¿qué dirá Pedro?—preguntó Germán.

Cuando la multitud vió á Buenafé se abalanzó al coche, enloquecida, frenética, exteriorizando su simpatía en mil formas. Los chiquillos saltaron al pescante, los hombres se estrujaron por ubicarse en la capota y en los estribos, haciendo crujir los elásticos. Y todo por ver de cerca á Buenafé, á ese hombre extraordinario que había vencido el fraude, el interés, la indolencia de todo un pueblo sumido en un materialismo aterrador. Y Buenafé presenció aquel espectáculo profundamente conmovido, vió ese millar de cabezas que ondulaban como un mar inquieto, ese millar de brazos extendidos hacia él, esos millares de voces de niños, de ancianos, de mujeres fuertes y hermosas, como una recompensa á sus dolores sufridos, á sus horas crueles, á su larga miseria ultrajada por la malevolencia de los enemigos. Cuando habló, pronunció las palabras más sinceras, más cálidas, inspiradas por su fe, fortalecida en una vida ampliamente vivida, con paz estable, amor que dignifica, justicia que eleva.

—¡Muy bien! ¡muy bien! ¡bravo!—Y los aplausos resonaron proclamando la alegría, la fe y la salud de todos.

Cuando la multitud comenzó á dispersarse se

vió á Cipriani contento, sonriendo, más fuerte y hermoso á pesar de sus sesenta y siete años; á Mauricio Berger desbordando regocijo, dando el brazo á Rosa para que no se perdiera en el remolino; á Juana Copello, vociferando siempre, contando á todo el mundo que había sido víctima de la policía; á Germán hablando con entusiasmo á Pedro, que escuchaba frío, sin mover un músculo de la cara; á Ribera, el amigo de Buenafé, pálido, nervioso, visiblemente contrariado porque había obtenido en su parroquia apenas once votos; á Rosamondo gesticulando y haciendo memoria de una elección que ganó Turatti en Milán; y entre todos se vió á Selva,. al joven Selva, deseoso siempre de asimilar la vida, esa vida complicada, esa vida nueva que tuvo muy cerca de él aquella tarde fecunda en esfuerzos.

Buenafé, más calmado, se retiró con sus amigos: había tanta dulzura en su mirada, que fácilmente podía inducirse que caminaba dando la espalda al odio y con los ojos puestos en el torrente universal que impulsa á los hombres hacia más humanidad y hacia más belleza.

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

El materialismo histórico

I

Fundamentos de la teoría

I. La historia de las religiones y la de los pueblos.—II. La concepción materialista de la historia, Marx; datos inútiles y beneficiosos para la ciencia social, Spencer.—III. Comprobación del materialismo histórico, según los hechos sociales de más alta trascendencia; Hegel y la evolución.—IV. El aumento de la población.—V. Las sociedades humanas consideradas como superorganismos.—VI. Una revolución económica.

I. Son conocidas las razones que Renán expuso para sostener que la religión de un pueblo es en cierto modo más instructiva que su historia, pues pone de relieve, de la manera más completa, la individualidad del pueblo mismo. Es cierto que la India no ha legado gran caudal de hechos históricos; pero su mitología, sus poemas, sus libros sagrados, han permitido en parte disecar el alma complicada de los indostanos (1).

Es instructivo, evidentemente, conocer la esencia de las religiones, descender hasta las reconditeces del misterio, conquistar incoherencias, divagar ante los desbordes de imaginación de los profetas.

(1) Renán, *Estudios de historia religiosa.*

El espíritu, ávido de investigaciones, renacerá á medida que avanza en el seno intrincado de los sofismas, pero al fin se detendrá cuando medite acerca de la utilidad de todo eso. ¿El grado de cultura se manifiesta en el grado de religiosidad? Es posible; un pueblo salvaje profesará por sus dioses un culto bárbaro. Pero de esto á inquirir la causa originaria de los hechos históricos, media una distancia considerable. Las instituciones, las leyes, los monarcas, las revoluciones, forman otra historia tanto ó más instructiva y más útil que la historia de las religiones.

La historia de los pueblos es la más admirable síntesis del desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Científica cuando analiza y despeja la hipótesis, relega toda narración ilógica que no encuadre en lo verosímil. La fábula, si bien es nociva al historiador, por cuanto oculta la verdad de los hechos, permite, no obstante esto, apreciar en su justo valor la riqueza imaginativa de los hombres empeñados en resolver los problemas más difíciles.

El materialismo histórico da en tierra con el antiguo concepto que veía la historia como una narración ligera de los sucesos acaecidos en diferentes épocas. Para aquellos narradores de cosas pasadas, una peste que asola poblaciones, una guerra que tiene como consecuencia la supremacía de un Estado sobre otro, una sublevación de esclavos, una conspiración general, un despotismo prolongado, no tienen mayor importancia; deben ser relatados fielmente, eso sí, y con la amenidad y la frondosidad literaria de una novela ó de un poema épico.

II. La renovación se imponía, y con este motivo se habló por primera vez de una interpretación

materialista de la historia. Pero ¿en qué se funda y qué sostiene la nueva concepción histórica? Marx da una definición amplia. «El materialismo histórico—dice—arranca de la proposición siguiente: la producción, é inmediatamente después de ella, el cambio de los productos es la base de todo orden social; en todas las sociedades de la historia la distribución de los productos, y con ella la división de la sociedad en clases, dependen de qué y cómo se efectúan y se cambian los productos.»

Se asigna á todo orden social un fenómeno económico. No de una manera terminante y absoluta (1), puesto que las evoluciones de la producción se efectúan al mismo tiempo, con las formas del derecho, las teorías políticas, las opiniones religiosas, etc., etc., que ejercen también su acción sobre el curso de las luchas históricas (2).

Muy lejos está el materialismo de conceder importancia á las futilezas que proclaman el actual carnavalesco nacionalismo, y que á su vez Spencer señala como inadmisibles. Considera inútil para

---

(1) «La conclusión de mis investigaciones, formulada por mí en 1845, que luego sirvió de guía á nuestros estudios, puede compendiarse en estos términos: En la producción social de los medios de existencia, los hombres contraen determinadas relaciones, necesarias é independientes de su voluntad, relaciones de producción que son correlativas á un cierto estado de desarrollo de sus fuerzas productivas. El conjunto de estas relaciones forma la estructura económica de la sociedad, es decir, es *la base real* sobre la que se levanta una superestructura jurídica y política y á la cual corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material determina *en general* el proceso social, político é intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino al contrario, es su existencia la que determina su conciencia.» Carlos Marx, *Crítica de la Economía política*.

(2) Engels.

la ciencia social las detalladas biografías de los soberanos, las tantas intrigas de corte, las guerras desastrosas, el nombre de los generales y lugartenientes, el número de caballos y cañones que poseían éstos, la forma en que disponían sus tropas, la hora del día en la cual se decidió la victoria en favor de uno y la derrota en perjuicio de otro, sin olvidar el número de muertos, heridos y prisioneros. Nada de eso puede interesar á la ciencia social. Pero sí cuando se demuestra bajo qué principios de gobierno se ha constituído una nación, estudiando el espíritu de la ley y la extensión de la libertad. Es historia la que enseña el beneficio que reportaron al pueblo las religiones; en qué consistía el esplendor del arte, el adelanto de la ciencia, el grado de armonía reinante en las clases sociales, el estado de las industrias, la fertilidad de la tierra, los medios de vida y todo lo que se relaciona íntimamente para consolidar en forma indestructible la estructura de las sociedades.

Unicamente así se consigue disponer—según la expresión de Spencer—el cuadro de los distintos siglos, de modo que pueda apreciarse cómo se modifican las creencias, las instituciones, los usos y las leyes, y sobre todo, cómo la armonía de un edificio se funde en la armonía de otro edificio que le sucede (1).

III. La comprobación del materialismo histórico se obtiene estudiando los acontecimientos sociales de más alta trascendencia.

Los sucesos memorables ocurridos en Francia durante los años 1848 y 1851 no son otra cosa que un resultado de las exigencias productivas del mo-

(1) Spencer, *Educación moral, intelectual y física.*

mento. La Revolución de Febrero responde igualmente á un factor económico por las malas cosechas de los años 1845 y 1846 y la crisis total de las industrias en Inglaterra en 1847. La superabundancia de la producción en 1851, las crisis algodoneras de 1850 á 1851, el desprogreso de la cosecha en sedas, el precio exageradamente alto de las lanas, el estancamiento general en todas las ramas de la industria francesa, motivaron las revoluciones sucesivas, y éstas, á su vez, el golpe de Estado del 2 de Diciembre por Napoleón el chico (1).

Si nos remontamos á la historia romana, Guillermo Ferrero comprueba el materialismo histórico en las sublevaciones gálicas ocasionadas por la explotación económica. Si nos remontamos más aún, Morgan, que estudió las sociedades griegas desde sus orígenes, nos dice en su obra *Ancient Society* que todas las grandes épocas del progreso de la humanidad coinciden de un modo más ó menos directo con las épocas en que se propagan los medios de alimentarse (2).

Quiere decir entonces que no se debe buscar —según Marx—las causas últimas de las transformaciones sociales y de las revoluciones políticas en la cabeza de los hombres, en su visión cada vez más clara de la verdad y la justicia eternas, sino en las transformaciones del modo de producción y de cambio; no se debe buscarlas en la filosofía, sino en la economía de la época.

Es indudable que en esta forma se contraría el principio hegeliano que asigna á la «idea» el papel

---

(1) Marx, *La lucha de clases en Francia* y *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte.*
(2) Morgan, citado por Engels, *Origen de la familia.*

de fuerza propulsora de la evolución. Siendo el hombre producto del ambiente, su inteligencia adquiere vigor con los elementos que éste le proporciona. Luego mal puede desviar corrientes y transformar, según su gusto, el medio en que vive. Las únicas ideas que impulsan el progreso son las que se traducen en actos, es decir, invenciones y descubrimientos.

IV. Las ciencias naturales, al descubrir el principio de la evolución, en virtud de la cual todas las cosas sufren transformaciones fundamentales, dan á su vez con su fenómeno económico: las especies van hacia grados de superior perfeccionamiento, influenciadas por el aumento numérico de seres que originan las múltiples manifestaciones de la lucha por la existencia.

La economía política no vacila en aplicar para sí el principio darwiniano, sin antes declarar que las formas de la evolución son numerosas, presentando, por lo tanto, fenómenos y leyes de orden muy diverso. Tan es así, que la evolución de los seres inferiores se produce, no por un simple aumento de la población, sino por una falta de correlación entre ésta y la cantidad de alimentos. Si el número de víveres estuviera proporcionado al de seres, la transformación selectiva no se operaría, impidiendo con esto el mejoramienio de la especie, basado en el triunfo del más apto y en la extinción del más débil.

Pero en la vida social sucede lo contrario. Los seres inferiores no pueden forzar á la Naturaleza para que les suministre un número mayor de alimentos; en cambio, el alimento que dispone el hombre es producto del trabajo. De lo que se deduce que un aumento de la población viene acom-

pañado con un aumento de los víveres. Se dirá entonces que el progreso de la especie superior no se efectúa, por cuanto el excedente no tiene lugar. Pero cuando se observe que los hombres cada día multiplican su actividad, perfeccionando los medios de producción social para contrarrestar el crecimiento de individuos que sobrevengan, se notará el progreso de la especie humana precisamente en ese prodigioso despliegue de energías, que tiene por resultado equilibrar la población y los medios de subsistencia.

V. De aquí proviene el error fundamental de no pocos sociólogos—Novicow uno de ellos—que encuentran marcadas analogías entre las sociedades humanas y los organismos, que son materia de estudio en lo que se refiere á la biología.

Las sociedades humanas, según De Greef, progresan y retroceden de acuerdo con leyes necesarias, presentando propiedades, formas de combinación y de perfeccionamiento que no se encuentran en ninguna otra parte fuera de ellas, ni aun en los cuerpos organizados y vivientes en general (1).

Un organismo desaparece por agotamiento de energías en cuanto desempeña un número dado de funciones; pero las sociedades, con estructura más complicada, no pueden ser algo transitorio. La evolución social no suprime las manifestaciones políticas, económicas ó religiosas trasladadas de una época á otra sino cuando ellas no llegan á ajustarse con las nuevas condiciones de existencia emanadas de la nueva constitución social.

Por otra parte, en el hombre la lucha económica por la existencia es totalmente diferente de

(1) De Greef, *Las leyes sociológicas.*

la lucha animal. En las sociedades se verifica entre seres pertenecientes á una misma especie, en tanto que la otra, la de los animales, tiene lugar exclusivamente ó de un modo casi exclusivo, como dice Wallace, entre dos seres de especies diversas.

VI. Es, pues, el factor económico, si no una ley suprema, importante en los acontecimientos históricos. En la historia argentina representa un gran papel. «A la sombra de los intereses económicos—dice el general Mitre—vino elaborándose la idea revolucionaria» (1). Y es así como se explica el extraordinario impulso de los prohombres de aquel tiempo, realizando el 25 de Mayo de 1810, la gran revolución económica del siglo XIX, en el continente sudamericano. La declaración de los derechos políticos fué algo secundario. Lo que magnificaba ese patriotismo, lo que incendiaba esas pasiones y acrisolaba esos espíritus era la tiranía implantada por España en sus colonias. Ante la idea de un comercio libre con las potencias europeas, que permitiría dar un valor á la producción nacional, los comerciantes, los propietarios, los productores en general, proclamaron el principio revolucionario que dió fin al poderío español en las provincias del Río de la Plata. Después de esto fué unánime la idea de forjar la nacionalidad argentina, con la declaración de los derechos políticos en 1816, basados en la más pura democracia.

Se suscitan luego las luchas entre unitarios y federales, entre la ciudad y la población de los campos; y el factor económico vuelve á desempeñar un papel importantísimo. Lo que preocupa,

---

(1) Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*.

más que las tendencias políticas, son las formas de la producción, el sistema industrial, agrícola y ganadero, los medios de apropiación de la tierra, la clausura de los ríos y la libre navegación, el monopolio aduanero y los derechos de importación y exportación.

Con este criterio, las guerras civiles no son nada más que luchas de clases perfectamente divididas; así las reconoce el general Paz en sus *Memorias*: «fueron los pobres contra los ricos; la parte ignorante contra la más ilustrada; la plebe contra la gente principal». Y por estas razones es por lo que concedemos á los caudillos de primera fila un papel muy distinto al que hasta hoy se les ha dado. Quiroga, por ejemplo, presentado como un organizador de la República por el doctor Peña, es la gran figura del hombre que encarna las aspiraciones de la multitud. Ese paisanaje errabundo que exterioriza sus rebeldías con rapiñas y asaltos, representa en la historia argentina la sublevación plebeya del Monte Aventino.

1907.

II

Objeciones á la teoría

I. Los diversos factores de la evolución.—II. El hombre y la Naturaleza.—III. Asturaro y la Sociología general.—IV. Síntesis de la teoría de Marx.

La teoría que proclama el determinismo económico en la historia, cuya argumentación fundamental acabamos de exponer en el capítulo que precede, cuenta con un número considerable de impugnadores que, de acuerdo con sus diversos criterios sociológicos, asignan á la evolución de todo orden social un factor conceptuado por ellos único y decisivo.

I. Buckle, apoyado en el intelectualismo histórico, define el ambiente natural como la fuerza más persistente y generatriz de los múltiples fenómenos sociales. Lapouge cree en la influencia incontrarrestable que aportan la raza y la lucha por la vida. Kidd opta por los fenómenos religiosos. En los últimos tiempos, un sociólogo, Limousin, para negar el determinismo económico, observa que existen diversidad de estadios sociales en los pueblos, y que éstos, aun cuando pertenezcan á razas diferentes, vense acosados por una idéntica necesidad de existencia. Predominando un factor económico, al que se hallan sujetas todas las ma-

nifestaciones de la vida, ¿cómo es que este factor principalísimo no ha producido estadios sociales semejantes?

La diversidad de estos estadios puede explicarse al tenerse en cuenta que los hombres no aparecieron al mismo tiempo en el planeta. Hæckel, al definir su teoría de las migraciones, observa que éstas se produjeron en épocas muy distintas. Las razas fueron apareciendo en el continente sucesivamente; de ahí que ciertos pueblos llegaron á la civilización antes que otros, creando esa absoluta desigualdad de estructuras sociales. «Hubo, pues, entre los pueblos—dice un autor—una diferencia en el punto de partida, que creó las desigualdades en su lucha por la expansión, en su marcha hacia la civilización, como la diferencia en el punto de partida de los individuos en la lucha por la vida los coloca en las sociedades modernas, bien en una clase privilegiada que goza de la propiedad y del poder, ó bien en otra clase condenada, pero no eternamente, porque son transitorias las condiciones históricas, al sufrimiento, á la miseria, al duro trabajo, á la triste ignorancia y á la esclavitud económica.»

Existen muchos otros factores á los cuales se les asigna una influencia importante en los hechos históricos, que iremos enumerando al tiempo de refutar las objeciones más importantes.

II. Un individuo, de cualquier especie, para subsistir vese obligado á adaptarse al medio en que actúa. Pero el proceso de la adaptación no ofrece iguales manifestaciones en todos los seres vivos. Los animales, como asimismo los vegetales, se adaptan sufriendo una transformación orgánica, en tanto que el hombre lo hace por cambios de ins-

trumentos que le permiten elegir el medio natural que le corresponde.

Es así, construyendo y perfeccionando sus instrumentos, como ha hecho el hombre un ambiente artificial que le salvaguarda de las rudezas del ambiente natural. Si no modifica la Naturaleza, va en contra de aquellas manifestaciones que están ó que pueden estar en pugna con las exigencias de la vida humana. No destruye ni paraliza por arte mágico las leyes de la Naturaleza, pero la domina oponiendo unas con otras. El hombre ha vencido la Naturaleza haciéndola combatir con ella misma; y si los ríos invaden los campos obedeciendo á la ley hidrodinámica de la expansión de los líquidos, el hombre construye diques y vence esa ley con otra ley: la de la resistencia de los cuerpos sólidos (1).

De haberse respetado muchas de las obras naturales, la actividad humana se encontraría reducida á cero. Si la única misión de los hombres hubiera sido rendir culto á los frutos de la creación, permaneciendo sumidos en una mera y platónica contemplación de los astros, la historia de los siglos idos sería una inmensa página en blanco. Pero el hombre desplegó á toda hora una actividad incesante; al verse desnudo buscó el abrigo y aminoró las rudezas del frío; ante el ímpetu devastador de los torrentes levantó los diques que salvaron sus campos y cultivos; abrió istmos, canalizó ríos y siempre su brazo musculoso se levantó para anular los grandes obstáculos.

III. Alfonso Asturaro estudia el materialismo histórico con cierta amplitud. Observa que esta

(1) Ferrero, *La lucha por la vida y la cuestión social.*

teoría se propone explicar ó interpretar la historia de las sociedades capitalistas, por lo que conceptúa la teoría marxista limitada, estrecha, por cuanto su base más sólida es el principio de la lucha de clases, principio que surge de una sociedad constituída en el capital y en la división del trabajo. Y como antes que estos regímenes económicos han existido otros simplemente comunistas y colectivistas, considera que el materialismo histórico no abraza ó no entiende abrazar en sus explicaciones más que una pequeña parte del inmenso camino de la humanidad. Es entonces una filosofía estrecha, una filosofía de la historia con más ciencia que las otras que le precedieron.

Y en este orden de ideas, Asturaro sostiene que la teoría marxista habría llegado á ser una verdad general, siempre que hubiese demostrado las relaciones de causalidad que envuelven en el fenómeno económico todos los demás fenómenos en cualquier sociedad ó que hubiese probado inductivamente la fundamentalidad de la economía hasta en las sociedades no capitalistas.

Cree, asimismo, que el problema de las relaciones y de la serie de los fenómenos debe preocupar verdaderamente á todos los que aceptan la fundamentalidad del fenómeno económico, y que en manera alguna se puede explicar cualquier fenómeno social por medio del *solo* fenómeno económico y sus variaciones con las *solas* variaciones del mismo (1). Se aparta del materialismo histórico por considerarlo menos amplio que la sociología general, que se propone estudiar los pueblos de más remoto origen. Pero como son numerosos los pueblos

(1) Asturaro, *El materialismo histórico y la sociología general.*

desaparecidos sin haber dejado tras de sí indicios acerca de sus medios de existencia, las investigaciones que realiza no van más allá de ciertos límites que hacen inevitablemente de su teoría una teoría más estrecha que la del materialismo histórico.

Insiste en la posibilidad de presentar una serie de los fenómenos sociales, valiéndose para ello de una investigación deductiva-inductiva capaz de descubrir las relaciones causales y no causales que existen entre las actividades del hombre social, y por consiguiente con los fenómenos sociales que de ellas resultan.

Asturaro concluye con una aplicación de su teoría, estudiando los fenómenos económicos, genéticos, jurídicos, guerreros, militares, políticos, morales, religiosos, artísticos y científicos, siempre de acuerdo con su plan trazado de edificar sobre base sólida la sociología general humana que ha de dar las relaciones y la serie de los fenómenos sociales.

IV. A partir de un determinado momento histórico, los hechos sociales ofrecen un valor, una importancia, y lo que ayer tenía por virtud avivar la fantasía de los idealistas, transfórmase hoy en algo que arranca reflexiones hondas al filósofo é investigaciones amplias al hombre de ciencia. Los pueblos que luchan entre sí, no lo hacen ya impulsados por las glorias que sueñan sus grandes capitanes. Hay en el fondo de todo eso un factor principal que origina las turbulencias. Las luchas son ahora choque de intereses materiales. Y estudiando separadamente las sociedades, se llega á descubrir que ellas son una máquina perfectamente montada, cuyos mil engranajes responden los unos

á los otros, y todos ellos á un motor central que gobierna. Una transformación del eje central ocasiona sucesivas transformaciones en las partes sujetas á él. Encuéntranse ligados un fenómeno á otro fenómeno, una causa á otra causa. Así en las sociedades, los cimientos de ella son los medios de producción y de cambio, estructura económica sobre la cual giran las manifestaciones de la vida, constituyendo una superestructura los fenómenos políticos, jurídicos, religiosos, filosóficos, etc.

Con otras palabras, la producción—dice Marx—é inmediatamente después de ella el cambio de los productos, es la base de todo orden social; en todas las sociedades de la historia, la distribución de los productos, y con ella la división de la sociedad en clase, que depende de la forma en que se efectúa y se cambian los productos.

Que esta base económica es generadora de la vida social, no resulta difícil demostrarlo. Visto el hombre en su esfera de acción, se descubre en él un móvil innato: la producción y la reproducción, móvil esencialmente económico, que se subdivide en producción del hombre y reproducción de las cosas (1). El desenvolvimiento de la especie se verifica respondiendo al primer enunciado; la sociedad se constituye fundada en las relaciones de familia; «el orden social se halla subordinado á los vínculos de consanguinidad». Pero como la humanidad no podría subsistir reproduciéndose únicamente, la síntesis de ésta—el hombre—pone en juego todas sus facultades para producir, y siempre más. Con el tiempo perfecciona los instrumentos de trabajo, y este perfeccionamiento trae consigo

(1) Engels, *Origen de la familia, de la propiedad y del Estado*.

un aumento en la producción, y por ende mayores seguridades para la existencia. Pero el desarrollo y la transformación de las fuerzas productivas originan cambios correlativos en las relaciones recíprocas del productor, porque las relaciones sociales están íntimamente ligadas á las fuerzas productivas. El molino á brazo nos dará la sociedad con el señor feudal; el molino á vapor la sociedad con el capitalista industrial (1).

Podríamos extendernos más si no fuera por el temor de caer en las conclusiones expuestas en el capítulo anterior. Nos resta decir que en la concepción marxista caben ampliamente los diversos factores sostenidos por Buckle, Kidd, Lapouge, Limousin, etc., porque, como afirma Kelles Krauz, se puede imaginar á la sociedad como un cuerpo piramidal ó bien de un modo dinámico, como si fuera un organismo compuesto de una serie de capas agrupadas alrededor de un núcleo central. La base representaría la estructura económica; la cúspide correspondería á la superestructura formada por los fenómenos políticos, morales, filosóficos, artísticos, etc. En cuanto al modo dinámico, el núcleo central sería la constitución económica y sus diversas capas los múltiples fenómenos que forman esa superestructura de la organización social.

Los hombres en esta teoría son parte integrante de un gran componente, obreros de una obra común, puntales de un mismo edificio: la sociedad. Fuera de ella el hombre no representa ningún papel, puesto que no es ni medio, ni parte, ni prolongación de energías reunidas para la prosecución de un fin. Las ideas tienen valor cuando prometen

(1) Marx.

la felicidad colectiva, aunque sean absurdas, plagadas de utopismo.

Que el altruísmo sea vuestra gran bandera. El egoismo y el aislamiento que proclama el individualismo, sólo existe en la novela de Foe. ¿Se conoce algo más ridículo é inútil que esos dos gramos de vanidad que regalan «los superhombres»? La humanidad relega al olvido lo que no sea fruto de su poderosa entraña.

1907.

SOBRE MORAL BIOLÓGICA

Sobre moral biológica [1]

I. La variabilidad de la ciencia.—II. La selección natural.—III. La desigualdad social y la lucha por la existencia.

I. Cuando Taine, probablemente en sus ensayos científicos, afirmó que la ciencia es infalible, olvidó que en la ciencia—como dice un autor que piensa mejor de lo que escribe—todo es revocable. Cualquier afirmación debe tomarse á beneficio de inventario. Un hecho rectifica los anteriores; una observación cambia una ley; un invento muda un sistema; una nueva inducción echa abajo todo un cuerpo de doctrina ó crea uno nuevo. En cuestión de ciencia es un grave error consagrar ningún resultado como definitivo. La ciencia hoy dice esto, mañana dirá lo contrario, y eso constituye su mérito: progresar alternativamente, su perpetua evolución, su movimiento continuo. En la ciencia, lo sagrado, lo majestuoso, es la ciencia misma, no sus productos.

Debido á esta constante renovación de cosas es como hemos llegado al actual orden social, impulsados, obligados por la evolución, la ley más científica y más general, en virtud de la cual todo cambia, todo marcha hacia un ambiente superior,

---

(1) Publicado en *La Nación* de Buenos Aires con motivo de un estudio intitulado «La moral biológica», Octubre de 1906.

que satisfaga las nuevas exigencias de los seres y de las cosas.

Con Aristóteles, Epicuro, Lucrecio, Lamarck, Cuvier, Darwin, Spencer, y así en esta escala ascendente, se van rectificando errores, formulando hipótesis nuevas, sustituyendo antiguas teorías por otras que se aproximan más á la verdad, hasta que se construya lenta é incesantemente la noble y poderosa ciencia del porvenir.

II. Carlos Darwin ha abierto nuevas vías y nuevos horizontes al pensamiento de la humanidad: sus teorías acerca de la «selección natural» y de la «lucha por la existencia» nos presentan las especies de seres organizados bajo una faz muy distinta de la que hasta hace cincuenta años se tenía en cuenta. Si bien es cierto que esta teoría darwinista ha sido muy discutida, no lo es menos que ha dado motivo á falsas interpretaciones, que modifican en absoluto su verdadero concepto.

¿Son acaso los más aptos y mejores los que triunfan en la lucha? ¿Son los más inteligentes los mejor dotados física y moralmente? La medianía, ¿sucumbe ó recibe el laurel?

«La selección sexual, favorable entre los animales á los más bellos, á los más vigorosos ó á los más inteligentes, produce en el hombre un efecto contrario, pues hombres y mujeres, en la generalidad de los casos, son atraídos sólo por la riqueza, yendo á ésta unida la más lamentable inferioridad intelectual y física.»

Esta artificiosa selección produce inevitablemente frutos inferiores. Complicándose entonces el problema á resolver de si son los mejores, los más aptos, los que triunfan en la lucha por la existencia.

Admitamos—dice Loria—que los primeros propietarios, ó los fundadores de las mayores fortunas, sean los más fuertes, los más capaces, y que los obreros y los miserables sean, al contrario, los más incapaces y los más débiles, etc., etc. Pues bien; aun admitiendo ú olvidando todo esto, la lucha humana por la existencia, que en semejante hipótesis tendría en su punto de partida un carácter análogo al de la lucha animal, no ha dejado de tomar fatalmente, en la sucesión de los siglos, un carácter del todo opuesto, gracias á una causa puramente humana: la herencia de los bienes. En virtud de la herencia, el creador de una gran fortuna la transmite á sus hijos y á sus nietos, hasta las más apartadas generaciones venideras. Y si es fácil que convengamos en que el adquirente de esas riquezas es un ser superior, un héroe de la industria, un genio inventivo, nada prueba que su hijo ó sus nietos y biznietos lo sean también. La antropología moderna, por el contrario, ha probado luminosamente que las ventajas físicas é intelectuales de los padres están, por decirlo así, descontadas para sus sucesores, y que los descendientes de los grandes hombres, de los espíritus superiores, son, con gran frecuencia, entes idiotas que ruedan á los abismos de la degeneración y de la insania (1).

Más apoyo tendrá nuestra argumentación cuando la robustezcamos con la opinión de Colajanni, que demuestra en un paralelo altamente sugerente cómo la lucha por la vida se verifica en condiciones desiguales. Es como si dos individuos—dice—se disputasen el premio en una carrera, y uno de ellos, muy robusto, hubiese de correr á pie, en

(1) Aquiles Loria, *Los problemas sociales contemporáneos.*

tanto que el otro, cojo y contrahecho, lo hiciese en coche. ¿Cuál de los dos se llevaría el premio? Indiscutiblemente el que tuvo la fortuna de poseer un coche. Pero ¿por ventura el ganador era más robusto, más fuerte que el que contaba únicamente con sus piernas?

Insistiendo sobre la selección sexual, diremos que los matrimonios humanos que se realizan á diario dan motivo á que se efectúe una selección antinatural, originando luego la degeneración de la especie. Renda, entre otros (1), hace notar que los bastardos, siendo fruto del libre acoplamiento y libres en la elección de sus ocupaciones, son generalmente mejores que sus hermanos legítimos. Y Loria (2) señala la superioridad de don Juan de Austria sobre Felipe II y la de Vendôme sobre Luis XIII y Gastón de Orleans, sin enumerar los muchos bastardos célebres que han sido gloria de la humanidad.

Pero es verdad que Darwin, el ilustre naturalista, en los últimos años de su vida llegó á darse cuenta de que la selección natural no se cumple como debiera, correspondiendo el triunfo, no á los más fuertes é inteligentes, sino á los más débiles y malos. Puede leerse una carta de Darwin, dirigida á Fox, el 7 de Marzo de 1852, en donde protesta con vehementes frases contra las infamias é ignominias de los propietarios ingleses, á quienes llama «seres brutales, de corazón de piedra».

III. Somos partidarios de lo que sostuvo Richet respecto á la felicidad: que ésta no depende de «circunstancias externas», sino que, por el contra-

---

(1) Renda, *El origen de las dinastías.*
(2) *Ob. cit.*

rio, depende de nuestra inteligencia y constitución psicológica. Y Richet no hace nada más que confirmar esta verdad elocuente: el medio determina el aspecto físico y moral del hombre; si el medio es malo, el hombre será consecuencia de él. Pero si transformáis el medio, os daréis cuenta de cómo el hombre se irá transformando gradualmente á su semejanza. Luego ¿por qué se ha de predicar la muerte de los vencidos en la vida? ¿Acaso la estructura de las sociedades siempre ha sido la misma en el transcurso de los siglos? Es pueril hablar en estos tiempos de la virilidad espartana, pues han desaparecido ya los pueblos guerreros, para imperar únicamente los pueblos industriales. Hoy no encontramos los regueros de sangre que dejaban tras sí las expediciones conquistadoras; pero sí chocamos con el *mental strain*, el *surmenage* y la *neurastenia*, consecuencias lógicas de nuestra incesante y colosal actividad.

Si nuestros hijos débiles y enfermos tuviesen que ser llevados á un moderno monte Taigeto para ser arrojados desde lo alto, nosotros también tendríamos que ser conducidos allí, por cuanto hemos sido los únicos culpables de engendrar seres raquíticos, que al fin y á la postre llevan impresas nuestras morbosidades. Y esta es la oportunidad de refutar el anatema bíblico, confirmado clínicamente por Morel, diciendo en vez de: «Los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta generación», «El derroche de las energías orgánicas de los padres extingue á la cuarta generación todo el capital orgánico de la familia, condenándola irremisiblemente á desaparecer».

En estas mismas columnas el lector ha tenido ocasión de leer un artículo titulado «La moral biológica». Pues bien; ese estudio es un resumen

del libro *Principio de la población,* por el economista Malthus. El malthusianismo es una teoría que trata de probar que existe hoy un excedente enorme de la población sobre los víveres. Y en nombre de esta teoría se pide la muerte de millones de seres humanos, sosteniéndose que la tierra no es lo suficientemente fértil para calmar y extinguir el hambre de tantas bocas. Y en nombre de esta misma teoría se repudian la caridad, las asociaciones de beneficencia pública y los hospitales que puedan dar vida á los muchos miserables que vagan por el mundo.

Por suerte, se ha llegado á probar la falsedad de la doctrina de Malthus; las leyes naturales que invoca no existen, y los datos más precisos de la estadística y los argumentos más científicos de la economía social nos prueban con una evidencia admirable que el granero del mundo contiene más víveres de los necesarios para mantener á la humanidad entera (1).

Antes que individualistas, seamos amigos de la colectividad. Tengamos por religión la vida con todas sus expansiones felices; que el trabajo sea nuestro ideal generoso; el sudor que corre por las frentes sin mancharlas, dignifica y engrandece al hombre. El arte comienza á rendir culto á esta vida y á este ideal; el pintor Millet, con toda la fuerza creadora de su genio, nos presenta en sus cuadros los aldeanos y aldeanas del porvenir: *Las*

---

(1) La pretendida «ley» de Malthus estriba en estas dos proposiciones: 1.ª, *la población,* cuando no es detenida por ningún obstáculo, va desdoblándose cada veinticinco años y crece de período en período, según una progresión *geométrica;* 2.ª, los medios de subsistencia en las circunstancias más favorables á la industria no pueden jamás aumentar sino en una progresión *aritmética.*

espigadoras, *El Angelus* y *El hombre con el arado*. Y otro genio, otra gran figura que tiene por nombre Constantino Meunier, ha trasladado su cerebro á un hermoso bajorrelieve, *La siega*, que según la frase de Max Nordau, tiene la grandiosidad de los himnos.

Aparte de todo lirismo, esta es la verdadera vida: el amor, el trabajo y la paz de todos y para todos.



EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

El hombre y la Naturaleza

I. Las obras de divulgación científica; falsa interpretación de doctrinas.—II. La ley de la lucha por la vida y la selección natural.—III. Lo que el hombre ha conseguido de la Naturaleza.—IV. La solidaridad humana.

Cuando M. Robert Duvernay anunció su conferencia en la Escuela de Altos Estudios Sociales de París, buen número de reflexiones llegó á sugerirnos el tema elegido por el conferenciante. ¿Qué podría decir M. Duvernay sobre el hombre y la Naturaleza? ¿Acaso se propone repetir las teorías expuestas desde Lamarck á Darwin, Wallace y Hæckel? Y reparando en el nombre—nada conocido—, pensamos con cierto temor: ¿No será éste un debutante atrevido que con teorías extraordinarias quiere romper la obscuridad que lo rodea?

Hoy—después de varios meses transcurridos—encontramos en una libreria de la rue Soufflot el folleto que reproduce la conferencia, editada por la casa Alcan. Leímos; encontramos muchas citas de autores, algunas en griego, otras en latín. Pero lo que no faltaba eran los párrafos cincelados, las imágenes efectistas, el propósito de impresionar al lector con un acopio de palabras seleccionadas, ubicadas luego á golpes de martillo. M. Duvernay, como todo buen francés, tiene incorregibles aficiones literarias.

I. En este siglo de efervescencias, el hombre, activo, inquieto, neurótico, torturado por la rapidez de las horas, se esfuerza por apilar obra sobre obra, robando tiempo al tiempo, aguijoneado por la cruel idea de desaparecer sin antes haber producido. Es un sentimiento noblemente humano; huir de la multitud anónima, dejar de pertenecer á ella para siempre, conquistar una personalidad que se imponga, que inspire respeto á los que viven con el cerebro y admiración temerosa, como ante algo infinitamente superior, á los que han trasladado el estómago al cerebro.

M. Duvernay posee uno de estos espíritus bulliciosos, torturados... y torturadores. Se propone sorprender con su erudición, muy superficial, á base de diccionario enciclopédico. Por otra parte, los temas que elige para conferencias ó folletos son complicados y reclaman más serenidad de espíritu y más honestidad en el estudio. Cuando un escritor serio resuelve hacer obra de divulgación científica, se atiene á la letra de los autores, se encarna con los principios y los transmite al gran público gastando un lenguaje sencillo y fórmulas llanas, de fácil comprensión, ya que esas páginas si tratan de la creación de los seres no serán para que se instruya Hæckel, y sí para cualquier tendero que el día domingo abandona el mostrador y lee un libro. M. Duvernay no es un divulgador, ni acepta que se le tome por tal. En su folleto *El hombre y la Naturaleza* expone ideas un tanto curiosas sobre las múltiples manifestaciones de la lucha por la existencia. Y llegamos al punto que nos indujo á criticar este libro: señalar en la medida de nuestras fuerzas las falsas interpretaciones que con tanta frecuencia se hacen de las teorías darwinianas de la lucha por la vida y la selección natural.

II. De las teorías expuestas por Darwin, la que predomina con un acentuado carácter científico es la que se refiere á la lucha por la existencia y á la selección natural. Esta ley puede palparse como fenómeno irreductible presidiendo los procesos vitales más complejos.

Pero esta expresión, «lucha por la existencia», debe tomarse en un sentido amplio y metafórico, que incluye la dependencia de un ser de otro; y lo que es más importante, no solamente la vida del individuo, sino también el buen éxito en dejar progenie. La lucha por la existencia resulta inevitablemente de la rapidez con que todos los seres organizados tienden á multiplicarse. Y como nacen más individuos de los que es posible que sobrevivan, tiene que haber forzosamente en todos los casos lucha por la existencia, ya del individuo con otro de la misma especie, ya con las especies distintas, ya con las condiciones físicas de la vida. Es esta la doctrina de Malthus aplicada con múltiple fuerza al conjunto de los reinos animal y vegetal, porque en este caso no hay aumento artificial de alimento y limitación prudente de enlaces de los dos sexos. Y aunque algunas aumenten en la actualidad en número con más ó menos rapidez, todas no pueden hacerlo así, porque no cabrían en el mundo. Dos animales carnívoros, en tiempo de hambre, luchan mutuamente por conseguir el alimento que necesitan; pero la planta que crece en el borde del desierto se dice que lucha por la existencia con la sequía, aunque con más propiedad pudiera decirse que depende de la humedad. Una planta que produce mil granos anualmente, de los cuales solamente uno, más ó menos, consigue desarrollarse y madurar á su vez, lucha con las plantas de la misma clase y con las otras que ya ocupaban el terre-

no en que ella se levanta. El musgo depende del manzano y de algunos otros árboles; solamente de una manera figurada puede decirse que el manzano lucha con los otros árboles; porque si en el mismo árbol crecen un gran número de parásitos, éste languidece y muere. Pero de algunos musgos que producen semillas puede decirse con más verdad que luchan entre sí, y como las semillas de musgo son diseminadas por los pájaros, de éstos depende su existencia, pudiendo metafóricamente afirmarse que luchan con otras plantas fructíferas para tentar á los pájaros á que lo consuman y á que de este modo esparzan su semilla. Empléase, pues, para mayor comodidad, el término «lucha por la existencia» en los diferentes sentidos anotados, confundiéndose los unos con los otros (1).

III. Pero para que el individuo subsista en esta lucha que Hobbes llamara de todos contra todos, se requieren cualidades especiales para vencer los obstáculos que oponen los otros individuos en lucha ó las fuerzas físicas que emanan de la Naturaleza. Estas cualidades se desarrollan con mayor ó menor intensidad en todos los seres organizados. En esta forma, las condiciones naturales desfavorables, el individuo en la medida de sus aptitudes para combatir, trata de vencerlas, valiéndose para ello de la adaptación al medio que lo rodea. Es así como mamíferos de respiración pulmonar se metamorfosean hasta el punto de perder su forma originaria, transformándose en ballenas para apropiarse del mar. Los árboles de las zonas tórridas vencen la nieve y los fuertes fríos dando á sus hojas forma de espinas.

(1) Darwin, *El origen de las especies*, cap. III.

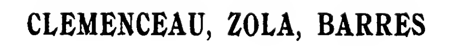
En el hombre, la ley biológica de la adaptación impera con igual rigor. Ha sido el hombre de los últimos que ha llegado á la tierra, por cuanto no se encuentran vestigios de él sino á fines de la época terciaria; estaba manifiestamente mejor preparado que cualquier otro para la lucha por la vida en nuestro globo, no sólo por su adaptabilidad general, sino también por la plasticidad particular de su sistema nervioso central, y es, finalmente, el primer organismo superior que se aproxima al fin teórico de todo ser viviente: la dominación exclusiva del globo, dominación que indiscutiblemente el hombre alcanzará algún día. El hombre ha vencido á los animales feroces, que eran un peligro para su vida. Y luego de ahuyentarles hasta las profundidades de las selvas ó las cercanías de las montañas, ha levantado las ciudades, en las cuales la actividad humana se desarrolla progresivamente. El reino vegetal le pertenece. Y ahora vese empeñado en una lucha sin tregua contra los organismos microscópicos, los bacterios y los coccidos, y trata de destruir los patogénicos y de multiplicar, en cambio, los que le dan provecho, como los sacarómices, que le fabrican la cerveza, ó el bacilo de las raíces de Winograndski, que sabe transformar el ázoe del aire en alimento para las plantas (1).

IV. Las visuales de M. Duvernay—un tanto estrechas—han hecho que vea en esta ley de la lucha por la vida y la selección, que rige la evolución del mundo biológico, una manifestación absoluta, inapelable y cruel, en virtud de la cual el progreso de la especie se produce como un resul-

(1) Nordau, un capítulo de antropología.

tado de la lucha encarnizada de los individuos. No ha llegado á darse cuenta de que ante ese principio de la lucha y la selección se presenta otro, que se va encarnando cada día más, hasta que triunfe definitivamente: el principio de la solidaridad humana. Esto último puede comprobarlo M. Duvernay en el medio que pone en juego sus facultades. Y sabrá—ya que hoy parece ignorarlo—que la asociación atenúa las exigencias y crueldades de la lucha por la existencia.

1909.



CLEMENCEAU, ZOLA, BARRES

Clemenceau, Zola, Barrés

I. Las alternativas de M. Clemenceau.—II. Un cuadro del Luxemburgo.—III. Barrés ante la gloria de Zola

I. Al segundo mes de gobernar el actual presidente del Consejo de ministros, un diario extranjero, sin reticencia alguna, hizo el elogio del personaje en la siguiente forma: «M. Clemenceau es un hombre que afronta sin inmutarse las situaciones más difíciles; prevé los inconvenientes que ciertos actos de gobierno pueden ocasionar, estudia las fuerzas disciplinadas que en momento determinado resulten un obstáculo pasajero ó invencible, y una vez que su sagacidad ha llevado á cabo este examen previo del ambiente y de los hombres, provoca el comentario público, desafía las convicciones del adversario con sus convicciones propias y hace triunfar su fórmula de gobierno, buena siempre por ser ella el fruto sazonado de calmosas reflexiones.»

Los actos, antes de ser ejecutados, sabido es que ofrecen al que medita en ellos los más halagüeños resultados. Pero se olvida en la casi totalidad de los casos esta razón de índole rigurosamente psicológica: todo sufre un cambio notable de naturaleza en el tránsito inevitable de lo ideal á lo real, de lo utópico á lo verdadero, de lo inseguro á lo cierto. Las concepciones mentales en su forma

embrionaria nada representan analizadas en sí mismas; es menester que desciendan á las prácticas de la vida, despojadas ya de ese tul que imprime un sello de belleza á las cosas semiocultas. Hay un crisol, diremos adaptativo, por el cual pasan tanto los hombres como las ideas; si éstas y aquéllos resisten á las exigencias de la adaptación, su triunfo es definitivo. Además, la clarividencia, que no es otra cosa que una sublime quimera para los hombres que ocupan un término medio en el terreno de las especulaciones mentales, conduce á los que abrigan la creencia de poseerla á no pocos errores de consecuencias trascendentales. M. Clemenceau, por ejemplo, ha equivocado de camino en la mayoría de sus actos de gobernante. No porque su actividad desplegada carezca de amplitud ni por faltarles competencia á los hombres que con él colaboran. Simplemente por la razón que vamos á aducir: por su criterio estrechamente individualista, que excluye todo movimiento de opinión.

Las tendencias políticas ó sociales, consideradas en su faz más simple, son hilos conductores de la manera de pensar de un hombre; hombre que pierde su personalidad una vez que entra á formar parte en una colectividad. Pero así como hay tendencias robustamente cimentadas en principios verdaderos, las hay falsas, que flotan en las regiones del artificialismo. Estas últimas existen, no porque el momento histórico imperante favorezca su existencia, sino á impulsos de uno ó más individuos que no viviendo con la época se afanan por hacer preponderar residuos de anteriores estructuras políticas y sociales.

Pero M. Clemenceau no está ni con las tendencias artificiosas, incoherentes y vagas, ni con aquellas que son fiel trasunto de la realidad. El

pretende hacer su política, su costumbre, su medio ambiente. Y esto no se concibe ni en un personaje de novela, porque la más hermosa cualidad del hombre en todos los tiempos ha sido aquella que le ha permitido multiplicar sus energías aceptando la cooperacion inteligente, eficaz y necesaria de otro semejante.

M. Clemenceau declara la guerra al socialismo; encuentra en el colectivismo intransigente la manifestación suprema de la insensatez. Guiado por esta creencia, cuando un gremio obrero proclama la huelga reclamando cincuenta miserables céntimos de aumento en el jornal, ¡el señor presidente del Consejo de ministros envía dos soldados por cada huelguista!...

II. Hay en el museo del Luxemburgo un lienzo admirable; impone á la vez por la sencillez y la severidad que encierra, y es tan viva, tan clara, tan majestuosamente elocuente la impresión que sugiere el símbolo de la obra, que todas las ideas dispersas en el cerebro se unen, se solidifican y estallan en unánime vibración. Se ve una sala atestada de gente, envuelta en la semiclaridad de las lámparas y en la espesa honda de humo que exhalan las pipas. Los ojos de aquellos hombres apiñados salen de las órbitas, como dos mágicas interrogaciones prontas á estallar en una borrasca de rebeldías comprimidas. Los pechos palpitan; bajo de ellos secreto ideal chisporrotea con claridades de esperanzas. Pero las caras de esos hombres... ¡Ah! sí; abonan sendos tratados de filosofía; vense arrugas prematuras en la frente, la palidez de la anemia devorando las mejillas, la incertidumbre del alucinado alcohólico en la mirada, el tedio de una vida sin placeres en los labios

mustios... Y frente á esa multitud de descamisados, que sólo tienen la altivez de sus harapos, un hombre todo gesto y todo fuego en los ademanes habla de una sociedad más justa, en la cual las almas de los menesterosos tan lejos estarán de los crepúsculos como hoy lo están de las auroras... Ese orador es M. Clemenceau colectivista, dirigiendo la palabra á un gremio de obreros en huelga, y es tan viva la expresión de los labios, que bien pueden adivinarse las palabras... Se ve que protesta... Sí; M. Clemenceau colectivista protesta en ese cuadro contra las arbitrariedades de M. Clemenceau conservador...

He aquí las alternativas de los hombres. Bien venidas sean ellas cuando denuncian un paso dado hacia la prosecución de fines generosos; pero en mala hora se produzcan cuando impliquen retrocesos reaccionarios. En este último caso se encuentra M. Clemenceau, que busca los odiosos términos medios en los combates de la lucha diaria.

III. El frío glacial traspasaba nuestros abrigos siberianos. El viento silbaba su triste canción de invierno, azotando los ramajes desnudos de los árboles; los focos de luz envueltos en la niebla densa semejaban ojos siniestros amenazando trágicas venganzas. Los copos de nieve tejían una red finísima, sedosa; á poco andar quedamos blancos en medio de la noche negra.

Los inviernos de París se conjuran en ser eternos. Parece ser éste un cruel castigo á la enorme caravana de desdichados que se esfuerza por no morir. Ahí, en el kiosco de la esquina, atestado de revistas y diarios del día, una vieja esconde mal su hambre, su frío, sus dolencias, bajo los trapos sucios y gastados que irónicamente lleva á modo

de abrigo. La eterna pincelada del dolor sobre las almas, una boca sin pan, unos ojos sin esperanzas, una espalda agobiada... ¡Un cuadro de Millet!

Estas y otras muchas reflexiones fuimos hilvanando hasta llegar al teatro, en el cual M. Maurice Barrés debía pronunciar su conferencia sobre el tema del día: Zola en el Panteón. El interés del tema y la persona del conferenciante llevaron público numeroso. En aquel salón estaban representadas todas las nacionalidades y todas las tendencias: aquí se ve á un nacionalista comentando el último discurso de M. Deroulede; más allá un tendero rechoncho, lector de *Le Matin*, aplaudía el plan de operaciones del general D'Amade; adelante, cerca de la tribuna, dos sindicalistas se ponían de acuerdo para declarar que M. Jaurés desnaturaliza el socialismo y traiciona la causa obrera, y por sobre esa multitud compacta, heterogénea, por sobre ese torbellino de gesticulaciones epilépticas, en el mar de fondo de esas pasiones que van, que vienen, que se encuentran, que estallan, se destacaban como esfinges las siluetas de los Gorkis perseguidos. Pálidos, demacrados, sintetizando los dolores más intensos, tienen los rusos, no obstante esto, unos ojos apacibles... ojos que semejan la mar tranquila, en la que navega la intrépida barquilla del ideal con sus velitas blancas como la espuma, henchidas por el viento y besadas por el sol.

M. Barrés, con paso mesurado, avanza en la tribuna. El, mejor que nadie, sabe que el público no le responde unánimemente; pero como fué uno de los primeros en devorarse el libro de Gustavo Le Bon sobre el alma de las multitudes, sabe también que en esas ocasiones valen más los gestos ásperos que las expresiones dulces. De las comisu-

ras de los labios nace una sonrisa, en la que van mezclados el desdén, la fiereza, el orgullo, la vanidad, el odio, el agravio sin límites. Cuando empieza á hablar, su voz es apenas un murmullo imperceptible, y luego, lentamente, va ascendiendo en la escala de los sonidos hasta que remacha el párrafo en un grito sordo. Pero con no poca frecuencia el hombre hace sus puntos y aparte con tal desafinamiento en la voz, que hace estremecer bruscamente como cuando nos entra una pajita en los oídos...

¿Qué dice Maurice Barrés en su conferencia? Que Emilio Zola descendió hasta los bajos fondos de la sociedad, para enseñarnos después las infamias de ciertas vidas; que fué el albañil mejor remunerado de todo París; que pasó las horas, los días y los años con un tonel de vino, pues únicamente un borracho como Zola pudo haber presentado las nítidas escenas de *L'Assommoir;* que su sensualidad conmueve las cenizas de los castos, prueba de ello son las páginas de *Nana;* que sus personajes escaparon ó de los manicomios ó de las cárceles: Rougon, Macquart, Santiago y Severina en *La bestia humana;* Máximo y René en *La ralea;* ladrones como los que figuran en *El dinero;* artistas mediocres y corrompidos en *La obra;* frailes apóstatas en *Lourdes;* y un traidor á la patria que calumnia al ejército vilmente en *La débâcle;* y un iluso que habla de sociedades futuras en *Trabajo;* y un enemigo de la religión y de la familia en las páginas infamantes de *Verité.*

Uno de mis acompañantes, cierto joven cuyas aficiones han estado siempre lejos de la literatura, me pregunta con el más gracioso tono de ingenuidad: «¿Quién es este señor Barrés? ¿Cuál es su ocupación?» Tan extraña, á decir verdad, me pareció la

observación, que vacilé antes de contestar... «¡Oh! ¡oh! ese señor Barrés es personaje de alta popularidad en el mundo de la política como en el de las letras.» Y cuando una más ó menos atinada asociación de ideas me permitió formular algunos juicios, hablé en la forma que sigue: «Lea usted *Le jardin de Berenice* si desea recoger impresiones delicadas; verá usted cómo al espíritu le crecen alas y remonta vuelo muy alto; todas las páginas son intensas, todos los capítulos son síntesis de vida, toda la obra, en fin, constituye la más refinada manifestación artística. El lenguaje tiene la flexibilidad de las cañas y es suave y cristalino como un hilo de agua. Hay en él el concierto de las palabras; rítmicamente se suceden á manera de sonidos en una mágica orquestación...»

Y al esperar del amigo una señal de aprobación, descubrí en sus labios la sonrisa de la incredulidad, amargamente reveladora de múltiples conjeturas: ¿ese hombre es un artista? ¿y en dónde están los refinamientos con los cuales manifiesta la superioridad de su cultura? ¿cuál es el ritmo de las palabras y cuál la elevación moral é intelectual en los conceptos vertidos? No, no; en la oratoria de M. Barrés hay expresiones de un eructo después de una mala digestión. M. Barrés, seguramente animado por la idea de que esa noche conferenciando sobre la obra literaria de Zola se salvaría para siempre de la bilis que lo envenena, no titubeó para presentarse en semejante papel. Pero fracasó felizmente: la crítica de M. Barrés ofrece, por cada grano infinitesimal de buen sentido, mil granos incoloros y sucios, en los que campea el absurdo. Inconscientemente, con todas sus diatribas dichas en el argot muy digno del más afamado «apache» de Montmartre, confirmó la glo-

ria de Zola sobre la base sólida, irreductible en la cual se yergue.

Vengan palabras duras, gestos ásperos, remolinos de pasiones obscuras como las noches de las almas en las cuales fermentan los odios, y servirán hoy, mañana y siempre de cimiento para la gloria. Las olas para que sean olas es menester que tengan espuma al chocar con el obstáculo de las rocas.

Y las rocas permanecen indiferentes y fuertes ante los ímpetus de la Naturaleza: olas, espuma, viento, marea...

1908.

UNA VISITA A PAUL BOURGET

Una visita á Paúl Bourget

Afablemente, como si tratara á un antiguo amigo, M. Paúl Bourget nos estrecha la mano en su regia mansión de la rue Barbey de Youy. El autor de *Mensonges* es todo lo contrario de lo que imagina el público francés. Aun con su renombre universal, con sus treinta volúmenes traducidos á todos los idiomas, con su indiscutible aceptación en los salones de la nobleza más tradicional, con el sillón que ocupa en la Academia Francesa, es aparentemente un hombre sencillo, afectuoso y hasta tímido en el trato. En París ven en él á un sajón fatuo, sin expansiones, que habla con el tono protector de los que no creen en ningún esfuerzo como no sea en el propio.

—Pase usted... Aquí hablaremos cómodamente de todo lo que usted crea interesante para los lectores de Buenos Aires.

Entramos en un amplio salón amueblado exquisitamente. Sobre la mullida alfombra se perdía el ruido de los pasos. Los ricos cortinados de un celeste muy suave caían en pliegues severos. En la estufa ardían cuatro pedazos de leña salvaje, proyectando una pálida claridad. Por un momento creímos vivir una de las páginas de Bourget. Aquel silencio religiosamente grave incitaba á las abs-

tracciones más dulces. Ese lugar, al que no llegan los ecos de la vida exterior, predispone á las meditaciones más serias y á los desdoblamientos espirituales más profundos. Comprendimos los frecuentes estados de ánimo de Paúl Bourget. ¡Solo, sin ninguna preocupación material, entregado á sus análisis de conciencias femeninas, pesando pasiones, intensificando dolores, resolviendo difíciles conflictos morales, lentamente, plácidamente, sin que lo aguijonee el hambre, como á Balzac, sin que lo persigan los editores, como á Zola, sin que lo torture la locura en acecho, como al pobre Maupassant!

—Aquí paso cuatro meses del año —nos dijo Bourget sentado ante su escritorio Luis XVI, cargado de libros y carillas—. Pero esta vez me ha retenido más tiempo el estreno de *La barricade* en el Vaudeville y las pruebas que corrijo de mi último libro *La femme qui à perdu son peintre*. Sin embargo, me alegra este retardo, pues debido á él tengo oportunidad de recibir por primera vez á un escritor argentino.

Y continuó hablando con tono familiar. Le interesaba mucho el porvenir de Sud-América, aun cuando no había tenido tiempo para estudiar detenidamente cada una de las Repúblicas que la componen. La República Argentina debía ser un país muy rico. Tenía datos muy superficiales. En Pau, en Cannes y en Niza había visto mujeres argentinas elegantes y hermosas. Por otra parte, sus obras daban motivo á que le escribieran desde Buenos Aires señoras y niñas, comentando siempre favorablemente la trama de sus historias de amores desgraciados.

Paúl Bourget, á despecho de su levita londinense y de todo su aire sajón, posee un espíritu pro-

fundamente femenino. Habla con placer, antes que de la civilización de un pueblo, de las mujeres que ha conocido en él. Escribe y vive para ellas. Sabe cómo sienten, cómo piensan, cómo aman, cómo sufren, cómo odian. Comprende mejor el dolor; tiene más sensibilidad para conmoverse ante los grandes desgarramientos espirituales, porque su pesimismo innato lo domina, hasta el punto de no concebir la salud, la dicha, la sonrisa sana. Sus personajes todos son enfermos, desgraciados; llevan en el alma la desesperación, la angustia, la fatiga de vivir. Concibe la virtud en el sufrimiento y la salvación cuando se renuncia á todo. Por esto, siendo Bourget un doctor en medicina femenina, es un doctor terrible, que mata sus enfermos. Receta sombras, dudas, lágrimas; abre las heridas y hace vendajes en las partes sanas. Pero es un médico que tiene un número seleccionado de clientes. Por su laboratorio de psicólogo refinado no desfilan nada más que las condesas y las aristocráticas damas de Francia. Tiene el culto de la seda. Ama el *château* tradicional, el salón desbordando luces, la alfombra de Smirna, el violín que solloza en la terraza frente al mar en noches de primavera; el camino solitario cubierto por los ramajes floridos del parque; el estanque con cisnes purísimos... y siempre su culto va hacia lo que denuncia exquisitez, selección. En ninguna de sus novelas ama ó sufre una mujer del pueblo. En ninguno de sus capítulos se encontrará un andrajo. El grito del hambre no ha llegado hasta él, ó si ha llegado no ha sido lo suficientemente fuerte como para enternecerlo. Por temperamento repudia las clases populares. Encuentra en la miseria mucha vulgaridad, aun en esa miseria que él conoció tan de cerca en los comienzos de su carrera literaria en compañía

de Brunetière y Mirbeau. Yo creo más bien que hay en esto buena parte de egoísmo. Con esa sensibilidad para comprender los grandes dolores, ¿cómo es que Bourget nunca se ha detenido á estudiar los problemas de la época que corre? Si por un momento los estudia, como en *L'Emmigré* y *Un divorce,* es para seguir enalteciendo su clase aristocrática. Cuando resuelve dar entrada al pueblo en sus dramas es para denigrarlo, asomando algo más que egoísmo, asomando un odio concentrado y vigoroso. Con motivo de este drama *La barricade* es por lo que pedimos á Bourget una entrevista. Y he aquí que nos la concedió gustoso, hablándonos extensamente de la tesis que sostiene en la obra estrenada en el Vaudeville.

Nosotros somos adversarios en general de casi todas las ideas de M. Paúl Bourget, sin que esto nos apasione hasta el punto de desconocer su positivo talento. El drama en cuatro actos *La barricade* ha tenido fuera de toda duda *un gros succès*, á pesar de las numerosas escenas un tanto pesadas, escritas con un estilo convencional, que tiene á ratos el vocabulario que caracteriza al melodrama y la seca monotonía de un lenguaje de conferencias. No obstante esto, el público aplaudió calurosamente; pero fué un público que aceptaba las ideas de Bourget, que odia con sus mismos odios, que desborda con sus mismas cóleras, que proclama una «restauración» de la Francia realista y clerical, como medio de salvación de tanta plebe altiva y republicana. Con este drama, el autor de *Le Fantôme* ha querido indignar los espíritus, remover las pasiones, provocar polémicas ardorosas. Ha pretendido dar proféticamente el grito de alarma ante los avances de los sindicatos obreros diciéndoles á los capitalistas:

—Ustedes viven tranquilos, cierran los ojos á la realidad porque la idea del peligro es molesta... Y entretanto el enemigo aprovecha vuestra indiferencia y se organiza. ¡El ejército de los bárbaros está sobre vuestros muros, los sindicatos están á vuestras puertas!

Ante este peligro, incita á la lucha, no importa en qué forma ni valiéndose de qué medios, organizando sólidamente las clases dirigentes, sin conceder ni un favor ni un derecho—aunque justo— á la clase contraria.

El personaje que expresa en la escena las ideas de Bourget se llama Felipe Breschard, hijo de un rico comerciante en muebles. Felipe cree sinceramente en una posible y beneficiosa unión entre patrones y obreros. Sus veinticinco años, que denuncian una juventud fresca y generosa, le inclinan al socialismo, ideas que lentamente le ha ido inculcando Langouet, capataz de la fábrica de su padre. Por un momento cree en la paz social, y considera muy justo que los obreros se reunan en sindicato. Pero después, con más experiencia y con más estudio, Felipe nota los serios antagonismos, las diversas aspiraciones é intereses, hasta que llega á darse cuenta de la imposibilidad de establecer una armonía entre patrones y obreros. A esta altura cambia de ideas y considera que, de triunfar los obreros, impondrían la anarquía; de vencer los patrones, establecerían el orden y la civilización sobre la barbarie.

Tal es la tesis que M. Bourget, siempre con su tono afable, nos expuso con un lenguaje sencillo y elegante á la vez. Nos pidió opinión.

—¿Piensa usted conmigo?

Con mucha altura hicimos las siguientes objeciones. Sin entrar á discutir la tesis, porque ello

nos llevaría á una seria discusión de doctrinas, los hechos que dan motivo á la gran parte de las escenas del drama se resienten con la lógica y en ciertos casos pueden utilizarse en contra del autor. El comerciante en muebles Breschard y el capataz Langouet simbolizan lo que en la vida diaria se conoce por conflictos entre el capital y el trabajo. Estos conflictos, que conmueven el siglo, no son producto de la propaganda que se hace con el libro ó el discurso, si que un resultado de la evolución económica, que ha desarrollado los antagonismos, dando al mismo tiempo á las partes en lucha una conciencia clara de los deberes y derechos. En este drama el fenómeno natural indiscutible se desconoce. Luisa Mairet, que dirige en la fábrica de Breschard el taller que corresponde á las mujeres, se ha entregado á su patrón, más que por una pasión firme y noble, por un sentimiento amistoso y de gratitud. Entre Langouet y Luisa se establece una corriente de afectos sólidos. La huelga que estalla no surge de una necesidad colectiva, sino que es fruto del odio y de los celos amorosos del capataz. Cuando Breschard rechaza coléricamente á sus obreros que reclaman un aumento de jornal, no toma esa actitud resuelta por sentirse herido en sus intereses de capitalista; lo hace después de haber sabido de labios de Luisa que éste ama á Langouet. Los dos casos, la huelga y la resistencia del patrón, son producidos por recíprocos sentimientos de odio y celos amorosas. Esto será dramático, pero no es la verdad.

La arbitrariedad de los asuntos se sucede sin interrupción. Breschard es presentado como un modelo de patrón, que trata afablemente á sus obreros, que les paga los salarios más altos y que siempre ha procedido con justicia en todos los conflic-

tos. Si en esa ocasión los obreros han declarado la huelga, ha sido á instancias del «canalla» Langouet y no por una necesidad sentida. Le atribuyen al capataz indignos propósitos de venganza al saber que en la casa existe una demanda de trabajo á plazo fijo por valor de 400.000 francos. Al desertar los obreros es inminente la ruina de Breschard. Pero he aquí que el obrero Gaucheron odia el sindicalismo de sus camaradas, y resuelve salvar en cualquier forma á su patrón. Con este motivo se instala clandestinamente en un convento desalojado, y en compañía de otros obreros que antes no tenían ocupación se pone á trabajar ardorosamente. Los huelguistas se enteran de la traición, y conducidos por Langouet atacan el taller. Gaucheron, indignado, sale á la puerta revólver en mano, resuelto á morir por la libertad del trabajo, que él simboliza. La multitud retrocede y guarda silencio, pero un obrero llamado Thubeuf lanza la idea de quemar el taller. La multitud clama por el incendio y prepara los tarros de petróleo. Cuando llega el momento de la acción nadie se anima, y Langouet, que rechaza tales manifestaciones de violencia, resuelve quebrantar sus convicciones y acepta toda la responsabilidad del acto. Pero en ese momento llega Luisa, se interpone y evita la catástrofe.

Esta escena del tercer acto, fuerte, que es á mi juicio la más movida, nos la leyó Bourget, resonando sus palabras suaves en la suave quietud del ambiente:

LOUISE, *dans un cri*

Langouet!

LANGOUET, *il lâche son tison de saisissement.*

Qu'est-ce que vous faites ici, vous?

LOUISE

Et vous, Langouet? Qu'est-ce que vous alliez faire?

LANGOUET

Ce que je vais faire? je vais fiche le feu à tout ça... *(Riant avec férocité.)* Ah! vous venez au rapport, comme tous les jours. On vous en fait faire, un joli métier!... Hé bien!... Courez dire au patron que ses meubles flambent, qu'il est ruiné, le patron! Vous pourrez avertir la police en route. Elle arrivera trop tard.

(Il va pour reprendre le tison. Pendant ce mouvement, Louise se jette entre lui et le tas de débris, pour lui barrer le passage.)

LOUISE

Non, Langouet, vous n'allez pas faire ça!... Vous ne le ferez pas. Il ne faut pas que vous le fassiez!

LANGOUET, *menaçant, le tison à la main.*

Vous croyez que vous allez m'en empêcher, vous?

LOUISE, *elle s'élance et lui arrache des mains le tison qu'elle jette par terre, en poussant un cri de douleur. Elle s'est brûlée.*

Ah!

LANGOUET, *qui va pour ramasser le tison sur lequel elle met son pied.*

Prenez garde! Vous vous êtes brûlée. Vous vous êtes blessés?...

LOUISE, *souriant avec des larmes et se frottant les mains.*

Qu'est ce que cela me fait d'avoir mal, si seulement vous comprenez!... J'ai rencontré la mère Gaucheron. Elle m'a dit: Langouet et les grévistes marchent sur l'atelier... Je ne sais pas ce qui s'est passé en moi... Je n'ai eu qu'une idée: Qu'est ce qu'il va faire?... Je vous ai vu vous battant, tuant quelq'un peut être, et après les agents, l'arrestation, la prison, le reste... Alors, ça a été plus fort que moi. J'ai couru... Je ne veux pas qu'on vous arrête, que vous alliez en prison. Je ne veux pas que vous ayez commis un crime. Je ne le veux pas.

LANGOUET

Vous appelez ça, un crime? Moi, je l'appelle, un devoir... Et puis, quand ce serait un crime, quand on m'enverrait en prison, aux assises, au bagne... Qu'est-ce que ça peut bien vous faire, à vous?

LOUISE

Mais si ça ne me faisait rien, est-ce que je serais venue pour être insultée, méprisée! Je le savais bien, que vous m'insulteriez, que vous me mépriseriez. Mais pourquoi? Pourquoi?

LANGOUET

Parce que vous êtes la maîtresse de Breschard.

LOUISE

Eh bien, oui, je suis sa maîtresse, oui.

LANGOUET

Vous voyez bien que votre place n'est pas ici! Retournez donc chez votre amant!

LOUISE

Non, ma place est ici, près de vous, pour vous empêcher de vous perdre, pour vous sauver.

LANGOUET

Laissez-moi.

LOUISE

Non, je ne vous laisserai pas, parce que... Ah! tant pis, cela m'étouffe depuis trop longtemps, parce que je vous aime.

LANGOUET

Vous m'aimez?... Moi?... Vous?... *(Il la regarde, marche sur elle et, sauvagemente, la prend dans ses bras.)* Ah! Louise!... *(Leurs bouches, s'unissent et, plus sauvagement encore, se détachant d'elle.)* Non, non! Laisse-moi!... Je vois l'autre!

(Il se laisse tomber sur un banc, la tête dans ses mains.)

LOUISE

Je ne peux pas effacer ce qui a été. Je ne pourrai jamais!... Je l'ai compris tout de suite quand j'ai commencé à vous aimer. Ça été le premier jour que je vous ai vu. Je venais d'arriver à l'atelier. Vous êtes entré, vous m'avez causé. Vous m'auriez dit de partir avec vous, je vous aurais suivi. J'ai comoris que, jusqu'à ce moment, j'avais cru aimer, et que ie n'avais pas aimé... Ou'est ce que vous voulez? On a vingt ans. On est jeune. Ah! si on savait!... On ne sait pas. On se laisse prendre... Tout de même, j'aurais dû vous attendre... Que je t'ai aimé, dès le premier jour!

LANGOUET

Mais comment voulais tu que je devine?... Moi aussi, dès que je t'ai vue, je t'ai aimée... Je me rappelle: tu étais à ton métier, qui travaillais, avec tes veaux cheveux que tu relevais quelquefois, comme tu fais. Tu étais si jolie! Tu avais un air si doux, si vrai!... Je suis entré, ce jour là, je me souviens, en me disan: «Comme ce serait gentil, si elle était ma femme! On reviendrait ensemble, le soir, après le travail. Elle serait là, qui irait dans la chambre, pendant que je lirais. Je la regarderais. Comme on serait heureux!...» Je t'ai revue, et, chaque fois, je t'ai aimée plus. Et plus je t'aimais, moins j'osais te parler... Et puis, j'ai su ce qu'il y avait... Ah!... Ce que j'ai souffert, moi, aussi! Ce que je l'ai hai, cet homme! Moi, qui, avant, n'avais jamais connu la haine. Mon socialisme, c'était le rêve du bonheur pour tous, c'est ça qui m'a appris la colère. Ce que je t'ai détestée, toi aussi... Toi!... C'était le plus dur, parce que je t'aimais en même temps, et plus j'étais mauvais avec toi, plus je t'aimais. Ah! quand je pense à ce qui aurait pu être, je suis trop malheureux!...

LOUISE, *se jetant à genoux devant lui*

Puisque je t'aime et que tu m'aimes, ne le sois plus malheureux! Nous avons été tous deux bien misérables. Je ne regrette rien, à cause de cette minute. Rien. Tout est payé, tout est effacé, puisque tu m'aimes, puisque tu me l'as dit, puisque tu m'as laissé te dire que je t'aime! Je t'aime! Je t'aime! Répète-le moi, aussi toi, que tu m'aimes. Dis-moi: «Je t'aime!»

LANGOUET

Oh! Oui! Je t'aime.

LOUISE

Ah! C'est comme si j'avais fait une longue maladie, et que je me sente tout à coup guérie. Ne pleure pas, mon aimé! Regarde-moi, souris-moi! Je passerai toute ma vie à te faire oublier ce que tu as souffert, à cause de moi. Et tu l'oublieras. Il n'y aura plus de passé. Il n'y en a déjà plus pour moi. Ce rêve, que tu avais fait, tu le vivras. J'habiterai avec toi. Viens, je ne te quitterai plus. J'ai toutes tes idées, vois-tu, toutes. Je te jure que ta foi est la mienne, que je suis avec ceux de ma classe. Tu verras. Les livres que je lis, depuis deux ans, ce sont les mêmes que toi. Je voulais, sans penser comme toi, tant te comprendre! Je t'admirais tant. Je sentais si bien que tu luttais pour le peuple, et j'en suis du peuple, et j'aime à en être, puisque je t'aime... Viens, viens!

LANGOUET, *passant ses mains sur son front et comme se réveillant*

Non, c'est impossible. Il est trop tard.

(Ils se relèvent tous les deux.)

LOUISE

A cause de ce qui a été? Tu ne me pardonnes pas?

LANGOUET

A cause de ce qui va être. *(Sombre.)* Ça devrait déjà être fini.

LOUISE

Comment? Tu veux...

LANGOUET

Faire ce que j'ai promis aux camarades. Oui.

LOUISE

Mais, je ne veux pas, moi. Mais tu es à moi, je suis ta femme, maintenant. Tout-à-l'heure, quand je te suppliais, c'était pour toi. *(Le prenant dans ses bras avec passion.)* C'est pour moi, maintenant. Tiens, je t'emmène.

LANGOUET, *se débattant contre son étreinte*

Pour qu'ils disent de moi, que je suis un lâche?

LOUISE

Ils sont bien partis, eux! Pourquoi ferais-tu, toi, ce qu'ils n'ont pas voulu faire?

LANGOUET

Parce que c'est nécessaire pour la cause, parce que je leur ai dit que je le ferais.

LOUISE

Mais nous ne les verrons plus... Nous nous en irons... Nous passerons en Angleterre, en Amérique... Nous serons tout l'un pour l'autre... Pense donc, si tu étais condamné pour la vie, à cause de cela?... Alors, je te perdrais, après t'avoir trouvé enfin... Non, tu es mon homme. Je suis ta femme. Je veux te garder! Tu n'as pas le droit de faire ça. Tu ne le feras pas! Tu ne le feras pas...

(Elle l'embrasse.)

Las arbitrariedades continúan. Langouet, que se ha unido á Luisa definitivamente, no es recibido en ninguna fábrica. Pero Gaucheron, campeón de la libertad del trabajo, consigue de Breschard un pequeño capital, funda una cooperativa obrera (?) y acoge á Langouet en su establecimiento.

Al insistir nosotros en la falta de veracidad de tales actos, que sin mayor discusión se comprueban, Bourget nos interrumpe y dice:

—*Dans la guerre des classes, chacun doit marcher avec les sieus, lutter de son côté de la barricade, que toute defaillance, toute complaisance de sentiment ou d'intelligence vis à vis de la classe ennemie, est l'acte d'un transfuge et d'un traître.*

Muy bien. ¿Y por qué Gaucheron, á quien se presenta como un defensor de la libertad del trabajo, odia los sindicatos obreros, que luchan por sus intereses? Si en la guerra de clases cada uno debe marchar con los suyos, ¿por qué Gaucheron traiciona á sus camaradas? Felipe Breschard, siendo socialista, traicionaba los intereses de su padre, y lógicamente cambió de filas. Luisa Mairet da un ejemplo hermosísimo al entregarse á Langouet, porque en esta forma entra nuevamente en su clase. Pero Gaucheron, ese Gaucheron que pone en la calle á todos sus compañeros, ¿no es en buenas palabras un traidor vulgar?

—*Gaucheron*—nos dice Bourget—*est le champion de la liberté du travail; il représente la revolte de l'ouvrier libre contre la tyranie syndicale.*

Evidentemente, Bourget va contra su propia fórmula y cae en la secta. Esto lo pensamos sin manifestárselo, por no herir sus convicciones ni ser ingratos con su amable y franca hospitalidad. Esa tiranía sindical es una consecuencia de la organización. Pero está bien claro; M. Bourget acepta

todo lo que perjudique á los obreros, así, la tiranía de los sindicatos patronales. *La barricade* es un drama ilógico; los principios que sostiene son falsos; la parcialidad en ciertos momentos subleva, como ante ese canalla Gaucheron, para quien uno siente deseos de trepar á la escena y abofetearle. M. Bourget desconoce en absoluto el ambiente de su obra; no ha tenido tiempo de vivir la vida complicada del pueblo para sentirla, para asimilarla, para quintaesenciarla, de modo que nada falsee las interpretaciones de los personajes. M. Bourget será un excelente novelista de toda la nobleza del faubourg Saint-Germain, que espera ansioso la llegada del príncipe Felipe de Orleans; seducirá hasta el enternecimiento á las pálidas condesas en desgracia y quitará el sueño á todas las *jeunes filles* de Francia que furtivamente, en lugares secretos, leen emocionadas los tentadores adulterios de sus matrimonios aristocráticos.

Un péndulo antiguo dió melancólicamente las horas. Eran las seis. M. Bourget nos acompañó hasta la escalera, y con la sonrisa afectuosa de siempre nos estrechó fuertemente la mano.

25 de Febrero de 1910.

LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA

La restauración nacionalista (1)

Mi querido Rojas: Esta carta disonará con las que comúnmente se escriben en Buenos Aires con motivo de los libros que se publican. Cartas melosas en adjetivos de alabanzas, en las que campea una intención manifiesta de agradar, ó en la mayoría de los casos una condenable ausencia de sinceridad. Usted bien sabe cómo se escriben esas cartas: media hora después de haber criticado duramente la obra en cuestión.

Con gran ansiedad he esperado su libro *La restauración nacionalista,* desde el día que usted me lo anunció aquí en París. Ansiedad, porque sólo conociendo su faz de poeta delicado, no podía—en ninguna de mis abstracciones—imaginarle escribiendo informes sobre educación. Cuando llegó á mis manos el respetable volumen de quinientas páginas, recién entonces me convencí: Rojas, el que cantara á *La victoria del hombre* en estrofas juveniles y fuertes; sanas, de una admirable salud espiritual, porque en todas ellas triunfaba el más

---

(1) Informe sobre educación presentado al Ministerio de Justicia é Instrucción Pública de la República Argentina por el señor Ricardo Rojas. Buenos Aires, 1909, un vol. de 500 páginas.

generoso optimismo; sinceras y altruístas, porque en aquellas páginas á cada paso, entre el remolino de imágenes bellas, surgía siempre el gran grito de la humanidad que sufre, sueña, ama y muere de dolor; Rojas, que luego en prosa elegante y rica nos enseñara á amar la selva, esa selva misteriosa que protegió su cuna... firmaba después de un viaje oficial por Europa el extenso informe sobre educación que ha conquistado casi unánimemente el beneplácito de la crítica argentina.

Usted, como Lugones con *El imperio jesuítico*, ha querido ser algo más que poeta. Ha querido demostrar la extraña dualidad de un espíritu severamente científico, animado al mismo tiempo de una profunda sensibilidad. Créame; usted no ha conseguido eso. Su libro no denuncia un espíritu científico; todo lo contrario, él denuncia á un poeta, á un noble poeta consultando obras de ciencia, para escribir luego forzada y apresuradamente un informe sobre educación. El poeta subsiste siempre, aun dentro de la aridez del tema que trata. Esto se puede comprobar con mucha frecuencia cuando usted, para salvar la monotonía de tantas definiciones y de tantas citas de autores, deja renacer las fulguraciones de su lirismo innato. Así, en las páginas 68 y 69, en lo más intrincado de la disertación, esa nota admirable que he leído con entusiasmo á propios y á extraños y que me permito hacerle recordar... «Yo no he comprendido tampoco esa formidable mística española, ascética y guerrera á un solo tiempo, resorte de la Historia de España, médula de su estirpe, flor de su espíritu, sino en medio de la cenicienta y ancha llanura de Castilla, cuya emoción la sugiere bien clara al pensamiento y á la voluntad. En Medina del Campo, desde la torre ya derruída del castillo de la Mota,

donde murió doña Isabel la Católica, yo he visto pasar, bajo el cielo alto y diáfano, sobre esa tierra trágica, formando uno con ella, las lógicas figuras del *Quijote* y la caballería, de Santa Teresa y la Inquisición, de Velázquez y su pintura, de Quevedo y sus letras, de Hernán Cortés y la conquista de América, la mística y la picaresca, su cielo y su tierra sintetizándose en figuras heroicas.»

Pero lo que más me interesa son sus arremetidas para quien haya puesto en duda los beneficios que reporta la enseñanza de la historia. Y veo, no sin cierta extrañeza, que en su pretendida refutación á Spencer incurre en varias ligerezas, que le iré señalando ordenadamente. Al relatar las disputas de los enemigos de la Historia «como ciencia y como asignatura escolar» y de los fervorosos partidarios de ella, quiere usted asumir una actitud de imparcialidad señalando las exageraciones de las dos escuelas. Su actitud ante el lector supone que esgrimirá usted un novísimo concepto histórico al calificar con tanta independencia de «espíritus unilaterales y no siempre comprensivos» (1) á los empeñados en tan reñida contienda. Pero muy pronto, en la página siguiente, observo que su independencia desaparece, que su parcialidad se acentúa y que se ubica francamente en la legión de los que rompen lanzas por una entusiasta y amplia enseñanza de la Historia.

Me limitaré por ahora á probar que usted no consigue refutar victoriosamente á Spencer. Afirma usted que la Historia no es ni puede ser una ciencia, porque la ciencia requiere *hechos* y la Historia carece de ellos, hasta el punto de que no se ha podido establecer aún una sola ley sobre la ci-

(1) *La restauración nacionalista*, pág. 26.

vilización (1). La historia posee *hechos*, y tan importantes, que el mismo Spencer, valiéndose de ellos, ha establecido sobre la sociedad la ley más general que fija la transformación de lo homogéneo en lo heterogéneo, como base esencial sobre la que reside el progreso. Esa transformación se ha comprobado en el progreso de cada nación, siguiendo la marcha evolutiva de la sociedad, desde su forma primera y más íntima cuando la constituyen un agregado homogéneo de individuos que tienen iguales poderes y funciones, hasta presentarse tal como es hoy, en una comunidad civilizada donde cada uno de sus miembros cumple diferentes actos para cada uno de los demás (2). ¿Cómo dentro de la Historia misma, sin grandes *hechos* luminosos—fuera de la evolución del organismo social—, ha podido establecerse la evolución de todos los productos de la acción y del pensamiento humanos, sean concretos ó abstractos, reales ó ideales? (3). ¿Cómo, con qué datos capaces de hacer de la Historia una ciencia, se ha podido establecer la evolución del lenguaje, desde la interjección, su forma más baja, hasta la estupenda multiplicación gradual de las partes de la oración, á partir de las primarias; en las diferenciaciones de los verbos en activos y pasivos, de los nombres en abstractos y en concretos; en la aparición de distinciones de modo, tiempo, persona, número y caso; en la formación de verbos auxiliares, de adjetivos, adverbios, pronombres, preposiciones, artículos; en la divergencia de estos órdenes, géneros, especies y variedades de las partes de la oración, por las que las

(1) *Ob. cit.*, pág. 27.
(2) Spencer, *El progreso.*
(3) Idem, ídem.

razas expresan las pequeñas modificaciones de significado? (1).

Afirmar que aun no se ha dado una ley de la civilización equivale á desandar un enorme camino ya recorrido, perdiendo lastimosamente tiempo y energías. Y no continúo en esta disertación, apoyado siempre en Spencer para encubrir de respeto mis afirmaciones, porque daría á esta carta proyecciones que no deseo darle.

El caso es que la Historia, al poseer tan gran cúmulo de hechos, está en condiciones de aportar beneficios muy serios á la ciencia social. Usted no cree en esto, lo declara categóricamente: la Historia no puede ni debe ser una ciencia. Yo atribuyo esto á que usted ama las cosas establecidas y no las que están en vías de formación. Y hago esta deducción recordando las palabras con que define la Sociología, «ciencia un tanto híbrida, como el vocablo con que Augusto Comte la bautizara» (2). No obstante su desdén por el «hibridismo» de la Sociología, Spencer ha probado que la única Historia seria será la que contribuya á su engrandecimiento. Y como usted, para facilitar la argumención—según creo—, cita del pensador inglés un párrafo que luego cómodamente levanta con la siguiente afirmación: «advierto nuevamente que esos cargos se refieren á la historia militar y dinástica, que entonces privaba en las escuelas inglesas» (3), yo insertaré en esta carta la página de Spencer que usted ha omitido, no sé por qué razón:

«...Lo que nos interesa realmente conocer es la *historia natural* de la sociedad. Necesitamos saber

(1) Spencer, *ob. cit.*
(2) Rojas, *ob. cit.*, pág. 27.
(3) Idem, ídem, pág. 29.

todos los hechos capaces de mostrarnos cómo una nación se ha formado y organizado. Inclúyase entre estos hechos la historia de su gobierno, en la cual se debe hacer mención del menor número posible de anécdotas y pormenores acerca de los hombres que hayan ejercido ese gobierno y del mayor número de detalles acerca de su constitución, de sus principios, de sus procedimientos, de sus prejuicios y de la corrupción que acusara; y en este cuadro ha de incluirse, no sólo lo que se refiere á á la naturaleza y organismo del gobierno central, si que también cuanto respecta á los gobiernos locales, hasta en sus últimas subdivisiones. Trácese á la vez, y esto no había necesidad de decirlo, una descripción paralela del gobierno eclesiástico, de su organización, su conducta, su grado de poder, sus relaciones con el Estado, y al mismo tiempo del ceremonial, del culto, del *Credo*, de las ideas religiosas, así de aquellas en que nominalmente se ha creído, como de aquellas en que se ha creído de verdad y han dirigido la conducta de los hombres. Conozcamos igualmente cuál ha sido el dominio ejercido por ciertas clases sobre otras, de lo que dan testimonio los cumplimientos sociales, los títulos, las salutaciones, las fórmulas empleadas en las cartas y en los discursos. Conozcamos también los usos populares establecidos entre las personas de una misma familia y entre las extrañas, sin excluir los que se refieren á las relaciones entre ambos sexos y á las de los padres con sus hijos. . . . . .

. . . .

»El cuadro de los distintos siglos debe disponerse de modo que se vea cómo se modifican las creencias, las instituciones, los usos y las leyes y *la armonía de un edificio se funde en la armonía de otro edificio que le sucede.* Este es el conocimiento del

pasado que puede ser útil al ciudadano para dirigir su conducta. La única historia con valor práctico podría denominarse *sociologia descriptiva,* y el servicio más importante que el historiador puede prestarnos, es referir la vida de las naciones, por tal manera, que nos proporcione elementos de *sociología comparada,* á fin de determinar las leyes fundamentales de los fenómenos sociales» (1).

¿Cree usted que estos cargos van únicamente contra la historia militar y dinástica? ¿Cabe la interpretación que usted da cuando Spencer declara: «*la gran masa de los hechos llamados históricos» son hechos de los que nada puede deducirse; hechos no susceptibles de organización?*

Este era un punto que deseaba tratar con la independencia que debe exigir de los críticos un escritor del talento de usted. En cuanto á los capítulos que tratan de la enseñanza de la Historia en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España, nada tengo que decirle, puesto que eso va directamente á despertar el interés de los profesionales en la materia. Pero antes de terminar, confiado como hasta ahora en su nobleza de espíritu, al que no hace daño la crítica que no «corona», me permitiré hacer algunas consideraciones sobre la vieja doctrina nacionalista que usted defiende con una sana intención y un entusiasmo plausible.

No he de decirle *petit Deroulede,* como cierto pasquín de arrabal porteño, porque á más de pecar por mal gusto, ofendería su honradez intelectual insospechable. Simplemente he de señalar mi disidencia en cuanto á la manera que usted ha planteado el ideal nacionalista. Como argentino—no tan puro como usted, porque por mis venas corre

(1) Spencer, *Educación moral, intelectual y física.*

buena parte de fuerte y noble sangre alglosajona— acepto entusiastamente el nacionalismo en el sentido de «crear» una nueva nacionalidad, de forjar un «nuevo» espíritu argentino, de extirpar toda influencia extranjera, aun la española, que conceptúo nefasta, como madre de la gran mayoría de nuestros vicios. Yo no creo que se pueda restaurar nada de nuestro pasado. Yo no creo que deba fomentarse el culto de nuestras tradiciones, porque con una sola evocación de esta naturaleza ha de levantarse un manto de sombra, de confusión y de angustia en la ruta que tracemos. Y aun cuando usted manifiesta claramente que su ideal nacionalista «no preconiza una restauración de las costumbres gauchas, que el *progreso* suprime por necesidades políticas y económicas, sino la restauración del espíritu indígena que la *civilización* debe salvar en todos los países por razones estéticas y religiosas»; aun cuando usted declare que restaurar *el espíritu tradicional* no significa, desde luego, que (1) restaurar sus *formas* económicas ó políticas ó sociales, abolidas por el proceso implacable y lógico de la civilización; aun cuando usted asegure que no reharán en el ejército la montonera, ni en el gobierno el caudillismo, ni en las comunicaciones la carreta, ni en las viviendas el rancho, ni en la indumentaria el chiripá, ni en el trato social el odio al «gringo» de pantalón estrecho y cuadriculado (2), su *restauración nacionalista* implica amar todo eso, ya que constituyen nuestra tradición lamentada por el olvido en que han caído. Esa y no otra cosa es *el espíritu tradicional*: la montonera, el caudillismo, el arbitrismo sin res-

(1) Rojas, *ob. cit.*, pág. 358.
(2) Idem, ídem, pág. 467.

tricciones, el fetiquismo personal, la sumisión del negro, la falsedad del mulato, la indolencia y rapacidad del indio. Hoy mismo palpamos en el pueblo la sumisión, la escasa mentalidad, la desorientación moral, la intriga de las camarillas, el negocio político, la indiferencia ante las cosas establecidas y ante las tentativas innovadoras.

Pero lo que me entristece verdaderamente, es ver cómo en los desbordes de su entusiasmo nacionalista atribuya estos vicios que acabo de señalar á la influencia creciente del cosmopolitismo, que ha traído la venalidad electoral, haciendo perder á la política criolla su belleza romántica (1). ¿Pero es que las prácticas venales de nuestros comicios no son puramente españolas? ¿Acaso no hemos heredado de España el espíritu fraudulento, el espíritu de favoritismo, la intención manifiesta de ahogar cualquier esfuerzo legítimo con procedimientos desleales? La truhanería del pícaro que se manifestó siempre en nuestros grandes caudillos, ¿no es netamente española, tan española que provocara la literatura picaresca del siglo XVII con el *Lazarillo* y *El gran tacaño*? Señala también usted como consecuencias del cosmopolitismo la adulteración de nuestro idioma nativo con la incorporación de un sinnúmero de vocablos «que designan siempre tipos de cobardía, de degeneración, de corrupción morales» (2).

Yo tenía entendido que todos los pueblos, aun los que poseen una nacionalidad sólidamente forjada, ofrecen en su idioma popular palabras que también designan «tipos de cobardía, de degeneración, de corrupción morales». Si usted hubiera estudiado

---

(1) Rojas, *ob. cit.*, pág. 92.
(2) Idem, idem, pág. 409.

do algo más que el inglés académico de los libros que cita y de las conversaciones que debe haber oído en los *Boarding Houses* de Londres, habría encontrado en el idioma popular expresiones más fuertes y más innobles que *barra, estrilo, «¡Andá, bañate!» «¡A mí con la piolita!»* Pero esa expresión *¡Andá, bañate!*, que según usted ha tenido en Buenos Aires un éxito alarmante, es análoga en el significado, aunque menos higiénica, á esta otra tan popular en España: *¡Anda, que te den morcilla!* Y si buscara vocablos semejantes en el francés, que ennobleciera Hugo y suavizara Verlaine, podría llenar buen número de carillas. Sin embargo, no dejaré de citar algunas que las debe haber oído más de una vez en su paseo por aquí: *je m'en fous pas mal! je m'en fiche pas mal! me foutre la paix!* La traducción la reservo para otra oportunidad.

En el *Apéndice* de la obra (1) encuentro una «lista de nombres geográficos tradicionales que han sido suprimidos por sanción legislativa». Al protestar usted por el cambio de ciertos nombres geográficos, como Mar del Plata, Mar Chiquita, Ajó, Miramar, Sauce-Corto, etc., por los de General Pueyrredón, Coronel Vidal, General Levalle, General Alvardo, Coronel Suárez, etc., respectivamente, cae usted en una contradicción evidente cuando en el capítulo VII, al exponer las bases para una restauración histórica, declara que la historia no se enseña solamente en la lección de las aulas; *el sentido histórico,* sin el cual es estéril aquélla, se forma en el espectáculo de la vida diaria, en la nomenclatura tradicional de los lugares, en los sitios que se asocian á recuerdos heroicos, en los restos de los museos y hasta en los monu-

(1) Rojas, *ob. cit.*, pág. 501.

mentos conmemorativos, cuya influencia sobre la imaginación he denominado *la pedagogía de las estatuas*» (1). ¿No cree usted con igual acopio de razones en *la pedagogía de los nombres históricos*, aunque esa nueva nomenclatura se parezca más á un escalafón militar? En cuanto á los nombres que designan poblaciones en el territorio de la República, tales como Holmberg é Ingeniero White, ubicados injustamente en la larga serie de nombres que no dan razón de existencia, si usted propone que se supriman, no olvidará los de Pellegrini, Rawson, Canning, Billerighurst, de personajes que han nacido en la Argentina ó han luchado simplemente por su engrandecimiento futuro. Esto no puede pesar mayormente en mi argumentación, pero no los desdeño, porque me permiten señalar su excesiva pasión nacionalista en un país que debe todo á Europa: hijos ilustres, civilización y riqueza.

Yo entiendo el nacionalismo en otra forma. Creo que iremos hacia él—todos los argentinos—lentamente, lógicamente, cuando la evolución haya marcado toda la ruta que debemos seguir hasta esa inevitable heterogeneidad orgánica que hemos de conquistar nosotros como la han conquistado todos los pueblos de la tierra. Creo igualmente que en la República Argentina, hoy por hoy, se cumple la rigurosa ley del determinismo económico, y que la dolorosa anarquía de ideales es una consecuencia del período complicado de una sociedad que aun no puede tener sólidamente su estructura económica, base de todo progreso moral, de todo refinamiento espiritual. Y cuando esta ley se cumpla, la raza argentina surgirá fuerte, como resultado de una

(1) Rojas, *ob. cit.*, pág. 357.

hermosa y amplia refundición de sangres, de ideas, de pasiones, de iniciativas y de triunfos.

Esto es lo que quería decirle, mi querido Rojas, á mi modo, llanamente, sinceramente, con mi natural aspereza sajona y mi loco entusiasmo latino. Vaya, pues, la carta, en la seguridad de que su gran espíritu no ha de turbarse ni un solo instante.

Sabe usted cuánto le estima,

RICARDO SÁENZ HAYES.

París 16 de Febrero de 1910.

PROPÓSITOS LITERARIOS

Qu'est-ce qu'un livre? Une suite de petits signes. Rien de plus. C'est au lecteur à tirer lui-même les formes, les couleurs et les sentiments auxquels ces signes correspondent. Il dépendra de lui que ce livre soit terne ou brillant, ardent ou glacé. Je dirai, si vous préférez, que chaque mot d'un livre est un doigt mystérieux, qui effleure une fibre de notre cerveau comme la corde d'une harpe et éveille aussi une note dans notre âme sonore. En vain la main de l'artiste sera inspiré et savante. Le son qu'elle rendra dépend de la qualité de nos cordes intimes.

(ANATOLE FRANCE, *Le Jardin d'Épicure.*)

(Las páginas que siguen, escritas con sencillez y sin afectación, nacieron al amparo de variados ambientes. Bajo el cielo gris de la *city* bulliciosa y enorme; entre las risas, los gritos y las músicas de un pueblo eternamente joven que proclama al mundo la *joie de vivre*, que redime y dignifica. Ó en aquel admirable país del que dijera el erudito y sensitivo Taine que las cimas deslumbrantes se confunden con la blancura de las nubes, de suerte que no se sabe dónde acaba la tierra y dónde comienza el cielo. Ó á la sombra venerable de arcos de triunfo exponentes de antiguas grandezas, ó sobre la arena de los circos romanos, ó á orillas de un gran río trágico como el Tiber, ó á orillas de un gran río silencioso como el Arno. ¡O bien en la tierra de la eterna armonía, rica en aromas de leyenda y rica en «oro, seda, sangre y sol»!...

)Y si estas páginas, escritas con sencillez y sin afectación, llegan á ser de tu agrado—desconocido lector, rey en desgracia, burgués rechoncho ó peregrino hambriento—, cabe hacer entonces el voto acostumbrado en tiempos que fueron gloriosos: que Dios te brinde salud, y que á mí no me olvide...)

. . . .

Vivimos en una época de efervescencias continuas. Porque la vida nos parece breve como un parpadeo y angustiosa como una súplica, le robamos horas al sueño para no desvanecer nuestra quimera de morir llenos de gloria, sin que la muerte deje trunca, dispersa en fragmentos, la obra de nuestros esfuerzos. Y por este anhelo irreductible que no concede treguas, por esta sobrexcitación cerebral que desconoce intervalos apacibles, complicamos nuestras vidas hasta el punto de elevar nuestro propio calvario. El hombre de ciencia, batallando en silencio por llegar hasta las sombras que amortajan el conocimiento humano, para destruir el enigma de los enigmas, descorriendo el velo de la gran causa de las causas. El artista, con la obsesión avasalladora de vivir el paisaje de la vida en el paisaje de la tela; ó de transmitir calor vital, espasmos de lujuria, desgarramientos crueles á esos cuerpos que nacen del mármol, como un advenimiento de seres inmortales; ó expresando sus más nobles sensibilidades con la estrofa rica en ritmo como el capullo rico en aroma; ó modulando arpegios hasta conseguir el efecto mayor, con una suprema vibración, que reuna rumor de vientos y rumor de olas, tañido de bronces y eco de voces cristalinas... El obrero que mueve las máquinas, envuelto en el sordo crujir de las poleas, obsesionado por el incesante silbato de los motores y enrojecido con el volcánico resplan-

dor de las fraguas; que abre los surcos y los fecunda luego con la semilla de las buenas germinaciones... todos los que viven con el siglo, los que representan aunque más no sea un átomo inquieto y disperso en la creación, encuéntranse solicitados por mil fuerzas ocultas, que los empujan ó los detienen, que sellan el carácter, que forjan la personalidad, que los elevan con vuelo sereno á la cresta de las cumbres ó los sumergen con una caída estrepitosa al fondo sin fondo del abismo...

*
* *

Los idealistas protestan á todos los vientos del planeta por la enorme actividad de este siglo de los martillos, de las fraguas, de la electricidad, de las sociedades anónimas, de las especulaciones eminentemente prácticas... Lo único que nos quedaba—dicen ellos—era el templo de Ariel, ¡y he aquí cómo acaba de ser profanado por un aeroplano que ha desgarrado su muralla de nubes! A su vez, los que especulan con la reluciente libra esterlina, exclaman á pulmones llenos: «¿Idealistas? no sirven para nada, porque no reportan ningún beneficio material... ¿han hecho algo para que la elaboración del pan sea mejor y rinda más ganancias?»

¡Calma, señores! Yo no creo que los idealistas pretendan vivir alimentándose con versos de Homero, mármoles de Fidias ó lienzos del Tiziano. Ni tampoco creo que los héroes del tanto por ciento anual reduzcan sus placeres á los que pueda proporcionarles el continuo apilamiento de monedas que provengan de una buena venta de lanas ó ya de una excelente exportación de cueros. ¿Por qué no armonizar estas dos tendencias? Aquí cabe parodiar al gran irónico contemporáneo nues-

tro: si yo fuera Dios, haría que los hombres, luego de nacer y desarrollarse, marcharan todos, bajo el sol más suave y el cielo más azul, á sembrar los campos, á manejar el arado, á regar las huertas, á limpiar los establos, á cebar los cerdos, y después de recogida y vendida la mies dorada, extenderse sobre el césped verde y vivir el resto de vida disfrutando el amor, la belleza y el arte, sin la preocupación mortal de amanecer cualquier día con las carnes duras de frío y el estómago aguijoneado por el hambre. Pero... si yo fuera Dios, ¿podría suprimir la cruel ansiedad ante el loco galopar de las horas?

Esa ansiedad morirá con el último hombre, porque nadie ni nada puede detener el presente. «El presente es como una sombra que huye; es un pasado muy reciente y un porvenir muy próximo.»

A Manuel Ugarte

¡Cuántos libros se han escrito sobre la felicidad! ¡Cuántos talentos se han invertido para dar solución á este problema! Y nada se ha resuelto aún. Los hombres de hoy son los mismos hombres de ayer. Aman como ellos, piensan como ellos, sufren como ellos. ¿Cuándo dejarán de sufrir? No incurriré en la infantil pretensión de querer aportar ideas nuevas á una cuestión vieja y gastada. Pero debe saber el lector que yo pienso, amo y sufro como cualquier hombre. De modo que bien puedo hablar de la felicidad, aunque más no sea conmigo mismo.

La felicidad no es un resultado de «circunstancias externas», sino de nuestra inteligencia y cons-

titución psicológica. No culpéis á nadie por vuestra desgracia. El hombre se adapta al medio que favorece las modalidades del temperamento. Yo bien sé que muchas criaturas humanas son incapaces de forjar una personalidad propia para con ella imponerse y triunfar. Criaturas humanas que caen en brazos de la desesperación y pasan los días y las noches maldiciendo al pérfido destino con una colérica crispación de puños, como para apretar con ellos la avasallante miseria que les rodea. Yo bien sé que hay millones de bocas exhaustas; millones de cuerpos desprovistos de abrigo, soportando las rudas rudezas del tiempo. Pero no me extraña, porque sé que desde la primera jornada, sin fecha y sin capítulo en la historia, la humanidad surgió bañada en llanto de mujeres y en sangre de hombres desgarrados con el primer rodar de las ruedas de la primer caravana.

Hay que suprimir el sufrimiento. Todos anhelamos esto, porque ha tiempo que perseguimos la felicidad. Esa esquiva felicidad que está en todas partes, muy cerca de nosotros, sin forma precisa, sin color determinado, como el aire que respiramos, como la brisa que pasa, que se siente y no se alcanza á ver. Pero el sufrimiento hemos de suprimirlo nosotros mismos. La felicidad vendrá como una recompensa, como una lluvia esperada largo tiempo. Y para conquistarla hemos de poner mucho amor y mucha esperanza; esa misma esperanza y ese mismo amor que pone el modesto y achacoso labriego cuando cuenta los nuevos brotes de las espigas que nacen con la aurora.



Dans le vieux parc solitaire et glacé,
deux formes out tout à l'heure passé.

Leurs yeux sont morts et leurs lèvres sont molles,
et l'on entend à peine leurs paroles.

Dans le vieux parc solitaire et glacé,
deux spectres ont évoqué le passé.

—Te souvient-il de notre extase ancienne?
—Porquoi voulez-vous donc qu'il m'en souvienne?

—Ton cœur bat-il toujours à mon seul nom?
Toujours vois-tu mon âme en rêve?—Non.

—Ah! les beaux jours de bonheur indicible
où nous joignions nos bouches!—C'est possible.

—Qu'il était bleu, le ciel, et grand l'espoir!
—L'espoir a fui, vaincu, vers le ciel noir.

Tels ils marchaient dans les avones folles
et la nuit seule entendit leurs paroles.

Los poetas melancólicos han hecho más daño á la humanidad que las guerras sangrientas, las epidemias fatales, las enfermedades sin medicina y los odios crueles, desde Caín hasta la hora en que escribo estas líneas. El primer hombre que expresó rítmicamente sus dolencias morales, arrancó la primera lágrima de mujer. ¡Cuánto sufrimos por ese primer hombre! Diga el más fuerte de espíritu: ¿hay algo peor que una lágrima de mujer?

Hoy día debemos acusar á Verlaine. El es uno de los grandes culpables, porque ha sublimizado el dolor. Y el dolor quita esplendores al sol, fulgor á la estrella, perfume al capullo, frescura á las huertas lozanas.

Yo lo acuso, pero no sin una gran tortura de todas las fibras.

***

Hay zarzas punzantes en los caminos complicados de la existencia. Y así como en esos remolinos de viento y tierra se levantan guijarros, que

luego, al caer, producen los desperfectos consiguientes, también en el remolino agitado de las pasiones humanas encuéntranse sentimientos bastardos que luchan por derribar la virtud. Esos sentimientos, arraigados muy en hondo en el espíritu, permiten conocer y clasificar á los hombres. Sin egoístas, ¿qué mérito tendrían los que rinden culto al altruísmo? Sin avaros, ¿cómo se perfilaría la silueta de los desprendidos? Sin envidiosos, ¿en qué nivel se ubicaría á los que tienen fe en sí mismos, lo cual hace que no les mortifique el triunfo de los demás?

¿Cómo y por qué se envidia? Ante una fuerza superior, que no halla otra que la venza; porque una aspiración no equilibrada con la energía necesaria para impulsarla, impide realizar el propósito, el sueño, fruto de esa aspiración. La envidia viene á ser entonces un autoexamen que permite reconocer—íntimamente—las ventajas intelectuales, morales ó físicas del adversario. Por esto la diatriba que lanza la envidia no es otra cosa que un elogio para èl que va dirigida.

El viejo Hesíodo escribió: «El alfarero envidia al alfarero, el artesano al artesano, el músico al músico, el poeta al poeta, y hasta el pobre envidia al pobre.» No se debe dar tanta amplitud á la sentencia del clásico. El reptil envidia á las alondras por no tener como ellas alas ligeras y vuelo suave para cruzar el espacio. Y envidia el reptil mucho más, porque se arrastra entre espinas y lodo, y el horizonte, desde las cuevas que le sirven de vivienda, no le ofrece los esplendores que brinda á las aves, hijas de las ondas. Pero nunca la alondra pequeña que ensaya sus primeros piares en el nido oculto envidiará á la alondra madre por sus correrías y murmullos. Ella bien sabe que llegará un

día en el cual tendrá alas jóvenes y vigorosas, capaces de llevarla más alto y más lejos de lo que fueron sus padres. Dad á este capricho de la imaginación un soplo de vida y podréis aplicarlo al hombre.

El hombre que abriga fe en sí mismo triunfa de la envidia y del fracaso. Esto equivale á adelantar al presente una parte de porvenir. Los que desalientan y dudan, á mitad de camino se detienen, y acto continuo miden la distancia que los separa de los que van más allá, y la envidia los devora.

Mandeville declara que la envidia no es perniciosa; por el contrario, que ella es útil, benéfica. La encuentra en el hombre tan natural como el hambre y la sed, y común tanto á los niños como á los caballos ó los perros. Si se desea que los hijos se odien entre sí, es menester que los padres acaricien á éste más que á aquél. Cuando dos mujeres se encuentran, lo primero que hacen es descubrirse las ridiculeces que ambas tienen, y luego, para desvanecer todo sentimiento malo, se acarician y besan. Sostiene Mandeville que sin la envidia las artes en nada habrían progresado, y cita á Rafael envidiando á Miguel Angel.

El espíritu crítico agudísimo de Voltaire refuta victoriosamente la poco noble defensa de Mandeville sin definir y separar la emulación de la envidia.

«En el caso de ser loable esta pasión—escribe Voltaire—, Miguel Angel podría decirle á Rafael: —Por tenerme envidia me habéis aventajado; me desacreditasteis hablando contra mí al Papa, induciéndole á que me excomulgara, porque puse tuertos y cojos en el paraíso, y panzudos cardenales con hermosas mujeres desnudas como la mano en el infierno de mi cuadro del juicio final. Y esto por

envidia; pero vuestra envidia es loable, seamos buenos amigos.»

¿Cuándo morirá esta pasión tan fea? Cuando los reptiles disminuyan y las alondras se multipliquen. ¡Quién sabe! *Les envieux mourront, mais non jamais l'envie.* Tal es la desconsoladora sentencia de Molière.

***

Ni muy escéptico ni muy optimista. Buscad mejor un término medio que os salve de la indiferencia mortal del primer estado y del entusiasmo delirante del segundo. Si vuestro espíritu siente agonías, que os sirva de apoyo la siguiente máxima de La Rochefoucauld: *Les vices entrent dans la composition des vertus, comme les poisons entrent dans la composition des remédes. La prudence assemble et les tempere, et elle s'en sert utilement contre les maux de la vie.*

***

Párrafos de cartas: El señor X escribe al señor Y:

«Hemos llegado á una altura en la vida—yo por mi parte, que me jacto de haberla vivido con demasiada intensidad—en que prácticamente he podido apreciar que lo que más separa á los hombres, no son las antipatías ni las pasiones desarrolladas en un medio de perpetua lucha por la adaptación ó el triunfo, sino, lo que equivale á la negación de todas ellas, la indiferencia y también la deslealtad.

»Yo no concibo la indiferencia sin un egoísmo mórbido, ó por lo menos sin especiales condiciones psíquicas de esas que llevan al hombre, lo mis-

mo al retraimiento voluntario del cenobita que sólo persigue la propia anulación, anulando los lazos que le unen con lo exterior, que al doloroso silencio del misántropo que por razones de inferioridad, producida por un desequilibrio exagerado de la sensibilidad, cree poder librarse de sí mismo librándose de sus semejantes, que en el llanto de sus dolores y la risa de sus alegrías forman la orquesta al compás de cuyo acorde gira el torbellino de la vida.

»En cuanto á la deslealtad, ese es sólo el sentimiento que anida en los serviles, puesto que ni siquiera es una pasión, ya que aun en las más malas cabe algo de nobleza, de hombría, que nos obliga siquiera á ser magnánimos con ellas, ya que no tolerantes.»

El señor Y contesta al señor X en esta forma:

«¡Amistad, sinceridad, deslealtad! ¿Por qué han de obstinarse en hablar de cosas que no conocemos? «¿Eres tú sincero?», preguntóle cierto día un señor feudal de horca y cuchillo á su siervo menesteroso. «Sí soy...», respondió el pobre diablo. Y en tanto que el amo le apuñaleaba el rostro con una mirada, se decia para sus propias entendederas: «Con razón, tu cara de tonto no es una cara vulgar.»

»¿Se quiere gastar fino calzado de charol lustroso para bailar el minué en un potrero? No es posible. ¿O se desea gastar guante blanco en una orgía de cerdos? No puedo creerlo.

»Es bueno recordar lo que dice un autor: «El hombre no es *a priori*, por misteriosas ó ignoradas razones, ni bueno ni malo. El hombre es simplemente conforme le conviene ser. Porque éste, en relación con el medio y las influencias externas actuales, conquista una mayor probabilidad de ma-

nifestarse bajo el aspecto «malo», por la gran dificultad que encuentra para la satisfacción de sus necesidades y apetitos; pero en sí mismo carece de cualidades morales predeterminadas» (1).

»¿Y cómo quiere usted, señor X, que en esta humanidad puedan vivir lozanas y jubilosas esas flores de invernáculo, que sólo usted, por ser bueno, intenta lucirlas en el ojal de su espíritu luminoso?

»¿Y cómo quiere usted, señor X, que los hombres no sean malos, no sean agrios, no sean duros, no sean necios... no sean hombres? Egoísmo, altruísmo, virtud, se confunden en los remolinos del espíritu; pero el primer sentimiento es prepotente y acaba por vencer á los demás. «Hay que renovar el ambiente», dice el filósofo. Pero esto no es obra de hombres, sino de dioses. ¡Y los dioses—cuente usted, señor X—cuántos siglos hace que han muerto!»

***

Toda vez que elogios desmedidos estallan para coronar á un autor, pienso en la pequeña satisfacción que tales unánimes manifestaciones deberían producir en el espíritu del que es objeto de ellas.

Imagino un temperamento que se encuentre distanciado de eso que el lenguaje vulgar de todos los días llama vanidad ó modestia, orgullo ó incapacidad manifiesta para cultivar la veneración del propio *yo*. Imagino un hombre que reciba con el mismo aplomo, el aplauso del admirador como el gesto duro del adversario en ideas.

El adicto á cualquier causa por conceptuarla justa, como el que sigue á una persona de presti-

---

(1) Zerboglio, *El socialismo y las objeciones*.

gio con entera buena fe, son víctimas de sus apasionamientos. Se produce una ilusión de óptica moral que imprime magnitudes inverosímiles á las ideas que defienden ó á los hombres que admiran. De esta ceguera espiritual nace el individuo que sacrifica los beneficios del razonamiento á los ardores culpables de la intolerancia absoluta. Decid á los socialistas que, atacando las antiguas sectas, ellos, inconscientemente, han caído en una nueva secta, y os tacharán de retrógrados. Decid á los católicos que son unos atrasados porque se aferran á viejos cultos, y declararán vuestra excomunión por ser enemigo de la Iglesia. Decid á un admirador ferviente de M. Lerroux que no pierda el tiempo leyendo tan empalagosa literatura de *magasine*, y verá en ti una persona de mal gusto. Decid á uno de esos fanáticos que van á romperse las manos aplaudiendo que M. Jaurés es un *blageur*, y verás cómo desborda el odio.

¿Pero cuál es el feliz mortal que se libra del apasionamiento? ¿Quién es el que estudia las ideas y observa los hombres antes de echar al vuelo las campanas del elogio? Y si en todos los juicios entra la pasión, ¿cuál será el juicio más fundado? Sobre estas cosas tan complicadas no se debe insistir mucho. Ese hombre indiferente ante el elogio como ante el ataque, no es humano. Todos vibramos con el aplauso, todos rugimos con el acicate. Para que un autor vea con indiferencia el cortejo de sus admiradores, tendría que morir y nacer de nuevo en otro planeta: en Marte, por ejemplo.

La vida es una sucesión de pasiones. Y sólo con ellas, con sus contradicciones, con sus vehemencias, se concibe la existencia.

***

A menudo se dice: el orgullo es masculino, la vanidad es femenina. Si no fuese por temor de incurrir en una paradoja, me declararía partidario de cualquier filosofía que negase el orgullo, la vanidad y la modestia.

Claro está que ellas forman parte integrante del espíritu humano; pero toda prédica que tendiese á empequeñecerlas resultaría en extremo moral; moral hermosa, porque acabaría con muchos mediocres que hacen del orgullo bastón de apoyo.

Así como el orgullo es una dolencia que aviva el sentido nervioso, la modestia es otra, tanto ó más grave, porque anula los actos voluntariosos y lleva á la inercia. El enfermo atacado de modestia posee una médula muy sensible. Huye de la opinión como de un espectro, pues cree ver en ella toda la sabiduría de los siglos idos. Con un gesto digno de esos que encontramos leyendo las vidas de los santos, se compara con el polvo, con la hierba y el insecto. La utilidad de los hombres modestos no la he descubierto aún.

. . . .

Esta filosofía, al negar el orgullo y la modestia, buscaría un término medio en el que ninguna de estas dos fiebres empequeñeciera la obra del hombre.

*
* *

Con inteligencia se llena dignamente una página en blanco. Se redondea la letra, se forma la palabra, se termina el renglón, se construye el párrafo; y hay muchos puntos que roban espacio y facilitan la tarea. En la gran página legada por la Naturaleza á los hombres, pasarán siglos de siglos sin que se llegue al punto final tan ansiado por los impacientes.

A Alfredo Supeña

Los días suceden á los días con tanta rapidez, que ocasionan vértigo. Lo que se ha dado en llamar civilización, con su furia de transformismo incesante, todo lo absorbe y todo lo invade. Y es así que ante su avance, las ciudades pierden su color primitivo, rehechas, renovadas totalmente. El hombre mismo cambia sus gustos y costumbres; el labrador abandona los antiguos procedimientos de labranza por otros más modernos; las locomotoras recorren extensas comarcas; la electricidad inunda de luz la lúgubre y pintoresca callejuela, antes alumbrada por pálido mechero de gas; el automóvil desaloja la carreta, el carricoche y la diligencia, que hacían en marcha lenta el camino de la aldea.

Y es así como han surgido ese Londres colosal que oprime el espíritu con su *city* bulliciosa, activa, calculista, en donde los actos de los hombres parecen estar regulados mecánicamente. Ese París que bien puede simbolizarse con un cerebro en cuanto á las ideas creadoras en las ciencias y en las artes, y con una mujer insaciable que parece proclamar el placer como fin de la existencia. Ese Berlín que transmite una sensación de frialdad, de disciplina militar y de sumisión ante la persona de un emperador fatuo, turbulento y cuartelero. Esa Nueva York de los *trusts,* de los edificios simétricos y de los cerdos, sobre los que descansa la gloria de Rockfeller y de los numerosos *fabricantes* de fortunas. Y por último, Viena la elegante, la atracción de los turistas.

¿Y España? España no. España ha resistido las embestidas de la civilización moderna, salvando su integridad, sus costumbres y gustos, establecidos por largas tradiciones. Debido á esta antipatía por todo lo que sea nuevo, los que peregrinan por el mundo vibran de admiración en esa tierra que fué teatro de actos caballerescos y heroicos. Como artista, desligándome de teorías tendenciosas, amo esa España antigua y fuerte, que tiene olor á viejo, con castillos, con torres, con puentes, con caballeros audaces y nobles; con toreros y guitarras y jotas y mantillas; con todo lo que guarda aroma de leyenda y evoca el romance de buena cepa. Amo esa España de cielo límpido y sol ardiente, con sus mujeres sublimemente apasionadas, siempre dispuestas á la caricia y al beso dado trémulamente por entre la reja mohosa de un huerto perfumado.

Y si llega á ser el porvenir tan práctico y calculista como nos lo preparan los amos de la gran isla del Norte; un porvenir que convierta las ciudades en Bolsa en la cual se coticen valores comerciales; que traslade el Banco de Francia al museo del Louvre, el *Stock exchange* al *National Galery;* que transforme el Foro Romano en criadero de cerdos; que se utilicen las pirámides de Egipto para pegar carteles de *réclame* por tal ó cual sociedad anónima... si eso sucede, España será el único país propicio á los pocos insensatos que, huyendo de la bruma de las grandes chimeneas y del ruido de las máquinas, quieran leer los poemas de Homero ó las hazañas del Cid. Unicamente ahí se podrá soñar. Y con los versos que se escriban, las telas que se pinten y los mármoles que se esculpan, España salvará á un grupo de elegidos de la mortal monotonía de apilar libra sobre libra.

A Carlos Vega Belgrano

Mucho se ha dicho, escrito y comentado acerca de las excentricidades de los hombres providencialmente llamados genios. Hasta cierto punto no se equivocan aquellos que sin reparo alguno dan los calificativos de «raro» ó de «loco» á estos espíritus superiores que al quedar sumergidos en el silencio precioso de sus gabinetes olvidan por completo las vanidades y convencionalismos de la vida, reclamados insistentemente por la sociedad para otorgar el muy honorable título de «cuerdo».

El genio y la locura se codean: con frecuencia brota de los labios esta sentencia terrible, no siendo sólo el vulgo el que la dicta. Lombroso, que figura en el cenáculo de los ilustres privilegiados por el talento, no ha tenido escrúpulos para dejar de sostener la muy zarandeada tesis popular, afirmando que el acto de la «creación» es un caso notable de epilepsia.

El genio, si algo tiene de común con la locura, es en que, como esta última, sale de lo normal. Pero sale de lo normal, como ha dicho un autor, para producir obras colectivas que engrandezcan el alma de una época, retemplando luego el espíritu de todo un pueblo y de toda una raza... abandona el terreno de lo normal para producir obras bellas, para dar vida, vida intensa á todo lo que muere falto de luz, calor y movimiento. El genio es una fuente de cristalinas aguas en donde apaga su sed la humanidad. El loco es todo lo contrario: es negación, confusión, polvo mísero de vida entre-

gado al capricho de los vientos; en una palabra, es un caos colosal de ideas.

El gran argumento que tenemos á mano para defender á nuestro hombre superior, á nuestro genio, del fallo popular lombrosiano, es la teoría de Feuchlersleben, que dice: «Cada hombre lleva en sí un germen de locura, y sólo con la serenidad y actividad del espíritu se podrá llegar á impedir su desarrollo.» «Esto equivale á decir—objetará más de uno—que el mundo es una jaula infernal de locos, pues forman escasa minoría los seres dotados de la serenidad y fuerza de voluntad necesarias para dar muerte á ese germen funesto, que, como queda dicho, se apodera de cada ser.»

«Lo que se llama estado normal—escribe Claudio Bernard—es una pura concepción del espíritu, una forma típica, ideal, enteramente depurada de las mil divergencias en que fluctúa incesante el organismo con sus funciones intermitentes y alternas.»

Y si traemos la autoridad de Charcot, tendremos el convencimiento pleno de que los genios no son ni llegan á ser locos, y á la inversa. Dice así: «De los enfermos del sistema nervioso con perturbaciones en el funcionamiento psíquico que yo he podido ver, no había ni un cinco por ciento que tuvieran un talento regular; «genios, ninguno». Porque el genio supone un organismo en extremo resistente, que representa la acumulación de las energías de toda una raza, y por lo tanto, su cerebro resiste más que el de los otros.»

Rousseau, Poe, Nietzsche y Maupassant murieron locos, ¿verdad?

La cuestión se complica encarándola desde este punto de vista. Sería indispensable estudiar el jornal hereditario que ha recibido cada uno de éstos.

Rousseau acabó con el delirio de las persecuciones, determinando esta crisis moral esa fuerza interior y secreta que le impulsaba desenfrenadamente á perderse en un mar de vicios. Además, nació con el cerebro enfermo, y en la viacrucis de su vida, con esa exagerada excitabilidad y con ese cúmulo enorme de extrañas aventuras, seguía la dirección en que brillaba la estrella de su infortunio.

Edgard Poe es sabido que rodó al abismo á efectos del alcohol; y en cuanto á Nietzsche... ¿para qué hablar? ¡Siempre fué un loco!... Decid mejor, un «loco lindo», un deschavetado genial, que hizo oir á los hombres los coloquios de Zaratustra con los astros, los únicos ojos apacibles, según él, que pueden ver sin envidia una felicidad por grande que sea.

***

Cierta vez un escritor tan conocido como lo que voy á mencionar, en un estudio literario escribió: «Shakespeare, Homero, Verlaine, Víctor Hugo», etcétera. No alcanzamos á comprender por qué se dió en esa ocasión preferencia á Shakespeare sobre Homero y á Verlaine sobre Hugo. ¿Tal vez atendiendo á las cualidades poéticas de los dos primeros? Resulta poco prudente parangonar genios de naturaleza tan diversa; uno sublimiza y eleva las escenas del teatro con sus magistrales tragedias; el otro, con los supremos desbordamientos épicos de su poesía inimitable, insuperable, parece colocar en bajos relieves la vida de su pueblo y la Naturaleza de su época.

En el segundo caso, tan lejos está Verlaine de ser superior á Hugo, que el análisis se resiente en

un todo. Entonces, ¿á qué responde la cita?... Probablemente dicho escritor acababa de leer una página de Mark Twain y le asaltaron deseos de ser chistoso...

Ahora bien; esto resultó de muy buen gusto para los que deshojan la flor de los elogios en holocausto al Pauvre Lelian. Los admiradores de las grandes personalidades son como sacristanes que al dar el último toque llamando á los parroquianos á misa de gloria, rompen la cuerda y dejan que el badajo de la campana siga agitándose solo.

Cuando se elogia siempre se desconocen los límites: de igual modo al emplearse el látigo de la crítica. En no pocos segundos la lonja acaba por deshilacharse.

No es nada raro lo que digo; es un simple fenómeno de sugestión muy común y á diario observado en demasía. Tomad un libro de versos; cualquiera, el que mejor os plazca. No sirve para nada todo él, pero he ahí, en la página 60 encontráis un madrigal bien hecho, un madrigal exquisito. Ya estáis perdidos; las partes malas del libro desaparecen; en un segundo se ha convertido en bueno y vuestras manos se rompen en un aplauso caluroso y prolongado.

La mayor desgracia que debe abrumar muy de veras á un hombre de letras reconocido es saber que la cohorte de sus discípulos aumenta cada vez más. Estos discípulos que exteriorizan su admiración por el dómine doblando la cerviz, ó bien besando las huellas que ha impreso el maestro en el camino, tan fieles en apariencia, son de lo más infieles en realidad. ¿Por qué? Por una razón muy vulgar: esos señores son los encargados de robar frases, giros de estilo, ideas, sentencias, hasta gestos y maneras de ser. Y al posesionarse de cosas

que no les pertenecen en absoluto, las desnaturalizan de tal modo, que el observador imparcial siente náuseas y el dómine, violentamente despojado, debiera sentir cólera.

Puede plantearse el problema según otra fórmula: ¿y si el imitador tiene talento? Entonces desgracia sobre desgracia, pues el imitado corre el riesgo evidente, y poco agradable por cierto, de ver esfumada su personalidad ante los avances, conquistas y triunfos del otro.

Este es, sin ninguna variante, el caso de Paúl Verlaine, que figura como uno de los pocos poetas que han ejercido decisiva influencia en las literaturas francesa y española. Su talento, su hermoso y extraordinario talento le destacan muy en alto. Brilla con luz propia, derramando á manos llenas las vivaces fulguraciones de su gran inspiración. Ahí andan sus estrofas de labio en labio provocando deleites y felices sensaciones. Unas son suaves, cariñosas y tiernas como besos de brisa ó aromas de flor. Las otras os hacen entrever pálidos crepúsculos que, á manera de sudarios, envuelven y aprisionan la vida. Aquí un sol de primavera filtra á través de los vidrios sus dorados rayos, que penetran triunfales reavivando cada vez más la alegre *garçonière*. Más allá una estrofa brutal estremece las fibras más íntimas del sentimiento, inyectando en él sombra y dolor, tedio y angustia.

Descended ahora un escalón. Viene atrás un joven anémico, de amplio sombrero y blonda cabellera. El rostro demacrado y la falta de vivacidad en los ojos, cuentan los insomnios que sufre y la terrible neurosis que cada día atrofia más su cerebro. Es un poeta; siendo niño escribía estrofas que cantaban el amor de las flores y las mariposas; después, cuando llegó hasta él la voz del

porvenir engendrando una ambición por cada en sueño que forjaba, no pudo resistir á la tentación de batir sus diminutas y frágiles alas... y se echó á volar. En el primer recodo del camino perdió fuerzas y cayó. Las estrofas que ahora escribe no parecen hermanas de aquellas otras que hizo allá en su pueblo, bajo la sombra del árbol añoso, junto al arroyuelo serpenteador y á la selva rumorosa. Canta canciones crepusculares, noches que no tienen auroras, labios sin besos, pechos sin amores y delirios, delirios incesantes, delirios de enfermo. Es que cuando conoció á Verlaine cambió de alma.

Ni remotamente pretendemos impedir que haya imitadores. Los ha habido, los hay y los seguirá habiendo; como la luz y la sombra; como el céfiro y el insecto. Es una enfermedad crónica, algo así como una endiablada monomanía mental que se transmite de generación en generación, de pueblo en pueblo, sin distinciones de razas. Es el hollín que despide la gran chimenea del progreso de las bellas letras... En psicología, el imitador sería clasificado como un caso de atrofia total del *yo*, por cuanto el individuo atacado de tal dolencia gravísima pierde toda facultad creadora dentro de los límites de la propia originalidad. Ya adivinamos la respuesta del que ha encontrado en nuestro pronóstico—seudo científico, pero exacto—la explicación del mal que lo abate: «No hay nada más estúpido y quimérico que la tan cacareada originalidad. Hace siglos que murió el último original.»

El caso es que con frecuencia se vienen pronunciando sentencias tan absolutas y descabelladas como ésta. Porque los chinos descubrieron la pólvora mucho antes que el fraile célebre, no pudieron ser originales todos los que á esta natu-

raleza de estudios se dedicaron. De igual modo, porque cierto sarraceno, después de quemarse las pestañas estudiando, halló la solución de las ecuaciones del cuadrado, desde ese día los matemáticos que emplearon dichas ecuaciones no fueron otra cosa que reflejos de los anteriores. Y lo mismo en poesía, en escultura, en pintura y en música. No; no es así. Se ha llegado á ser original siempre que se han tenido facultades creadoras. Podrán citarse, no lo dudamos, infinidad de genios que vivieron cultivando el género artístico de otros que también lo fueron. Pero no debe olvidarse nunca que imprimieron una modalidad, un sentimiento, una idea propia; en una palabra, volcando el alma en el verso, en el mármol, en el lienzo ó el pentagrama. De modo que ese género artístico, que en realidad no les pertenecía, perdía luego su primitivo matiz para ser reemplazado por otro nuevo.

A Rodolfo Franco

Con gran sorpresa supe un buen día que mi amigo M. Chardonet tenía preferencias literarias. Sorpresa, porque en nuestras conversaciones, extremadamente prosaicas, nunca llegué á vislumbrar indicios románticos. Puede imaginarse el lector sobre qué punto girarían nuestras pláticas, dada la reconocida profesión del señor que me preocupa: comerciante, antiguo propietario del restaurant Chat Blanc, sito en la rue Odessa, á pocos pasos de la estación Montparnase.

Si yo me guiara como tantos otros con insignificancias como aquellas que permiten atribuir

desmedido talento á las personas que ostentan una frente amplia; si yo creyera en estos dicharachos, diría que mi amigo M. Chardonet era muy bruto, porque podían contársele unos dos dedos de frente á lo sumo. Pero no es así. M. Chardonet tenía talento, y para comprobarlo era menester oirle disertar sobre las veinte ingeniosas preparaciones de *omelette's* que ofrecía á su numerosa clientela.

El lector, un tanto impaciente, preguntará: ¿qué tienen que ver los *omelette's* de M. Chardonet con sus preferencias literarias?

Esa mañana almorzaba yo en una pequeña mesa, colocada sobre una espaciosa ventana del restaurant. Mi entretenimiento principal consistía en ver caer la nieve en espesos copos. La nieve caía silenciosamente, amortiguando los sonidos más nimios. La calle habíase puesto á un mismo nivel con las aceras. Los transeuntes marchaban con dificultad, encorvados por el frío penetrante y cubiertas las ropas como con blancos sudarios. Aquello era nuevo para mí. En mi país el cielo preséntase con una admirable limpidez, y el sol es un extraordinario *rastaquoere* de luz y de calor. Esto pensaba, cuando me sorprendió el *bon jour* ceremonioso de M. Chardonet. Con cierta timidez comenzó á hilar sus ideas. ¡Oh! la nieve; ¡con qué crueldad y obstinación seguía cayendo! El tráfico estaba totalmente interrumpido en la ciudad, porque las pobres bestias que tiraban de los vehículos no podían afirmarse bien. París no estaba preparado para las grandes nevadas; de lo contrario, los trineos surcarían la nieve empecinada.

En ese momento colocaron sobre la mesa un *omelette*. Los ojos pequeños de M. Chardonet, protegidos por rojas pestañas, brillaron vivamente. Ese plato denunciaba su ingenio.

¡Omelette Balzac! El gran autor de la *Comedie Humaine,* luego de doce horas de labor proficua, recuperaba energías con ese plato.

Y tal vez animado por un gesto mío de aprobación, el hombre, sin mayor temor, siguió hablando:

—En los años que llevo de comerciante he podido observar infinidad de personas. Pero los que me han interesado más son los artistas. Usted ve que vienen aquí en gran número. Ahí, en ese rincón, se sienta siempre el retratista ruso Petrovich. En la mesa del fondo, el pintor Vanet; muy cerca, el poeta Charles Martín, discípulo eminente de Verlaine. A los tres les conozco bien; poseen tres almas alocadas, sombrías, trágicas. Petrovich elige mujeres histéricas de ojos negros y hondos como cuevas, de bocas macilentas, de narices afiladas, de pechos contraídos, de cuerpos endebles. No concibe, es incapaz de concebir las mujeres de Rubens, robustas, de carnes rosadas, inconmovibles ante el dolor é insaciables ante el placer. El pintor Vanet es un paisajista notable; el año pasado obtuvo la gran medalla de oro en el Salón. ¡Pero qué paisajes pinta ese hombre! Yo no comprendo bien la técnica que emplea, pues según me dicen está enrolado en las filas de los ultramodernistas. Pero comprendo el motivo de los cuadros. Tiene uno titulado *Orgía de grandes pecadoras.* Y las presenta entre dos luces, en la agonía del crepúsculo, ebrias de vino y de voluptuosidad, entrelazando sus cuerpos las unas con las otras, sobre el césped de un jardín extraño. Aquellas mujeres gozan el placer de los cuerpos que se rozan, de los labios que se besan, de las manos que producen espasmo acariciando el sexo. Y sobre ellas, que olvidan la vida y olvidan la muerte, como un augurio trágico, las nubes del cielo brumoso bosquejan las siluetas

de esos mismos cuerpos, desgarrados, comidos hasta los huesos... Y Martín, el poeta famoso, que en sus versos proclama la ignorancia primitiva, que manifiesta un cansancio abrumador, un escepticismo fatal, un descreimiento absoluto; que fustiga el materialismo absorbente de la época, que clama por una inmediata restauración idealista. Muchos juzgan á esos hombres por sus obras. Pero yo hago lo contrario, los juzgo por lo que comen. ¿Cree usted que comen poco? Comen mucho, tanto ó más que los cerdos. Aquel Petrovich, el que hace retratos de mujeres histéricas, es más robusto que un toro. Ríe y hace piruetas como un payaso. El otro, el pintor Vanet, no es menos que Petrovich, y Charles Martín no es menos que Vanet. Hay una contradicción evidente. El público podrá conmoverse ante las obras de esos hombres; pensará que maldicen la vida encerrados en bohardillas enemigas de la luz; creerá en la angustia de esas almas perseguidas por legiones de sombras que perturban el sueño. ¡Ah! *¡mon ami!* pero yo no puedo creer esas cosas, porque conozco demasiado bien á estos señores. Aunque se expresen mal de la vida, son los más apasionados por ella. Simulan odio á lo que aman, simulan amor á lo que odian.

Y como terminara mi taza de café, el incomparable M. Chardonet remachó su largo párrafo:

—¡Cuántas verdades oirán los hombres cuando publique la gran obra que tengo en preparación, *El estómago exigente de la sociedad contemporánea!*



En la lucha por la vida, la deslealtad es una virtud, una fuerza. La sinceridad un defecto. Con otras palabras, la careta es útil, porque ella oculta

las emociones que se manifiestan en cualquier rasgo fisionómico. Cuanto más cubierto, será mejor. Pero tened cuidado de aquel tu amigo íntimo. Antes de confiarle el gran secreto, has de ver si tiene garras afiladas en la mano que te ofrece.

***

Hay un caso célebre en la historia, que debe contarse siempre por la gran notoriedad del personaje que lo motivó. Se trata de Bacón; bien entendido, de Francisco Bacón de Verulam. Sabrá el lector que este filósofo inglés nació en 1561, siendo hijo de Nicolás Bacón, guardasellos de la reina Isabel, y sobrino del primer ministro Burleigh. Esto lo dice una historia de la filosofía que ha rodado y rueda por muchas manos.

En este hombre, desde muy joven, despertaron imperiosos deseos de poder y de riqueza. Su padre le habría servido mucho en este sentido, pero murió, debiendo el niño trazarse él mismo su camino. Es bueno hacer notar que Bacón no anhelaba las comodidades del poder para vivir una vida ociosa y contemplativa. Este espíritu inquieto era un gran espíritu científico. Sabía mejor que nadie que una obra duradera se hace reposadamente, teniendo lejos la preocupación materialista del centavo diario. De ahí su irreductible deseo de riqueza, su propósito inquebrantable de no sacrificar medios para conseguirla. Llega á justificar cualquier acción siempre que tenga un fin noble. Y su fin era noble. Era grandioso. Tanto, que sus proyectos científicos preparaban una renovación completa de la ciencia.

En los *Essays*, escribe: «El mejor carácter consiste en poseer una reputación de franco, en ser

hábil para obrar en secreto, y en caso de fracas en saber disimular.» Luego agrega: «No hay cua lidades más dichosas que estas: tener algo de in sensato y poco de hombre honrado.»

Bacón, consecuente con su manera de pensa frecuentó el gran mundo y la política. Esto le si vió de mucho, porque pudo estudiar en su justo v lor el medio y los hombres. «Este conocimiento necesario, á fin de que la inocencia de la palom vaya acompañada de la astucia de la serpiente Resueltamente se adapta y no titubea en aconseja que no se permanezca siempre firme en medio d los acontecimientos variables. «Hay que acom darse á la ocasión y á la oportunidad.» Como pol tico, Bacón en el Parlamento se opuso á vari decretos gubernamentales, actitud que le valió desprecio de la reina. Pero las dificultades pec niarias que esta situación le produjeron fuero subsanadas por Essex, amigo que le protegía dec didamente. Pero un buen día Essex pierde su fo tuna y el *amigo* Bacón le abandona, hasta el punt de prestarse como testigo en favor de la parte q acusaba á su protector. Luego, en 1597, viviend aún Essex, escribe un folleto titulado *Of followe and friends,* en el que se encuentran consideraci nes de esta naturaleza: «La amistad es cosa rar en este mundo, sobre todo entre iguales. La ami tad que se puede encontrar existe de superiores inferiores, allí donde la suerte de uno está compr metida en la de otro» Observando esta conduct llegó á ser todo lo que ambicionó. Mediante traición para con los amigos, adulando al rey Jac bo I, cambiando de ideas siempre que se lo imp sieran sus favorecedores, consiguió ser primer lor canciller, barón de Verulam y vizconde de Sain Albans. Pero en 1621 tuvo una caída estrepitosa,

perdió honores, dignidades y poder conquistados por medios tan deshonestos.

En ninguna forma, valiéndome de este ejemplo, tendría razón para formular una regla general. Para consuelo de mí mismo, quiero creer que existen actos hermosos de desinterés, de amistad sincera, que nos sugieren la esperanza de endulzar la vida, refinando los sentimientos.

*
* *

Se debe creer en la amistad aun cuando ella nos proporcione desilusiones: ¿qué serían nuestras vidas sin la amistad? ¿Sin el compañero al cual necesitamos tener cerca de nosotros, para comunicarle nuestros dolores, nuestras tristezas, ó bien las alegrías y las esperanzas? Se deben tener amigos para salvarse de la soledad, de esa soledad espantosa que neurasteniza hasta el punto de hacernos estremecer de nuestra propia sombra.

¿Hemos de creer en el amigo que nos acompaña, ó en esa cruel página de Hobbes?

Los diversos sentimientos nacen en el curso de la lucha ó de la emulación que existe entre los hombres. La alegría nace en los que superan á los demás; la humildad en los que quedan á la zaga, la esperanza cuando se camina bien, la desesperación cuando se está fatigado, la cólera cuando se advierte un obstáculo inesperado, la altivez cuando se vence un grave peligro, las lágrimas cuando se da una caída repentina, la risa cuando se ve á otro caer, la compasión cuando vemos quedar detrás á alguno á quien queremos bien, la indignación cuando vemos hacer progresos á alguien á quien queremos mal, el amor cuando venimos en ayuda de otro durante la travesía, el sentimiento

de la felicidad cuando prevalecemos sin cesar sobre los que nos precedían, el de desgracia cuando quedamos siempre detrás, ¡y la carrera no acaba hasta la muerte!

¡En último caso, si los amigos os traicionan, el dulce Riquet, descrito por M. France, es un amigo que puede encontrarse en todos los tiempos y en todas las latitudes!...

A Juan Pablo Echagüe

El espíritu del hombre es esencialmente crítico. La crítica es una predisposición universal, común á todos, que adquiere proporciones y acentúa su carácter definitivo á medida que el tiempo desarrolla las cualidades intelectuales del individuo. Se manifiesta en el niño, aunque vaga é inconscientemente, en todo lo que despierta sus preferencias ó desdenes. Se vigoriza, se formaliza más en la adolescencia, debido á las facultades de apreciación más conscientes. Hasta que culmina en el hombre, cuando con firmeza y capacidad indica, comprueba, mide, compara, combina, ordena y subordina.

En literatura ó en arte en general la crítica se manifiesta en los poemas de Homero y en los mármoles de Fidias, en un drama de Shakespeare ó en una tela del Perugino. La belleza es una crítica constante, que adquiere formas tangibles en el momento de ser asimilada por el espíritu creador. Crítica de lo inferior, de lo vulgar, de lo incorregible. La *Venus* de Milo es una condenación de las creaciones mediocres. Y así el *David* y el *Moisés* de Miguel Angel Buonarroti, el *Perseo* de Cellini ó el

Mercurio de Juan de Bolonia. El escultor que visite la Loggia dei Lanzi, de Florencia, sentirá en su espíritu la opresión de cien reproches ó el halago de un elogio á su obra personal, si sus visuales son lo suficientemente amplias como para apreciar la belleza.

Pero en el sentido corriente, el crítico es considerado de muy distinta manera. Crítico no es un pintor, ni un escultor, ni un músico, ni un novelista—dicen por ahí—; crítico es cierto personaje que estudia las obras de los que «producen», sin que este estudio de obras tenga el carácter de «producción».

Yo no he de renovar aquí una cuestión tan gastada. He escrito muchas veces en diarios y revistas sobre la misión y eficacia de la crítica, la *plus haut*, y de la conducta de los que hagan profesión de ella. Sé muy bien que hay señores en extremo biliosos que firman artículos en los que campea una mala fe absoluta. Fracasados que sólo hallan consuelo menoscabando méritos ajenos. Pero estos no son ni serán críticos. Ni pueden causar daño á nadie. En España estos prójimos dolientes y rabiosos han sido simbolizados en la persona del señor Valbuena.

Los jóvenes no han de desalentarse por los ataques ni envanecerse por los elogios. Una gran fe en el esfuerzo, una conciencia clara de las energías propias, abren camino y conducen al triunfo. Pero no se ha de ser, eso sí, ni muy optimistas ni muy escépticos (ni muy optimistas con el juicio de los demás, que en la mayoría de los casos, si es favorable, resulta protector, ni muy escépticos con el porvenir, que es y será siempre la recompensa de tantos ensueños y de tantos afanes).

Creed en vuestros músculos, lector amigo, más

que en los críticos que asuman actitudes académicas. Y sobre todo, poneos en guardia ante los consejos de los que gastan deshilachada elocuencia de «dómine».

*
* *

Los frisos del Partenón ateniense nos hacen evocar la antigua y augusta majestad del soberbio edificio que presidió al siglo griego en la plenitud de su grandeza. Un mosaico aislado del palacio de Baltasar reconstruye con riqueza de colorido la noche histórica en la cual el rojo y espumoso vino embriagaba los labios de las cortesanas, al tiempo mismo que una mano misteriosa escribía en los portales el fúnebre apotegma *Mane! Thecel! Phares!*. La severa rectitud de la estatua simbolizadora de la tragedia consigue restaurar el espectáculo maravilloso de cien mil atenienses sumergidos en éxtasis supremo ante la sucesión de escenas que escribiera Aristófanes, arrancándole soplos á la vida. La *Victoria de Samotracia* en actitud olímpica, desplegadas las alas, hinchadas por el viento que ruge sus cóleras, firme en la egregia postura de huracán, da la sensación del triunfo remontando el vuelo al infinito.

La Venus de Milo nos conmueve hasta el silencio más absoluto; tan casta, pura y serena surge, que por la vaga y casi mística sonrisa que florece en sus labios parece ignorar ella misma su propia desnudez. El círculo de espectadores que se forma en torno de la estatua, sumidos en religiosa contemplación, hilvanan á un tiempo mismo un cúmulo de reflexiones. Dicen, con Paúl de Saint-Víctor: «¡Bendita sea tu memoria, admirable pastor de Milo! ¡Benditas sean esas tus piernas, que te condujeron al lugar sagrado! ¡Bendita la piqueta que

removió la tierra para que renaciera triunfalmente esta Venus que nos subyuga!» Yo, por mi parte, ofrézcole á la estatua el elogio que de ella hiciera la briosa pluma de T. Gautier: «*Comme elle est grande et belle, cette Venus!... quel vague et divin sourire sur les lévres á demi cutr'ouvertes; quel regard surhumain dans cet œil sans prunelle!... Les bras son absents, mais il semble que, si on les retrouvait, ils géneraient le plaisir del'œil en empechant de voir cette superbe poitrine et ce sein admirable. Et c'etait dans le temple d'une petite île que rayonnait ce chefd'œuvre d'un statuaire inconnue, digne de la plus belle époque de l'art hellénique.*»

Nuestros modernismos se esfuman rápidamente. Los triviales orgullos de raza fuerte y de civilización superior se aplacan ó desaparecen ante esta obra ciclópea, que subsiste á través de los siglos. Sentímonos pequeños, incapaces de realizar cualquier empresa. Ante un gladiador romano ó ante un semidiós bello en su leyenda, nos avergonzamos de nuestros músculos. ¡Oh! no contempléis una de estas mujeres de la antigüedad—de mármol son, pero respiran como si tuvieran vida—, pues pronto decepciones muy crueles han de asaltaros en vuestro camino. Aquella túnica transparente y bella que permite entrever las líneas severas del cuerpo impecable, por un capricho de la imaginación ó por una ilusión de óptica, veis que los ojos se mueven, que en los labios florecen sonrisas, que los senos palpitan de deseos y el cuerpo todo se estremece ligeramente.

Como con temor de que alguien pudiera analizar mi pensamiento oculto, recordé el prólogo que Leconte de Lisle escribió para sus *Poemas antiguos*, y más que todo aquel párrafo demoledor en donde se expresa de esta suerte: «En lo tocante á

arte original, el mundo romano está al nivel de los dacios y de los sármatas; el ciclo cristiano todo es bárbaro. Dante, Shakespeare y Milton no tienen sino la altura de su genio individual; su lengua y sus concepciones son bárbaras. La escultura se detiene en Fidias y en Lisipo; Miguel Angel no ha fecundado nada; su obra, admirable en sí misma, ha abierto una vía desastrosa. ¿Qué queda, pues, de los siglos transcurridos después de la Grecia? Algunas individualidades potentes, algunas grandes obras sin liga y sin unidad...»

Este admirable hijo de las viejas edades paganas eternamente vióse atormentado por la cruel nostalgia de su Hélade. Por eso no encontró jamás cielos, hombres, arte y vida como aquella vida, aquel arte, aquellos hombres y aquellos cielos que tienen sol de inmortalidad en la trilogía de sus poemas, en los cuales «el califa de Damasco abre la serie, entre imanes de Meca y emires de Oriente».

Estas y otras reflexiones hilvanaba, descendiendo la gran escalera que dos horas antes nos condujo á la sala de mármoles antiguos del museo del Louvre. Noté en los ojos de mi acompañante un profundo dejo de tristeza. Es que por un momento, perdidos, confundidos, olvidados en ese inmenso cementerio del arte, habíamos respirado ampliamente la vida de aquellos mármoles y aquellas telas, en las cuales no se divisan ni las manos del escultor ni el pincel del artista.

Olvidando los prosaísmos brutales que se conocen en la pérfida lucha del hombre contra el hombre, reñidos con las preocupaciones materiales que tanto brillo quitan á las concepciones puramente idealistas, sentimos por un momento que nos crecían alas de cóndor, con las cuales remontamos alto vuelo, dejando á nuestros pies la nada de la

vida y coronando nuestras cabezas humanas y humildes un soplo vivificador de arte supremo y divino.

Y repentinamente, no sé por qué fuerza imperiosa, éramos devueltos al bullicio torpe que produce el choque de las pasiones, colocadas á igual nivel, las altruístas con las mezquinas, las etéreas con las terrenales.

Pero mi acompañante, artista y soñador en todos los momentos de la vida, consigue anteponer á cada borrasca un pantallazo de luz anunciador de la bonanza cercana. Por esto al llegar á la estatua de Gambetta, frente al Arco del Carrousel, divisando siempre en línea recta las ruinas de las históricas Tullerías y luego la columna de la Concordia, que se yergue como un enigma, y por último, á lo lejos, el Arco de la Estrella, que se levanta como una apoteosis de heroísmos y heroísmos... por esto, ante cuadro tan inmensamente deslumbrador, alzó los brazos, y ellos, unidos á un sublime gesto de evocador, revistieron de solemnidad á sus palabras: «¡Atenas! ¡Roma! ¡París!»

La grandeza de esta cosmópolis nace con el Arco de la Estrella. Y si Víctor Hugo en la hora postrera fué colocado debajo del Arco porque cantó la leyenda triunfal de los siglos en marcha, eso quiere decir que los siglos pasarán por él, dejando junto con el polvo besos de perpetuidad...



De más está decir cuán maravillosa sería la cifra estadística que revelase aproximadamente el número de obras que á diario ven la luz en esta cosmópolis. La diversidad de géneros, y por ende la diversidad de gustos, no encontrarían límites en

la tal estadística; desde el novelón de trágicas aventuras, pan espiritual de los que aman las impresiones fuertes, hasta la obra literaria de elevados conceptos, ó el cuento fantástico, que entre otras virtudes posee la de atormentar el sueño de los niños con escenas extraordinariamente macabras, como aquella muy famosa en la cual el intrépido pescador de perlas libró batalla en el fondo del mar con todos los monstruos de la fauna.

Pueden recorrerse los grandes bulevares para formarse idea de cuán enorme es la oferta editorial. Las estanterías desbordan en los locales de tal modo, que la vereda se presta para contener el apilamiento. Y siendo el mercado abundante como es, origina lógicamente una competencia desmedida; de ahí la baratura del artículo y los beneficios consiguientes: entre muchos, uno importantísimo, la solución del problema de la cultura.

¿Puede exigirse solución más feliz, cuando sólo con veinte céntimos se puede leer á Homero, y cuando un abono de diez francos anuales permite retirar cualquier obra científica de los salones de lectura mejor organizados? Aquí no cabe la clásica sentencia del oportuno Larra: «¿No se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?» Aquí se escribe porque se lee, y aun cuando hubiera huelga de lectores, no cesaría el calor de la fragua intelectual, pues los obreros sanos del pensamiento elaboran su obra respondiendo al deseo de desarrollar sus músculos, antes que guiados por el propósito materialista de acumular jornal sobre jornal.

No hay duda que Willy bien puede firmar más de un cheque para el Banco de Francia; y como él muchos otros que cultivan el género fácil de impresionar las bajas pasiones. Pero esto en manera

alguna llega á menoscabar el mérito de los que nunca han visto en el arte una compañía por acciones.

Puede agregarse, como complemento á esa excesiva oferta editorial, el número incalculable de revistas, la mayor parte de ellas quincenales, que por su índole vienen en cierto modo á tener tanto interés como el libro. Ya otros corresponsales se han ocupado de este género de publicaciones con la extensión debida, razón por la cual nosotros no hemos de insistir, recordando únicamente que el grupo de lectores inteligentes de Buenos Aires se halla suscrito á las de más importancia, como el *Mercure de France, La Revue de deux Mondes, La Revue de Paris, La Revue Hebdomadaire, La Revue (ancien Revue des Revues),* etc., etc.

Los medios de publicación son enteramente fáciles. Esto hace al hombre que escribe sentir muy cerca de él las palpitaciones del pueblo. Y el pueblo va hacia las fuentes de salud, de vida intensa; recoge la semilla, fruto divino de sendas reflexiones, y prepara luego el surco en el cual ha de producirse la suprema fecundación.

Cada día que pasa se abren nuevos caminos que conducen hacia la cultura. El sentimiento de lo bello adquiere vigor; se refina el gusto; se educa el espíritu; crécenle alas á la imaginación. Y el pensamiento creador brota cristalinamente, como una lágrima al correr por las mejillas de una virgen...

***

El estudio más optimista de la vida de los pueblos en sus múltiples manifestaciones, ha de arrojar siempre como conclusión sintética una nota en disonancia con las aseveraciones favorables que

de esos pueblos haya hecho el filósofo, el poeta ó el simple observador sin pretensiones. En cuanto una conglomeración de individuos constituyen colectividad, respondiendo á una fuerza lógicamente superior, emana de ellos como de un espejo expuesto á la luz solar mil y una irradiación difusas y difíciles de comprimir.

El psicólogo, que ha de estar presto á todo desdoblamiento espiritual, si en realidad se propone sondear el alma colectiva que analiza, debe escudarse en un método de observación claro, amplio y definido. Cada pueblo posee una psicología social propia. «Ello es hoy—dice cierto reputado autor argentino—un axioma en sociología.» Básteme recordar aquí la forma en que los autores empíricos investigan la psicología especial de un pueblo dado. Siguen un procedimiento semejante al de Galton, quien, para hallar el tipo de una raza, inventó el sistema de superponer una serie de fotografías traslúcidas de distintos individuos pertenecientes á ella, de modo que de las fotografías superpuestas resultará el tipo intermediario buscado.

Con todo, el examen no ha de ser completo, si se tiene en cuenta cuán numerosos son los factores, diversos todos ellos entre sí, que se agrupan para constituir esa psicología social propia.

¿De qué provienen las divergencias de opiniones entre los hombres consagrados al estudio de los pueblos?

¿Cuál es el motivo que impide conciliar las observaciones de Taine sobre Inglaterra con las que hiciera Desmoulins en su obra famosa? ¿Acaso por haber empleado métodos diferentes? Por esta, aunada con otra razón de importancia, el temperamento. He aquí el eje que gobierna las emociones humanas; todas ellas giran en torno de él, unas

con más rapidez que otras. En la ciencia, en el arte y en la vida, el temperamento ha desempeñado un papel generador sobre las manifestaciones de la inteligencia. Lo feo y lo bello cambian de naturaleza en dos personas distintas, del mismo modo que en filosofía el absurdo y lo lógico. Todo matiz vital se adultera de acuerdo con la característica del temperamento. El ensueño, la realidad, el optimismo y el escepticismo poseen el valor que le asignan los soñadores, los realistas, los optimistas y los escépticos. Hay tantas verdades como convicciones, y todos están en lo cierto dentro de la propia verdad.

Observad las crónicas de los viajeros. Haced un fino análisis entre dos descripciones que versan sobre una noche en París; ¡qué emociones tan diferentes! Aquél deja viborear la pluma afanado por dar un soplo de animación á la cuartilla destinada á expresar el aire de fiesta perpetua del bulevar parisiense. Y os transmite el bullicio de esa ola de gente que va, que viene, que se extiende sobre las aceras; ó la silueta de la mujer aprisionada en el rico encaje de su vestido; ó las notas dispersas de una orquesta que derrama en el café sus melodías; ó el canto delicado que escapa de una garganta joven; ó la sonrisa maliciosa de unos labios encarnados. El autor de ese escrito ha respirado el aire más puro, visto las cosas más hermosas. Y según su creencia, su espíritu ha pasado por París y París ha pasado por su espíritu.

Ved, en cambio, lo que dice el otro. Le aturde el bullicio de esa gente, le molestan esos gritos, esas risas, esas músicas. Cada mujer es para él una «cocotte» que se vale de artificios para presentarse bella. No se siente alegre; se siente triste. Repara poco en lo que tiene la ciudad de hermoso,

pero sí observa otros detalles que al parecer le interesan más que ese. Ve niños vagabundos con el estigma de la degeneración en los ojos, mujeres cloróticas mendigando los favores del centavo, niñas enfangadas en la prostitución, hombres aplastados por la neurosis, frutos todos de una moral que se derrumba, amenazando dar fin á esa danza del placer y del dolor.

¿A cuál de los dos le daréis la razón? Y si viene un tercero y os describe un París muy distinto, en el cual las manifestaciones elevadas del pensamiento encuentran luz, flores, incienso, triunfo esplendoroso; si un artista exquisito os transmite las sublimidades del arte francés, de su literatura considerable, del ambiente propicio para las buenas germinaciones, ¿á cuál de los tres daríais vuestro aplauso?

* * *

¿Quién podrá dudar del místico sincero al que su fe le impide aceptar la carcajada sarcástica de la cortesana, si no una expansión de infinita dulzura en los labios muy castos de una Santa Teresa? ¿Por qué habréis de menospreciar el espíritu que siente reminiscencias olímpicas y da felicidad á sus apetitos llenando la copa de licor espumoso en medio del desorden de las bacanales? Y en último caso, el hombre que hace en torno de sí mismo el silencio que favorece una especulación mental elevada, no es ni más ni menos cuerdo que aquellos otros que viven la vida que más se amolda con la masa de que están hechos.

El mundo no sería mundo sin esta amalgama de pasiones. Como bien lo observa el doctor Ingegnieros, los avaros—cuyo tipo inmortalizaron Molière y Balzac—, exaltando una función ordinaria, mue-

ren de privaciones, pero sintetizan, enseñándola á los demás, la útil función del ahorro; los pródigos, exaltando el carácter opuesto, la disipación, dan alto ejemplo para el ejercicio normal de la filantropía. Los sinceros son la antítesis y también la cualidad normalizadora de los mentirosos; los vanidosos restablecen el equilibrio roto por sus antitéticos, los modestos; los ambiciosos neutralizan la acción desmoralizadora de los apáticos; los generosos la de los egoístas, etc. Por otra parte, según Ribot, la dinámica psicológica de la sociedad es dada por la acción de tendencias contrarias; cada tendencia tiene su antagonista, que la equilibra y enfrena en sentido saludable para el conjunto.

No existe un solo París. Hay tantos como temperamentos. Para el rechoncho burgués que tiene acciones en el Crédit Lyonais, es una banca que favorece las más arriesgadas especulaciones; para el comerciante, una gran ciudad que permite desvalijar al extranjero; para el libertino, una Babilonia de voluptuosidades; para el ocioso, un proscenio en el cual nunca desciende el telón; para el poeta, una sucesión de ensueños en marcha al infinito; para el pensador, un gran cerebro, un faro que salva de los naufragios.

Y así como agrada á unos, molesta á otros. Recordad al dulce de Amicis: «Pasados algunos meses, ¡qué cambios!... comienza á nacer en nuestro corazón una pequeña antipatía por una cosa insignificante; cada día después observáis otra, y al cabo de un mes escapáis de París enviándole el famoso saludo de Montesquieu á Génova:

. . . .

Adiós... mansión detestable;
no hay un placer comparable
al de escapar de tu seno.»

A Antonio de Tomaso

Bajo un cielo gris del mes de Diciembre, caminaba lentamente por el bulevar de Batignolles. Iba sin rumbo cierto, desafiando el frío penetrante con mi abrigo siberiano. El tránsito en la calle y en las aceras era un tanto dificultoso y desagradable, debido al lodo formado por la llovizna incesante. Los transeuntes marchaban encorvados, friolentos, sin detenerse, como si fueran perseguidos por algo pavoroso y oculto, sin forma determinada, pero amenazante siempre en las intemperancias del invierno desolador. En el fondo del bulevar alzábase la cúpula del *Sacré Cœur*, casi esfumada en una túnica de niebla que realzaba su majestad.

Y así, tejiendo detalles insignificantes, caminando sin rumbo cierto, llegué á la bulliciosa place Clichy. Ante tan grande algarabía de voces humanas y de ruidos desentonados, con la misma ausencia de propósito bien definido, doblé en la primera calle que encontré, á mano izquierda del bulevar Clichy. Ahí tenía el silencio que buscaba, y lo tendría en absoluto dando unos pasos más y entrando... ¿adónde? al cementerio Montmartre.

El color gris desolador del cielo transmitía su mortal tristeza al espíritu. ¡Y la llovizna! La llovizna fina y continua ensombrecía el paisaje, envolviendo las tumbas, semivelando las efigies. Las calles del cementerio, desiertas, con sus dos filas de árboles escuetos, por cuyas ramas resbalaban las gotas de lluvia hasta la tierra, como si fueran lágrimas del cielo para tanto muerto confundido en la gran fosa niveladora. ¡Y ese silencio! ¡ese

silencio agobiador! ese silencio extraño que proclama la ausencia de la vida, que hace sentir el frío de los cuerpos yertos, que hace ver la miseria calamitosa que espera á los hombres, á los más vanidosos, á los que gozan más poder, á los que abrigan más esperanzas de dichas perdurables... Y todo esto en un porvenir no muy remoto, muy cercano, tan cercano que puede producirse mañana, ó bien en el transcurso de breves horas... En ese momento me sentí el hombre más bueno de la tierra. Quise retroceder, incorporarme nuevamente al remolino de vida inquieta. Pero no pude. Tenía muy cerca mío un busto en relieve en forma de gran medalla con la siguiente inscripción: «*Beyle Milanese scrisse, amó, visse.*»

Estaba ante la tumba del gran Stendhal, el admirable autor de *L'Amour*, *La Chartreuse de Parme*, *Le rouge et le noir*. Un profundo sentimiento de admiración hizo concentrar mis ideas en ese mármol, bajo el cual reposaban las cenizas del que fué el más sutil observador del alma humana.

A partir de aquel instante, mis reflexiones tomaron otro rumbo. No era ya el profundo pesimismo ante la brevedad y la superficialidad de las horas. No era ya la inquietud que carcome energías ante el porvenir incierto, lejano ó próximo. No era ya la fiebre que perturba, la obsesión fija de ver dislocarse por el zarpazo inesperado de la parca la obra de mis sueños, de mis afanes, la obra por hacer, en continuo acumulamiento, en incesante perfeccionamiento; la obra que justifica la razón de mi existencia. Y el pesimismo huyó con sólo pensar en lo que hizo ese gran muerto, ese gran Stendhal, que estaba ahí, tan cerca mío, bajo ese mármol sobre el cual sonríen rosas encarnadas todas las primaveras. Esto indújome á admirar á

los que nunca desmayaron en la vida, sublimes, incansables trabajadores, caballeros del ideal, artífices de la eterna belleza. Con esta nueva idea, con este noble propósito, emprendí una peregrinación por las tumbas del cementerio Montmartre bajo el cielo gris del mes de Diciembre, que infundía una tristeza irreparable.

Luego de dar unos pasos me detuve ante un sepulcro sencillo y majestuoso á la vez, trabajado en piedra. Habían flores frescas puestas esa misma mañana por una mano cariñosa. Y eran flores encarnadas, flores azules, flores amarillas, de un amarillo suave, pálido; y otras muy blancas, blancas como una hostia, henchidas de pureza, con gotitas de lluvia esparcidas en los pétalos. En la parte baja del sepulcro, las flores formaban una alfombra multicolor y aromosa, que ascendían luego como trepadoras de amor hasta la parte superior, de la cual surgía serenamente un busto de hombre fornido, de frente amplia, de ojos suaves y tranquilos, de nariz recta, de barba en punta. Y como para realzar aquella sencillez, la alfombra de flores había dejado libre un espacio en el que se leía un nombre...

Ese nombre era: Emilio Zola. La emoción rápida que estremeció mis fibras, facilitó una restauración de recuerdos, si no extinguidos, suplantados por otros más recientes. Y desfilaron los gratos recuerdos, vivos, sin alteración alguna, frescamente vigorosos, puesto que eran de la edad hermosa, de la edad rubia, riente siempre, que desconoce en absoluto el ceño adusto, la catástrofe moral, la vileza del mundo. Recordé mi primera lectura seria, hecha con temor, ocultando aquel libro, prohibido por las madres y los confesores de familia. Era allá muy lejos, en mi país de América, adonde llegan

barcos cargados de libros y rieles para ferrocarriles. Y en mi casa antigua, de anchos patios, en los cuales el sol filtraba sus rayos por entre las ramas de la parra abundosa en hojas y racimos. El libro que llevó el barco civilizador vino á mis manos por una casualidad, por un designio oculto, si os parece bien. Desde ese día, sobresaltado como un delincuente, vagaba por los rincones de la casa, escondiendo en la blusa el voluminoso tomo de quinientas páginas, impresas con letra pequeñísima. Y el libro fué siendo devorado, las escenas hondamente vividas, los personajes amados ó despreciados. Todo esto unido á una admiración rayana en idolatría hacia la persona del autor que había creado esa obra, que había escrito esas páginas, esas mismas páginas que yo daba vuelta con la nerviosidad de un colegial en delito. Después de leído todo, se produjo un torbellino de ideas bruscas, indisciplinadas. Era el paso dado hacia adelante, las visuales enriquecidas con nuevas facultades de apreciación; era el descubrimiento de un millón de cosas ya descubiertas, viejas para el mundo, pero novísimas para mí.

Otro día, también allá, muy lejos, en mi tierra de América, con más rapidez que el barco conductor de libros, llegó una noticia que me consternó profundamente: Emilio Zola, «el práctico y concienzudo arquitecto de tanta fábrica maciza» (1), acababa de morir.

Por esto amo á Zola, por las grandes y sentidas emociones que me procuró en mi mejor edad. Si llevara aquí adentro un corazón distinto del que me anima, guardaría profundo rencor á este coloso. El me hizo ver por primera vez la descarnada rea-

(1) Rubén Darío.

lidad de la vida en todas sus complicaciones. En aquella época—antes de llegar el barco con el libro culpable—yo no sabía de miserias humanas. En mi hermosa ignorancia, la tierra era de todos los hombres, como el aire y el sol. Todas las bocas tenían su pan cotidiano, todos los cuerpos su cama blanda y caliente, todos los ojos la alegría y todos los corazones la esperanza. Pero á partir de aquella hora, descorrióse el velo, dejando ver lo que había detrás. Y apareció el mundo con su verdadera magnitud. Rougon y Macquart dominando el globo, extendiéndose siempre más, reproduciéndose, transmitiendo á los descendientes sus vicios, su degeneración, sus garras afiladas, prontas á dar el zarpazo felino del odio, de la traición, de la mentira... Pero no le guardo rencor, porque fué bueno, modesto, valiente en la hora del peligro, en esas horas de peligro tan difíciles, en las que la proximidad del naufragio quebranta muchas «convicciones» y hace transigir á muchos «intransigentes». No le guardo rencor, porque si bien es cierto que pintó con crudeza la entraña dolorida de la humanidad, sus sentimientos de grande hombre honrado le indujeron á tener fe en días mejores, en días de bonanza, de paz, de amor, de concordia universal, como compensación á tantos males soportados, á tantos dolores sufridos.

Yo, que le admiré con esa pasión desbordante en mi más dorada juventud, me conmuevo vivamente y dejo mi cosecha de amor y de lágrimas en este sepulcro que guarda los restos del escritor que en vida llegó á ser *«un moment de la conscience humaine»* (1).

---

(1) Anatole France.

A Alfredo L. Palacios

Al llegar á un recodo del camino, la Sombra, sigilosamente, me habló de este modo:

—Yo soy el Escepticismo; nací con el primer hombre y moriré con el último. Mi actitud es múltiple; vagabundeo por las grandes ciudades, busco las reuniones tumultuosas, discuto con los sabios y más de una vez he conseguido atraparme su sabiduría, perdiéndola luego en los pliegues de mi manto de desolación y de ruina. Busco muy especialmente á los jóvenes, porque ellos son fáciles de sugestionar. Por eso he venido á tu encuentro; descubro en tus ojos una angustia pronta á estallar. Debes saber que son muchos los que me admiran, de tal modo, que llevan á la práctica mis teorías, Predico la contemplación serena de los astros, sin otra preocupación mayor. Proclamo la risa y el escarnio para los que creen y esperan algo; proclamo la inutilidad de todo esfuerzo que tienda á producir la felicidad. Yo digo á todos los vientos capaces de transmitir mis palabras hacia otras regiones: «La felicidad no es la vida, la vida no es la felicidad. Todo lo que hacen los hombres proporciona dolor. Sabios, huid de vuestra sabiduría; filósofos, quemad vuestros sendos tratados sobre el espíritu de la humanidad; sacerdotes, ¿de qué os sirven esos templos si vuestra moral es estrecha y hace daño á la voluntad del hombre? Olvidad todo lo que habéis dicho y hecho y acostaos de espaldas en las noches apacibles á contemplar la serenidad de los astros.»

La Sombra calló súbitamente; habíamos llegado

al final de nuestra ruta, con los pies ensangrentados por las piedras y las zarzas del camino.

—Aquí es—dijo luego la Sombra—. Aquí se reunen los dialogadores ilustres. Comeos la lengua y haceos todo oídos. No pasa día sin que discutan. Escuchad; ya empiezan á divagar:

CRISTO.—Fué muy breve la visita que les hice á los hombres. Breve y dolorosa. Les hablé de las miserias humanas, de las privaciones que sufren los pobres y de los placeres que disfrutan los poderosos. Les hablé con dulzura para enternecerlos. Pero ellos no me comprendieron. Los temperamentos pacíficos no tienen aceptación en el mundo.

MARX.—Los hombres son tal como deben ser: un resultado del medio que los rodea.

CRISTO.—Yo no me quejo de los hombres. Si ellos no llegaron á comprenderme, fué por ignorancia más que por maldad. ¡Pobres de aquellos que buscan recompensa por sus actos loables! La recompensa la concede Dios en el cielo. A pesar de todo, que no desesperen los jóvenes inspirados en santos propósitos. Que hagan todo el bien posible. Aun cuando caigan sobre sus espaldas el odio y los rigores de las leyes humanas, tendrán en el cielo el favor de las leyes divinas. Por eso dije: «Mi reino no pertenece á esta tierra, y bienaventurados sean los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos.»

MARX.—No. Es tiempo ya de que se piense en la justicia de los hombres y en la felicidad inmediata. El hombre tiene poco tiempo para resolver los problemas que se presentan en la sociedad de la cual forma parte, sin que sea justo lo pierda para siempre, divagando sobre lo que hay más allá de la tumba.

ZOLA.—Yo no proclamo á los pobres de espíritu,

á los enfermos de la voluntad. Yo digo: «Bienaventurados los fuertes, bienaventurados los que piensan, porque de ellos es el reino de la tierra.»

CRISTO.—Los hombres no son capaces de justicia. ¿Cómo han de ser justos si están llenos de pasiones? La pasión los pierde; ella hace que cada uno conspire contra sus semejantes... Pero decidme, sabios, moralistas: ¿justicia hubo en vuestras casas? ¿Tuvo el hambriento asiento en vuestra mesa? ¿Disteis al miserable el abrigo de vuestro cuerpo? Hay muchos que escriben sendos libros sobre el bien y luego practican lo contrario, porque la realidad los impulsa en un gran torbellino devastador. No; moralistas, sabios, apóstoles, la vida es una prueba, la vida es un valle de lágrimas.

EPICURO.—Este género de discusiones, en donde predominan las afirmaciones categóricas, no conducen á nada útil, y más cuando se habla de la vida. Hay que razonar. Hay que poner más altura de pensamiento y formular los juicios de una manera concreta. ¿Qué se debe hacer? ¿Cuál es el objeto de vuestros actos y cuál es el fin de nuestra vida? Este es un problema que puede resolverse por medio de la experiencia, ó bien valiéndose de la razón pura. Yo prefiero la experiencia: ¿cuál es el fin que perseguimos y que persiguen todos los seres vivos á vuestro alrededor?

ARISTIPO.—Es el placer.

EPICURO.—Es necesario que el fin sea para todos los seres el placer; porque apenas han nacido, cuando ya natural é independientemente de la razón se complacen con el disfrute y se rebelan contra el dolor.

GUYAU.—Hay una idea bastante sutil en este argumento de Epicuro. En efecto, que no se venga

á decir que los seres, persiguiendo el placer, hagan algo malo; porque, ¿con qué derecho se les puede vituperar? No podría hacerse esto sino en nombre de la razón. Pero la razón, ¿tiene autoridad aquí? La razón se apoderaría de ellos si la hubiesen elegido previamente por señora y por juez; si, obrando de un modo irracional, hubiesen tenido la pretensión de obrar racionalmente; en una palabra, si no desean el placer sino con arreglo á una razón.

EPICURO.—El animal va hacia el placer ante toda alteración de su naturaleza: la Naturaleza misma es la que juzga en él, en su pureza é integridad. La Naturaleza sola debe juzgar de lo que es conforme ó contrario á la Naturaleza. Y opongo así la Naturaleza al razonamiento, los sentidos al pensamiento y el mundo animal al mundo humano.

SAN AGUSTÍN.—Con esa teoría se pueden justificar los actos más repugnantes. Se coloca en un mismo nivel el bien y el mal. ¿Qué valor tendrán entonces las virtudes? ¿Qué haréis después de esto con los principios de la moral?

GUYAU.—Bastará nombrar el placer para que todos comprendan que es el bien; el verdadero filósofo debe aquí más bien afirmar que razonar; habla, y se descubre que su palabra, como la de los hombres inspirados, se realiza, más aún, que ya está realizada, que lo estaba en todo tiempo, que hasta entonces se había estado al lado de la verdad.

EPICURO.—La verdad, el bien, es el placer; «esto se siente», «y esto se comprende al mismo tiempo»; es el punto en que coinciden la inteligencia y los sentidos, que en el fondo no son más que una cosa. Basta tener sentidos y ser de carne, y el placer aparecerá como un bien; aparecerá de este

modo, no sólo para los sentidos y para la carne, sino para el espíritu, porque el espíritu, en el fondo, es todavía los sentidos, es todavía la carne. En verdad, no sé cómo podría concebir el bien si suprimo de él los placeres.

SAN AGUSTÍN.—Los principios de la moral son absolutos é irrebatibles. Todo aquello que vaya contra la moral, es inmoral. Dios es el supremo bien y la suprema moral. La teoría epicúrea de los placeres conduce directamente al vicio y al crimen. El vulgo influenciado por esas ideas caerá en la perversión ruinosa de los sentidos. Así, yo antepongo al placer amplio el dolor que regenera. Sobre Epicuro caerá una maldición terrible, puesto que él es el promotor de todos los siglos de libertinaje. El dolor, como he dicho, regenera. Ahí tenéis á esos monjes que vagaron hambrientos por campos estériles, luchando con las intemperancias del tiempo y con las tentaciones de los espíritus malignos.

SPINOZA.—Eso es indigno y vituperable. Ir en busca del dolor guiados únicamente por una concepción idealista de Dios y de los hombres; sacrificarlo todo por ese Dios que tantas promesas hace, sin saber que Dios es la Naturaleza misma, con sus placeres como supremo bien. Es digno del hombre sabio el usar de las cosas de la vida y disfrutar de ésta cuanto le fuera posible; repararla con una alimentación moderada y agradable; embriagar sus sentidos con el perfume y el verdor resplandeciente de las plantas; adornar sus vestidos; disfrutar con la música, los juegos y los teatros y con todas las diversiones que pueda procurarse sin perjudicar á nadie.

SAN AGUSTÍN.—Se habla y se habla, y todos olvidan los principios absolutos de la moral.

SPINOZA.—En moral no hay principios absolutos, puesto que todo lo que á ella se refiere es relativo. Como la perfección y la imperfección son relativas, el bien y el mal son relativos á nuestros deseos. Una cosa sola y la misma puede ser al mismo tiempo buena, mala ó hasta indiferente. La música, por ejemplo, es buena para un melancólico; para un sordo no es buena ni mala... El bien y el mal no señalan nada positivo en las cosas consideradas en sí mismas.

SAN AGUSTÍN.—Y entonces, ¿qué entendéis —contestad esto en una forma concreta—por «bien»?...

SPINOZA.—Entiendo por «bien» todo lo que me reporte «utilidad»; lo útil produce alegría, y la alegría no es otra cosa que un deseo que se satisface.

CRISTO.—¡Hombres de buena voluntad! Hay demasiada sabiduría en vuestros cerebros para resolver el intrincado problema de la felicidad humana. Esas teorías quieren trasladar el cielo á la tierra, pero en la tierra los hombres luchan por pasiones, y esto los separa hasta el punto de amargarles en absoluto la vida. Yo quise extirpar el mal de los corazones, yo quise purificar el agua de las fuentes, yo quise que las olas tuvieran la misma ondulación y los vientos el mismo impulso. Todo fué inútil. Cada palabra cariñosa que brotó de mis labios, hizo despertar cóleras y cóleras. Di mi mano al tullido, y luego que éste recuperó la salud, me dió la espalda. Prediqué la igualdad de los ricos y los desposeídos, y los ricos levantaron las piedras del camino para lanzarlas contra mí y los desposeídos dejaron relucir en sus ojos angustiados una ingrata desconfianza. Pero yo no me quejo de los hombres; son malos porque son ignorantes. Tampoco los acuso; ¿acaso tienen culpa las

víboras por el veneno que expiden de sus glándulas? A partir de ese instante, dije: ¡Ah! mi reino no es de esta tierra: pero decidme vosotros, hombres llenos de sabiduría: ¿qué es lo que habéis hecho para conseguir la felicidad y el placer que proclamáis en vuestros discursos y en vuestras obras?

MUCHAS VOCES.—Estamos encausando á la humanidad.

CRISTO.—Hace mucho tiempo que este problema ha sido planteado, y aun no se llega á una solución. Ahora viene Marx y nos habla de las reivindicaciones de los que sufren...

MARX.—Está cercana la hora en la que terminarán los rebaños.

NIETZSCHE.—Desde que hubo hombres hubo rebaños de hombres (familias, ciudades, tribus, pueblos, estados, iglesias), y siempre fueron en número incomparablemente mayor los súbditos que los gobernantes, de manera que la obediencia ha sido muy ejercitada entre los hombres, y hay razón para admitir que con nosotros nace la necesidad de la obediencia como una conciencia formal que predomina: «debes hacer esto incondicionalmente» y siempre «debes», «debes»...

MARX.—Sabido es que la historia de la sociedad humana es la historia de la lucha de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, señor y siervo, maestro artesano y compañero, en una palabra, opresores y oprimidos, colocados unos frente á otros en un antagonismo incesante, han sostenido una lucha sin descanso, encubierta unas veces, franca otras; lucha que ha terminado ya por la transformación revolucionaria de la sociedad, ya por la destrucción de las dos clases contendientes. El progreso del maquinismo y la divi-

sión del trabajo han privado de toda independencia al trabajo de los proletarios; y por esto mismo, el trabajador no puede tener afición á su trabajo. Se ha convertido en un simple apéndice de la máquina, en la cual solamente realiza la maniobra más sencilla, la más monótona y fácil. Los obreros no cuestan hoy más que el importe de lo indispensable para que vivan y se reproduzcan. El precio de una mercancía (y el trabajo es una mercancía) equivale á los gastos que ha costado su producción. Esta es la razón de que á medida que el trabajo es más tosco, el salario disminuye: Hay más todavía: á medida que el maquinismo y la división del trabajo se desarrollan, el trabajo exigible aumenta, se prolonga la jornada, se pide más trabajo en un tiempo dado, se acelera la marcha de las máquinas... Esto es lo que dice el rebaño habituado á obedecer, según la frase de Nietzsche. Reclaman su pedazo de pan, su pedazo de tierra, su rayo de sol, su derecho á la vida; y como son los más fuertes y los mejores, conquistarán la vida, el sol, el pan y la tierra.

CRISTO.—Hermano Marx, vuestras palabras son profundas.

SAN CLEMENTE.—Dios, Nuestro Señor, dió la tierra para todos los hombres, pero éstos han desacatado la voluntad de Dios, acumulando en manos de unos pocos las riquezas. Según la verdadera justicia, «todo» debería pertenecer á todos.

SAN AMBROSIO.—La Naturaleza ha establecido la comunidad de los bienes.

ROUSSEAU.—Maldito sea aquel que cavando la primera fosa osó decir: «¡Esto es mío!»

CRISTO.—Por eso he dicho: Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.—El rico es un ladrón.

SAN JUSTO.—La opulencia es una infamia.

PROUDHON.—La propiedad es un robo.

MARX.—Sonará la hora de la propiedad capitalista, y los expropiadores serán á su vez expropiados.

NIETZSCHE.—¿Quién habla así? Un alemán debería ser, por lo absolutista en sus conclusiones. ¡Basta! ¡Basta de improperios semejantes! Hace tiempo que nos vienen aturdiendo con eso de revolución y reivindicaciones proletarias. Yo he de increparos vuestra alarmante ausencia de sentido común. Yo he de acusaros por dementes al preocuparos de los intereses colectivos en perjuicio de vuestros intereses individuales. ¡Que el pueblo sufre! ¡Que el pueblo es explotado! Corréis eminente peligro de caer en ridículo al remover una cuestión tan antigua como el mundo. El pueblo sufre porque es ignorante; el pueblo es explotado por su mentalidad inferior. ¿Y es posible que seres hechos para sufrir todos los yugos por culpa de ellos mismos, distraigan vuestro tiempo y malgasten vuestras fuerzas? No; para esos van todas mis cóleras y todos mis desprecios. Yo proclamo al hombre superior... ¿Habéis oído hablar de Zaratustra?

CRISTO.—Zaratustra fué enemigo de los hombres.

BOSSUET.—Y de Dios.

MARX.—Zaratustra tuvo sentimientos aristocráticos.

NIETZSCHE.—Cuando Zaratustra llegó á la ciudad más próxima enclavada en los bosques, encontró un gran gentío en la plaza pública: porque se había anunciado que iba á verse un bailarín de cuerda. Y Zaratustra habló así al pueblo: «Yo os anuncio el superhombre.» El hombre es algo que

debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarle? Hasta ahora todos los seres han dado de sí algo superior á ellos; y vosotros, ¿queréis ser el reflujo de ese gran flujo y volver á la bestia mejor que superar al hombre? Una irrisión ó una vergüenza dolorosa. Pues eso es lo que debe ser el hombre para el superhombre: una irrisión ó una vergüenza dolorosa. Habéis recorrido el camino que media desde el gusano hasta el hombre, y aun queda en vosotros mucho del gusano. En otro tiempo erais monos, y ahora el hombre es todavía más mono que ningún mono. Aun el más sabio de vosotros no es sino una cosa disparatada, una mezcla híbrida, de planta y de fantasma. Sin embargo, ¿os he dicho yo que os hagáis planta ni fantasma? ¡Yo os anuncio el superhombre! El superhombre es el sentido de la tierra! Diga vuestra voluntad: que el superhombre *sea* el sentido de la tierra. ¡Yo os exhorto, hermanos míos, á «permanecer fieles á la tierra», y á no creer á los que os hablan de esperanzas supraterrestres! Esos son envenenadores de la vida, moribundos que están á su vez envenenados, seres de quienes la tierra se halla fatigada; ¡acaben de irse de una vez! Antaño, la blasfemia contra Dios era la mayor blasfemia; pero Dios ha muerto, y han muerto con El esas blasfemias.

CRISTO *y otras voces*.—Ese hombre ha perdido la protección de Dios; por eso habla en esa forma.

NIETZSCHE.—Ahora lo más espantoso es blasfemar de la tierra y tener en más las entrañas de lo impenetrable que el sentido de la tierra.

SAN AGUSTÍN.—Hay que compadecer á Nietzsche, porque al pobre se le ha derretido la razón.

NIETZSCHE.—Locos estáis vosotros que deseáis llenar el paraíso de cojos y de enfermos de la voluntad.

BOSSUET.—Nietzsche no merece compasión; su maldad proviene de haber sido amamantado por las serpientes.

NIETZSCHE. — Hago el elogio de la serpiente porque ella, dada su naturaleza, si amamanta hombres, hace rebeldes. En tanto que vosotros, con la oveja bíblica, no tenéis nada más que mujeres. Hago el elogio de la serpiente; ella enseña á maldecir. ¡La maldición es masculina, la cólera es masculina! Bendecir es propio de mujeres enfermas de misticismo. Maldecid siempre, y si os hacen una gran injusticia, haced vosotros al punto cinco pequeñas.

BOSSUET.—Estáis enfermo de sabiduría, y el principal síntoma de vuestra enfermedad estriba en ese acendrado amor al cuerpo y á la tierra. Para esa clase de enfermos niego mi piedad y pido la cólera de los hombres y la cólera de Dios.

NIETZSCHE.—Enfermos y decrépitos fueron los que menospreciaron el cuerpo y la tierra, los que inventaron las cosas celestes y las gotas de sangre redentora. Cristo fué un enfermo, y á él se le debe acusar por ser culpable de que tantos espíritus se arrastren con muletas.

CRISTO.—Hombre impulsivo, vuestros odios no llegan á alterar mi bondad. Tal vez fuí un enfermo al querer regenerar la humanidad por medio del amor. Pero no me arrepiento de ello. Nada tengo que decir contra vos, hermano Nietzsche; vuestros ímpetus son una manifestación de vuestro temperamento. Decidme ahora: ¿qué propósito tuvisteis, poetas, apóstoles, filósofos y sabios, al enunciar tantas y tantas teorías? Decid, Epicuro, ¿cuál fué tu propósito?

EPICURO. — Hacer que el hombre huyera del dolor, disfrutando el placer á toda hora.

Cristo.—¿Y tú, Marx?

Marx.—Apaciguar el hambre, saciar la sed, aplacar el frío, disipar las sombras para que alumbrara el sol.

Cristo.—Que vayan exponiendo los que no han hablado la esencia de sus doctrinas.

Y mil voces responden.—¡La felicidad! ¡La felicidad! ¡La felicidad!

Cristo.—Ya véis, Bossuet, como estos hombres no merecen vuestras cóleras. Concibieron el bien sin el apoyo de Dios. Esto fué todo. Pero... ¡ay! ¡hermanos míos! ¡cuánto pesar me causa decir esto! ¡muchos son los que practican el mal y se apoyan en Dios para salvarse!...

Y cuando se hizo el silencio entre los dialogadores, la Sombra, el cruel Escepticismo, sonriendo despreciativamente, dejó ver una hilera de dientes negros y carcomidos (1).

A Melián Lafinur

El libro de Edmundo Lepelletier sobre la vida y obra de Paúl Verlaine, nos sugiere las siguientes reflexiones. Veíamos hasta ayer el alma de Verlaine como una brumosidad trágica, misteriosa, intraducible; con algo de abismo y algo de cielo. Hoy, preséntasenos con toda la verdadera magnitud de su honradez ya insospechable. ¿Es posible atre-

(1) Para corroborar los principios expuestos, consúltese: Marx, *El manifiesto comunista;* Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra* y *Más allá del bien y del mal;* Spinoza, *Etica;* Guyau, *La moral d'Epicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines.*

verse á llevar á cabo esta especie de rehabilitación? Mucho valor, y sobre todo mucha bondad debe tener el que afronta los peligros y la crítica acerada para acreditar un nombre universalmente desacreditado. Porque la vida del poeta Paúl Verlaine, por lo accidentada y venturosa, daría tema á una novela de no escaso interés. El personaje, indudablemente, al ser presentado en el capítulo I, recogería las simpatías unánimes del público lector. Joven, con un torbellino de locas ilusiones en la cabeza, los ojos claros, serenos y llenos de vida, como si fueran horizontes apacibles; la mirada tranquila, risueña, alegre; los labios frescos, pletóricamente henchidos por el último beso dado en el último idilio y la frente amplia y libre de toda arruga reveladora de angustias prematuras.

En el segundo capítulo veríamos al personaje gastando la esterilla de un sillón oficinesco. Aquí los libros del estudiante de derecho se descompaginan y sirven sus hojas de juguete al viento en sus remolinos. Ahora escribe notas oficiales desde las once hasta las cinco de la tarde y cobra religiosamente una suma no mayor de ciento cincuenta francos los días 30 de cada mes. Terminada la diaria labor, abandona su oficina y va, ¿rumbo adónde? al café. Ahí, entre el vaso de ajenjo que toma y la pipa que fuma, deja correr la pluma al azar, dando salida al tropel de imágenes que borbotean en su cerebro, deseosas de huir en cuanto antes de él para perfumar hoy la cuartilla de papel con membrete de casa comercial, iluminando mañana las páginas del libro aventurero que peregrinará de mano en mano, de pueblo en pueblo y quizá... de siglo á siglo.

¡Vaya si habría tema para una novela! Las reuniones que se celebraban en casa de Mad. Ri-

card, reuniones á las que acudían otros jóvenes para quienes la gloria les reservaba el derroche de sus dádivas. Ahí estaban los Leconte de l'Isle, los Barbey d'Aurevilly, los François Coppée y tantos otros como Anatole France y Sully Prudhomme. La cuna, diremos, intelectual de Paúl Verlaine recibió los más fervientes halagos. El niño cuyas poesías sólo eran conocidas en ese reducido, pero ilustre cenáculo, mañana conquistaría puesto de honor en las letras francesas.

Sainte-Beuve decía conocer al hombre por sus obras. Estas deberían ser un reflejo fiel de los estados de ánimo y maneras de ser peculiares del autor. Pero en no pocos casos, ¡cuán lejos sabe estar el autor de su obra! Sabido es que se simulan cualidades, sentires, propósitos, virtudes, vicios, etcétera. Simular una bondad cuando se es en realidad malo, no sorprende ya á nadie. En cambio, ocultar una virtud, ensombrecerla para que sólo perduren las fulguraciones de un vicio deleznable, ha de tenerse para esto, ó bien un corazón sin límites, ó lo contrario, un alma de manicomio. ¿Verlaine está en el primer caso ó en el último? Edmundo Lepelletier trata de justificar ciertos actos de su amigo íntimo. No fué un hombre malo; si bien es cierto que vivió en medio de brumosidades insalvables, siempre conservó la pureza de su gran espíritu.

Esos ojos apagados y turbios, en donde parecían estallar todas las borrascas, tenían, no obstante esto, rayos de luz que iluminaban las reconditeces de su alma. Andaba por la vida sin norte ni rumbo fijo, balanceándose continuamente como un navío estropeado y maltrecho por la cólera creciente de las olas. Sin voluntad, sin energías, sin impulsos, sin entusiasmos, sin esperanzas, sin una estrella

en el horizonte, sin una constelación en su noche, iba siempre con el dolor á cuestas. Un día hubo de salvarlo el amor; entregóse por entero á él. Creyó que iba á ser feliz; tan era así, que cierta vez, por hablarles de su novia á unos amigos, se olvidó de tomar el ajenjo acostumbrado. Pero la mujer le resultó una hiena; en vez de tenderle la mano lo ayudó á que sucumbiera más pronto. Sus propósitos no eran otra cosa que castillos de naipes que se derrumbaban al primer soplo. Y por último, el desgraciado incidente con el poeta Arturo Rimbaud, al que hirió de un tiro mientras disputaban embriagados en un café.

El calvario de Verlaine, mejor dicho, su vía-crucis por el mundo, no tiene fin. La cárcel, el hospital, la mesa del café, le proporcionan ocasiones para exhalar sus quejas, para cantar sus dolores. El mismo declara que las mejores estrofas que hizo son las que escribió en la prisión, «en su castillo feudal de Bélgica», *Sagesse,* por ejemplo.

J'ai naguère habité le meilleur des châteaux
dans le plus fin pays d'eau vive et de coteaux;
quatre taurs s'élevaient sur le front d'autant d'elles
et j'ai longtemps habité l'une d'elles.

No deben exasperarse los fervientes admiradores del autor de *Les poèmes saturniens,* clasificando de seudo científicos á los que han encontrado en Verlaine un caso notable de neuropatía. Es preciso descartar por completo al enfermo del poeta; el primero provoca lástima; el segundo veneración. ¿Qué más pueden pedir en su favor los acólitos de Verlaine? ¡Anotar los síntomas degenerativos de un hombre que escribe genialidades! ¿Es un contrasentido? Primero canta con amor el reposo y silencio de su celda:

Un lit strict où l'on peut dormir juste á son aise,
du jour suffisamment et de l'espace assez.

. . . .

Después, fuera de ella, nos dice que la libertad es una locura sagrada y que de hotel en hotel, de hospital en hospital, se siente menos desgraciado que en la torre aquella donde vivió dos años. Luego reniega del hospital, por los enfermos que se quejan, por los enfermeros que hablan, por los médicos que llegan y muchos otros inconvenientes más. Y por último, decíale á un amigo:

«...No hay que blasfemar contra las cosas del mundo. ¡Esta pata enferma, que me hace sufrir un poco, me proporciona, en cambio, más comodidad que mis versos, que me han hecho sufrir tanto! Si no fuese por el reumatismo, yo no podría vivir de mis rentas. Estando bueno no lo admiten á uno en el hospital.»

¿Qué es lo que prefería este hombre? ¿La cárcel, el hospital ó el café? ¡Sáquenos Dios del atolladero en que nos hemos metido! Nosotros no atinamos á comprender.

En materia de creencias, á decir verdad, Paúl Verlaine es más difuso todavía. Se codea indistintamente con Voltaire y Santa Teresa, cuando no hace profesión de fe socialista. Vale la pena conocer este hermoso soneto:

Vous qui ne connaissez de brigue
que la seule brigue dondaine
et n'ourdissez jamais d'intrigue
qu'en l'espoir de quelque fredaine.
Un penser d'amour et de haine
pourtant vous hante et vous fatigue
et vous fait plate la bedaine
l'amour du Pauvre, bon Lartigue!
L'amour du Pauvre mieux peut-être

que celui du moderne prêtre
et de l'actuel philanthrope.
Si cela c'est être socialiste
inscrivez moi sur votre liste
et que saute la vieille Europe!

Blasfema como un hereje, y luego se arrepiente, para cantar á la Virgen en los cielos:

Je ne veux plus aimer que mère Marie.
Tous les autres amours sont de commandement,
nécessaires qu'ils sont, ma mère seulement
pourra les allumer aux cœurs qui l'ont chérie.

C'est pour Elle qu'il faut chérir mes enemis,
c'est par Elle que j'ai voué ce sacrifice,
et la doucer du cœur et le zèle au service.
Comme je la priais, Elle les a permis.

. . . .

Marie Immaculée, amour essentiel,
logique de la foi cordiale et vivace,
en vous aimant qu'est-il de bon que je ne fasse
en vous aimant du seul amour, Porte du Ciel?

Acaba por ser religioso cuando ya desespera de la vida y de los hombres—que no hizo otra cosa que torturarle, que no hicieron otra cosa que repudiarlo—, busca consuelo en la religión, muleta que sirve de apoyo á los que van rodando envueltos en el polvo de los senderos. Ahí vuelca sus dolores, sus angustias, sus desgarradoras miserias, y consigue olvidarse de todo lo que hizo y de todo lo que fué. Lo asaltan supremos delirios, y ve á Dios, á la Virgen, á santos y ángeles, felices y rientes en la gloria de los cielos...

Cuando la muerte le cerró los ojos, la margarita de sus dolores tristemente se deshojó.

1908-1909.

FIN

INDICE

Págs.

DEDICATORIA.................. V

PREFACIO.................. VII

El apóstol.................. 13

El materialismo histórico.

I.—Fundamento de la teoría.......... 95

II.—Objeciones á la teoría........... 104

Sobre moral biológica............ 115

El hombre y la Naturaleza.......... 125

Clemenceau, Zola, Barrés........... 133

Una visita á Paúl Bourget........... 143

La restauración nacionalista......... 161

Propósitos literarios............. 173

F. Sempere y Comp.ª Editores.—VALENCIA

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

Malato.—*La gran huelga.* 2 t.
Marx (Carlos).—*El capital.*
Matto de Turner (Clorinda).—*Aves sin nido* (novela peruana).
Max Halbe.—*Juventud* (drama).
Max Nordau.—*El mal del siglo.* 2 t.
Id. —*Las mentiras convencionales de la civilización.* 2 t.
Id. —*Matrimonios morganáticos.* 2 tomos.
Id. —*La comedia del sentimiento.*
Max Stirner.—*El Unico y su propiedad.* 2 t.
Mazzini.—*Deberes del hombre.*
Merejkowski.—*La muerte de los dioses.* 2 t.
Id. —*La resurrección de los dioses.* 2 t.
Id. —*El Anticristo (Pedro y Alejo).* 2 t.
Mérimée.—*Los hugonotes.*
Id. —*Cosas de España.*
Merlino.—*¿Socialismo ó Monopolismo?*
Michel (Luisa).—*El mundo nuevo.*
Mirbeau.—*Sebastián Roch* (La educación jesuítica).
Id. —*El abate Julio.*
Mitjana.—*Discantes y contrapuntos.*
Id. —*En el Magreb-el-Aksa.*
Moebius.—*La inferioridad mental de la mujer.*
Moleschot.—*La circulación de la vida.* 2 t.
Morote.—*Pasados por agua.*
Id. —*Rebaño de almas.*
Id. —*La Duma* (Segunda parte de *Rebaño de almas*).
Id. —*La conquista del Mogreb.*
Id. —*De la Dictadura á la República.*
Nákens.—*Horrores del absolutismo.*
Naquet.—*La Anarquía y el Colectivismo.*
Id. —*La Humanidad y la Patria.*
Nietzsche.—*Así hablaba Zaratustra.*
Id. —*La genealogía de la moral.*
Id. —*La Gaya ciencia.*
Id. —*El Anticristo.*
Id. —*Aurora.*
Id. —*El caso Wágner.*
Id. —*El crepúsculo de los ídolos.*
Id. —*Más allá del bien y del mal.*
Id. —*El origen de la tragedia*
Id. —*El viajero y su sombra.*
Id. —*Humano, demasiado humano.*
Nin Frías.—*Ensayos de crítica é historia.*
Octavio Picón.—*Drama de familia.*
Palacios.—*Las universidades populares*
Palomero.—*Su Majestad el hombre.*
Pedrell.—*Musicalerías.*
Pérez Arroyo.—*Cuentos é historias*
Petronio.—*El satiricón.*
Pío Baroja.—*El tablado de Arlequín.*
Poe (Edgardo).—*Eureka.*
Prat.—*Crónicas demoledoras.*
Praycourt.—*La moral del cura.*
Proudhon.—*¿Qué es la propiedad?*
Rafanelly (Leda).—*Un sueño de amor.*
Reclús.—*Evolución y revolución.*
Id. —*La montaña.*
Id. —*Mis exploraciones en América.*
Id. —*El arroyo.*
Renán.—*Estudios religiosos.*
Renán.—*El porvenir de la ciencia.* 2 t.
Id. —*El Anticristo.* 2 t.
Id. —*La iglesia cristiana.*
Id. —*Los Evangelios y la segunda generación cristiana.* 2 t.
Id. —*Marco Aurelio y el fin del Mun[do] Antiguo.* 2 t.
Id. —*Averroes y el averroísmo.* 2 t.
Rizal.—*Noli me tángere (El país de frailes).*
Robert.—*Los cachivaches de antaño.*
Rochefort.—*La aurora boreal.*
Rodó (José Enrique).—*Ariel.*
Rodríguez Mendoza.—*Vida nueva.*
Rhoïdis.—*La Papisa Juana.*
Rojas.—*El alma española.*
Rydberg.—*Singoala.*
Salinas.—*Los satíricos latinos.* 2 t.
Serao (Matilde).—*¡Centinela, alerta!...*
Schopenhauer.—*El amor, las mujeres y [la] muerte.*
Id. —*La libertad.*
Id. —*Fundamento de la mor[al]*
Séverine.—*Páginas rojas.*
Id. —*En marcha...*
Sorel.—*El porvenir de los Sindica[tos] Obreros.*
Id. —*La ruina del mundo antiguo.*
Spencer.—*Origen de las profesiones.*
Id. —*El individuo contra el Esta[do]*
Id. —*Creación y evolución.*
Id. —*Educación intelectual, mora[l y] física.*
Id. —*Estudios políticos y sociales*
Id. —*La religión: su pasado y [su] porvenir.*
Id. —*La Justicia.*
Strauss.—*Estudios Literarios y Religio[sos]*
Id. —*La antigua y la nueva Fe.*
Sudermann.—*El camino de los gatos.*
Id. —*El deseo.*
Id. —*Las bodas de Yolanda.*
Id. —*El molino silencioso.*
Id. —*La mujer gris.*
Ta[in]e.—*La pintura en Italia.*
Id. —*Viaje por Italia.* 3 t.
Id. —*Filosofía del Arte.* 2 t.
Id. —*Los filósofos del siglo XIX.*
Id. —*Los orígenes de la Francia c[on]temporánea.* 2 t.
Tchekhov.—*Vanka.*
Teniente O. Bilse.—*Pequeña guarnici[ón]*
Tolstoi.—*La verdadera vida.*
Id. —*La guerra ruso-japonesa.*
Id. —*La escuela Yasnaïa-Poliana.*
Ugarte.—*Visiones de España.*
Id. —*El Arte y la democracia.*
Id. —*Las nuevas tendencias literar[ias]*
Urquijo.—*De mi cartera.*
Id. —*Películas.*
Vandervelde.—*El colectivismo.*
Voltaire.—*Diccionario filosófico.* 6 t.
Wágner.—*Novelas y pensamientos.*
Zola.—*El mandato de la muerta.*
Id. —*Cómo se muere.*
Zeydes.—*Pobreza y descontento.*—**H. Ge[or]ge.**—*La condición del trabajo.*
Zozaya.—*El huerto de Epicteto.*